This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

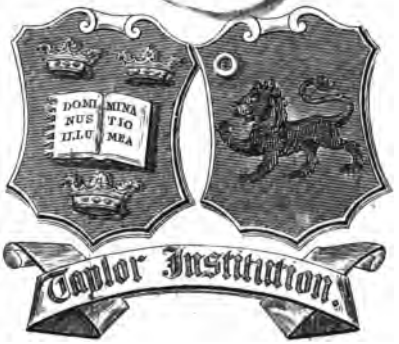
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

M
1895



~~274. dd. 3.~~
Vet. Span. III. B. 41
~~274. b. 14~~

EL

TESORO ESPAÑOL, &c.

M
1895

~~274. dd. 3.~~
Vet. Span. III. B. 41
~~274. b. 14~~

EL

TESORO ESPAÑOL, &c.

Esta obra se hallará en las Librerías de

Dulau y Comp. Soho Square
Gameau y Comp, Albemarle-street
Deboffe, Gerard-street
Sabart, Old Bond-street
L'homme, New Bond-street
Boosey, Old Broad-street, Royal Exchange
Symonds, Paternoster Row
Wallis, Paternoster Row
Lorenzo Da Ponte, No. 28, Haymarket

} en Londres.

Y en casa de casi todos los Libreros de esta Capital.

Se hallará tambien en las Librérias de

Hanwell y Parker, en Oxford
Lunn, en Cambridge
Boner, en Bath
Norton é Hijo, en Bristol
Guillelmo Robinson, en Liverpool
Manners y Miller, en Edimburgo
Sanchez, en Madrid
Archer, en Dublin
Fauche, en Hamburgo.
Y en casa del Autor, No, 27, Kirby-street, Hatton Garden.

N. B. En casa de Dulau y Comp. se halla el surtimiento mas completo de Libros Españoles.

Por Leonardo Nardini, No. 15, Poland-street.

EL

TESORO ESPAÑOL,

Ó

BIBLIOTECA PORTATÍL ESPAÑOLA;

QUE CONTIENE

POESIAS,

RECOGIDAS DE LOS MAS CELÉBRES POETAS CASTELLANOS

CON

NOTAS,

Para la Ilustracion y mayor Claridad de las Voces y Sentencias, que hubieran podido ofrecer alguna dificultad.

POR DON AGUSTIN LUIS JOSSE,

Profesor de Lenguas en esta Capital, y Autor de una Gramática Española.

TOMO II.—PARTE I.

LONDRES:

Se Hallará en la Librería de DULAU y Comp. Quadro de Soho.

1802.

ENTERED AT STATIONERS' HALL.

ESTA OBRA

LA

D E D I C A

CON SU

LICENCIA,

Y CON EL MAYOR

RESPETO Y ESTIMACION

AL

SEÑOR

DON JUAN TRUMBULL,

SU MUY RENDIDO Y

DEVOTO SERVIDOR,

Q. S. M. B.

DON AGUSTIN L. JOSSE.

Londres y Septiembre 25 de 1802.

Se hallará en casa de los mismos Libreros la Gramática Siguiente:

" ELÉMENS DE LA GRAMMAIRE ESPAGNOLE,
Avec un cours de Thèmes, des règles sur la Prononciation, d'après les décisions de l'Académie, &c. &c. &c.
Par M. Josse, Professeur de Langues, No. 27, Kirby-street, Hatton Garden."

JUICIO QUE HICIÉRON LOS CRITICOS DE ESTA GRAMATICA.

The Critical Review, February, 1800.

" After a preliminary survey of Spanish Literature, Mr. Josse begins his grammatical career with rules of prononciation, more precise than those which we have seen in some former works of the kind. He proceeds to the different parts of speech, and gives a clear view of each. He then exhibits a gradation of themes, referring to a great number of rules which accompany the former details. These themes are well calculated for the improvement of the learner. They are followed by a copious list of irregular verbs; and the volume terminates with extracts, in prose and verse, from the works of distinguished Spanish Authors. This Grammar, upon the whole, is well executed; and the labors of Mr. Josse will, we hope, be rewarded with encouragement."

The Monthly Magazine, Dec. 1799. *p.* 875.

. . . . . " The best Grammar in the French and Spanish Languages is that of Josse, lately published; and to which is added a course of exercises. The rules are perspicuous and easy and each under its proper head; the exercises judiciously drawn up, and the greatest difficulties illustrated by notes," &c.

The New London Review, Dec. 1799. *p.* 598.

" This Grammar possesses considerable merit, with respect to a judicious arrangement of the rules of Syntax; and those relative to pronunciation and orthography, as sanctioned by the Academy of Madrid. The course of themes is well chosen, and calculated to promote the practical knowledge of the Student in the Spanish Language."

EL TESORO ESPAÑOL

/

ó

BIBLIOTECA PORTÁTIL ESPAÑOLA.

POESIAS.

LIBRO PRIMERO.

RELIGION Y MORAL.

ROMANCE.

A la Santísima Trinidad.

EN el Tribunal divino
De la Magestad inmensa,
Puesto en su trono de gloria,
Haciendo está Dios Audiencia.
Es Dios un Sér sin mudanza,
Un Acto puro sin mezcla,
Substancia sin accidentes,
Tres Personas y una Esencia:

Que si en Audiencias Reales
En cado lado se sientan
Tres personas á juzgar,
Tres son las que están en esta.
En las tres hay un poder,
Un querer, una grandeza,
Un saber, una bondad,
Una misma providencia.
El Padre de nadie tiene
Principio, ni dependencia;
Y al Hijo en su entendimiento
Eternamente lo engendra.
El Espíritu Divino,
Que es la Persona tercera,
De entrambos á dos procede,
Siendo una substancia misma.
Sale dos veces del Padre
El Verbo, y en él se queda;
La primera es *ab æterno*,
Y la segunda á la tierra.
Tomó en tiempo carne humana,
Por obra divina y nueva,
Quedándose Dios en Dios,
Y con dos naturalezas.
Al Hijo dán el saber,
Y á su Padre la Potencia,
Para mostrar ser iguales
En el poder y en las fuerzas.
El Amor eterno y puro
De gracias las almas llena,
Que como es el Dios de Amor,
Hace amorosas empresas.

En lenguas de fuego baja
Sobre las doce Cabezas,
Oradores de la fé,
Que por eso baja en lenguas.
A la segunda Persona
Toca el bolver á la tierra
A pedir cuentas al hombre,
Tomándole residencia.
No vá por ménos antiguo.
Como en las demas Audiencias,
Que todos tres son de un Curso,
Y de antigüedad eterna.
Pero tente pluma mia,
¿ Adónde volar deseas,
Sino es que el Aguila Juan
Prestarte sus alas quiera?
Mira que soy muy pesado,
Y el subir á tanta alteza
A un Aguila se permite,
Y no á quien tan poco vuela.

ALONZO DE LEDESMA.

ROMANCE.

Al Nacimiento de Christo Nuestro Señor.

SALE la estrella de Oriente
Al tiempo que Dios dispone
Que el enemigo del dia
Pierda la presa que coge,

Y con ella la esperanza
De sus falsas pretensiones,
Tomando Dios carne humana,
Para que el hombre le goce:
Por donde Santa Maria
Recibe el famoso nombre
De ser Madre, siendo virgen,
De quien siendo Dios, es hombre.
Muy pobremente camina
Con ser tan rico y tan noble,
Que amores de cierta Dama
Le traen en hábito de probre:
La qual dicen que le deja
Por un monstruo feo y torpe,
Que goza como tirano
De esta hermosísima torre.
Quejándose viene de ella,
Y de agravio tan enorme,
Viendo que á la real casta
Como debe no responde.
Alma (dice) la mas dura
Que las entrañas de un monte,
Y la mas desconocida
Que Cielo y Tierra conoce,
¿Por qué permites, cruel,
Despues de tantos favores,
Que tal prenda como tú
Ageno dueño la goce?
¿Por qué tus duros oidos
No prestas á mis razones,
Pues harán enternecer,
A las piedras que las oyen?

¿ Dejas tu querido esposo,
Perdido por tus amores,
Y das la mano à un infame
Que por tu mal le conoces!
Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges;
Que la riqueza del cuerpo
A la del ama antepones.
Yo moriré porque tú
Le aborrezcas, y me adores,
Y por el Cielo suspires,
Y que en su ausencia me llores:
Y que de noche no duermas,
Y de dia no reposes,
Hasta ver aquellas fiestas
Que en tu dulce patria goces.
Y hasta verla no permitas
Que á tus ventanas se asomen
Licenciosos pensamientos,
Para que no te alboroten.
Y que tu vida, de hoy mas,
Con mil virtudes la bordes,
De suerte que sus roturas
Parezcan vistosos golpes:
Para que en la que es eterna
Eternos años me goces,
Que es la mayor bendicion
Que te pueden dar los hombres.
Con esto llegó á Belen
A la mitad de la noche,
Dó halló un pesebre por cama,
Y unas pajas por colchones;

Y los Angeles alegres,
Que por todas partes corren,
De conformes voluntades,
Y de libreas conformes.
Creece el Niño, llega el tiempo
Que ha de morir por el hombre
Enclavado en una Cruz,
En medio de dos ladrones:
Y arrojándole una lanza,
Aunque muerto, la recoge,
Y al corazon de su Madre
De parte á parte pasóle.
Amánsase el Padre Eterno,
Y embayna luego su estoque;
Y en haciéndose estas paces,
Dios á su patria volvióse.

EL MISMO.

ELEGIAS SACRAS.

Los Trenos de Jeremias.

ELEGIA I.

¡ Qué sola y desolada
La Ciudad populosa,
En las gentes famosa,
Como viuda está desconsolada!
La que como señora
Provincias dominaba,
Paga tributo ahora:
En las noches que un tiempo descansaba,

Amargamente llora:
Sus lágrimas no paran
En sus mejillas, corren hasta el suelo:
Nadie le dá consuelo:
Los que la amaron, mas la desamparan:
Sus mayores amigos
Se han declarado ya por enemigos.
Servidumbre padece no pensada
El que mas libertad Pueblo tenia,
Y que darle á los otros no queria:
Y ella de las Naciones occupada
En dolor, que de alivio desconfia,
A riguroso aprieto reducida,
Es de sus adversarios oprimida.
De Sion las calzadas
De luto estan cubiertas,
Por no ser frecuentadas
Como en otras edades,
De los que concurrieron
A sus solemnidades,
Y de sus Magistrados à las puertas
Que destruidas fueron.
Sacerdotes y vírgenes suspiran:
En ella excesos de dolor se miran;
Y sus perseguidores
Contentos dominaron:
Y de quietud gozaron
Sus contrarios mayores:
Y los tiernos infantes cautivaron,
Porque Jehová previno
Castigo á su rebelde destatino.
Su esplendor ha perdido:

Como sin pasto ciervos
Sus Príncipes han sido:
Qual obedientes siervos
Sin resistencia al cautiverio han ido.
Jerusalen, despues de haber caido
De sus perseguidores en las manos,
Su Pueblo, sin ser de otro socorrido,
Con sentimientos vanos
Redujo á la memoria sus violencias,
Y sus inobediencias,
Y la felicidad que habia gozado
En el tiempo pasado;
Pero los enemigos que la vieron,
De sus festividades burla hicieron.
Gravemente pecó: por ello ha sido
De sí misma arrojada:
Los que mayor respeto la han tenido
Ven su vergüenza, y es ábominada:
Como su afrenta mira,
Ella gime, y de todos se retira.
En sus faldas traia
Embuelta la inmundicia del pecado:
No se accordó de su postrimería,
Y por eso tan gran caida ha dado,
Y quien la conortase le ha faltado.
Mira Jehová quánto mi pena crece,
Y quánto el enemigo se engrandece.
Tendió las codiciosas
Manos á las alhajas mas preciosas;
Y yo con sentimiento extraordinario
Hollar el Santuario

A las Naciones via,
Que no permites en tu compañía.
El Pueblo suspirando,
El sustento comun solicitaba,
Y sus mejores prendas por él dando,
Entretener la vida procuraba.
Mírame reducida á tal estado,
Jehová, que me he yo mesma devorado.
No estrañeis peregrinos,
Vosotros que pasais por los caminos,
Que os diga si dolor habeis hallado
Que pueda á mi dolor ser comparado:
Ha sobre mí caido
Del Señor el enojo enfurecido:
El Cielo ha derramado
fuego sobre mis huesos,
Que los ha consumido,
Y mis pies tiene presos
En la red que ha tendido:
Hizóme retirar á desolado
Sitio, de mi dolor siempre bañado:
El que mis rebeliones sacudieron
Yugo, tiene en la mano,
Y las coyundas mi cerviz ciñeron:
Es de mis fuerzas el efecto vano,
Que de ellas me privó por sujetarme
A poder de que no podré librarme.
Ha mis valientes en mí mesma hollado,
Egercitos traido,
Con que mi juventud ha debelado:
Y de Judá las vírgenes han sido

Como en lagar pisadas,
Con violencias jamas imaginadas.
Per esto lloro tanto,
Y mis ojos qual fuentes
Vertiendo estan de llanto
Caudalosas corrientes:
Que de mí se desvía
El que me conortaba,
Y mi alma á descanso reducia:
Los hijos que criaba,
Destruidos han sido;
Y el enemigo se ha fortalecido.
Sion con el dolor las manos tuerce;
Pero quien la consuele le ha faltado:
Jehová contra Jacob ha decretado
Que le sitie y le fuerce
El contrario que mas le fatigaba,
Y que mas su Ciudad abominaba;
Pero no injustamente,
Pues he sido á su voz inobediente.
Oid ahora todas las Naciones
El dolor que padezco:
Considerad si lástima merezco:
Mis vírgenes cautivas, mis garzones
Están del enemigo en las prisiones.
Los amigos mintieron,
Mis esperanzas todas engañaron,
Mis Sacerdotes de hambre perecieron,
Mis ancianos no hallaron
La que solicitaron
Limitada comida,

Para sustento de su breve vida.
Mira Señor que estoy atribulada:
El dolor mis entrañas ha deshecho:
El corazon arranca de mi pecho
Imaginar mi rebelion pasada:
De succesion la espada
Exterior me ha privado,
Y la interior la vida me ha quitado,
Mis gémidos oyeron;
Mas no me consolaron:
Quando mi mal supieron,
Todos mis enemigos se alegraron,
Porque tú egecutaste
Los que me señalaste
Por su mano castigos señalados;
Mas tambien como yo serán tratados.
Miren tus ojos sus inquidades,
Paga las suyas como mis maldades
Por el de mis suspiros triste accento,
Y de mi corazon grave tormento.

El Conde D. Bernardino de Rebolledo.

ELEGIA II.

¡ O Quán escurecida
Del Señor la violencia
Tiene la tan lucida
De Sion descendencia!
De los Cielos al suelo ha derribado
De Israel la belleza,

Y de su indignacion el aspereza
A olvidar le ha obligado
De sus pies el estrado.
De Jacob las Moradas
Sin piedad ha postrado,
Y sus indignaciones no pensadas
Los fuertes demolieron
En que las hijas de Sion vivieron.
El Reyno profanó con los mayores
Príncipes y Señores.
Con furor indignado
La gloria y la potencia
De Israel ha cortado,
Sin hacer resistencia
Su diestra: en la batalla por castigo
A la fuerza cedió del enemigo:
Como llama de fuego se ha cebado
En Jacob, y encendido:
Hale circumbalado,
Y rigurosamente destruido.
Tendió como contrario
El arco la derecha
Mano, como adversario,
Y por él fue desheca
En la mortal contienda
Con aspereza dura
Quanta la de Sion hija en su tienda
Alvergaba hermosura,
Destruyendola luego
Su furor como fuego.
Qual enemigo fiero
El Señor se ha mostrado:

Con castigo severo
A Israel ha talado:
Para que mas se aflija
Ha todos sus Palacios destruido,
Todas sus fortalezas demolido:
Y de Judá la hija
Multiplica entretanto
La tristezza y el llanto:
A manera de huerto
Todo su Tabernáculo asolado
Al Cielo ha descubierto,
Y la congregacion desordenado.
El Señor ha los Sábados y fiestas
De Sion olvidado,
Y con iras molestas
El Rey y Sacerdote despreciado.
Abandonó su Ara,
Y dejó conculcar su Santuario
El Señor, permitiendo que ocupára
El violento contrario
El dilatado espacio
De los muros que ciñen su Palacio.
Del Señor en la casa voces daba
La desórden molesta,
Como en solemne fiesta
Que en otro tiempo el Pueblo celebraba.
Jehová ya reducido
A descubrir los muros totalmente,
De Sion á la hija inobediente
El cordel ha tendido,
Y retirar su mano no ha querido;
Hasta que para nuevo desconsuelo

Muro y antemuralla cayó al suelo.
Sus puertas destrozadas
Fueron, sus cerraduras quebrantadas,
Y con su Rey los Príncipes llevados
A los Pueblos de ley desheredados.
Sus Profetas no vieron
A Jehová, ni respuesta de él tuvieron.
En el suelo sentados
Los ancianos callaban
Que de Sion la hija gobernaban;
Y de saco enlutados,
En polvo sus cabellos sepultaban:
Las de Jerusalen vírgenes puras,
Llorando las comunes desventuras
De tan áspera guerra
Postraban las cabezas por la tierra.
Con el llanto mis ojos
Cegaron: mis entrañas se afligieron,
Y en mortales enojos
Derramarse quisieron
Quando el quebranto de mi Pueblo vieron.
El niño, que del pecho aun dependia,
En la pública plaza perecia:
Otros por el sustento preguntaban
Al tiempo que espiraban;
Y si en las calles no desfallecian,
A sus madres venian
Prorrogando á la vida breves plazos,
Solo para morir en sus regazos.
¿ Qué egemplo podré darte
De Jerusalen hija,
O con quién compararte

Sabré, para que pueda consolarte
De suerte que el dolor ménos te aflija?
¡ O vírgen de Sion, donde habrá medio
Para templar tu llanto!
Que grande, como el mar, es tu quebranto:
¿ Quién te darà remedio?
Vanas visiones vieron
Los indignos Profetas
Que tus públicas culpas y secretas
Reprehender no quisieron;
Para que del dolor de tu pecado
Fuese tu cautiverio rechazado:
Las vanidades que profetizaron,
De la divina ley te desviaron.
Todos los que te vian
Del camino, tu ruina celebraban:
La cabeza movian,
Y las palmas batian,
Y con gusto silvaban:
¿ Es esta la Ciudad donde decian
Que la beldad perfecta tiene asiento,
Y de toda la tierra es el contento?
Tus enemigos contra tí ladraron
De partes diferentes,
Y crugieron los dientes:
Tu ruina protestaron,
Diciendo: destruyamos
Toda su lozanía,
Pues ha llegado el dia
Que tanto deseamos:
Hizo Jehová lo que dispuesto habia:
Cumplió lo decretado

En el tiempo pasado
Que destruyendo no perdonaria
Su severo castigo.
Alegre el enemigo
Felizmente su reyno ha sublimado.
Al Señor voces daban
En tales aflicciones
Los tristes corazones
De los que el sitio padeciendo estaban.
¡ O muro de Sion ! continuamente
En copioso de lágrimas torrente
Te desata, llorando tus enojos :
No descansen las niñas de tus ojos.
Levántate á dar gritos
En las primeras militares velas
Que hacen las centinelas,
Y borra tus delitos,
Vertiendo el corazon en abundante
Inundacion de llanto:
Del Señor al semblante,
Y las manos tendidas,
En desconsuelo tanto
Representa las graves desventuras,
Con que pierden las vidas
Tus tiernas criaturas,
Que sin tener que dalles,
Ves que de hambre perecen en tus calles.
Mira Señor á quien así has tratado,
Y que á la madre sirve de alimento
El hijo que ha criado:
Y el tirano violento

En el santo lugar, que no respeta,
El Sacerdote mata y el Profeta.
Por la tierra postrada
La infancia y la vejez junta yacia:
Vírgenes y mancebos destruia
La rigurosa espada:
Todos los debelaste:
En tu furor á nadie perdonaste.
Como à solemnidad venir hiciste
Los castigos que mas temor me dieron:
Del que contra mi enojo concebiste,
Mis hijos defenderse no pudieron:
Todos los que guardé con mas cuidado
El feroz enemigo ha degollado.

EL MISMO.

ELEGIA III.

Yo soy á quien de Dios es permitido
El ver las aflicciones
Y castigos de sus indignaciones,
Que por escuridad guiado he sido,
De la luz escondido.
Contra mí cada dia
Con poder soberano
Egercita su mano.
Envejecido ha ya la carne mia,
El pellejo arrugado

Y los huesos quebrado.
El sitio que me pone,
De veneno y trabajos se compone:
Escuridad temida
Por sepulcro me ha dado,
Como à los que de vida
Para siempre ha privado.
De foso y de trinchera me ha ceñido,
Y el peso de mis grillos ha doblado.
No me serà que salga permitido.
Quando mas he clamado,
Y mas voces he dado
No ha mi oracion oido:
El camino impedido,
Como peña tajada,
Me tiene, y toda senda embarazada.
Qual oso acechador contra mí ha sido,
Y leon escondido.
Mis intentos divierte:
Hame despedazado,
Y del todo asolado.
Armó con mano fuerte
El arco, cuyas flechas
Dirigió como á blanco á mí derechas:
Y todos los harpones de su aljaba
En mi pecho engastaba.
De fábula á mi Pueblo le servia,
Y de mí sus canciones componia.
Hartóme de amarguras diferentes,
Y de agenjos me tiene embriagado.
Con cascajo los dientes
Su rigor me ha quebrado,

Y en polvo y en ceniza rebujado:
Y de la paz mi alma se desvia,
Y del bien me he olvidado;
Y dije: pereció mi fortaleza,
Y la esperanza que en Jehová tenia.
Acuérdate Señor de la bajeza,
Y de la pena mia,
Y de las amarguras padecidas,
A la hiel y al agenjo preferidas.
Tendrá de mí cuidado,
Que mi alma en mí mismo se ha postrado.
Mi corazon con esta confianza
Pone en él la esperanza.
De Jehová gracia ha sido
No habernos destruido;
Que su misericordia no perece:
Cada mañana crece:
Es fiel y verdadero.
Por porcion le eligia
Mi alma y repetia:
En él esperar quiero,
Que bueno es Dios á quien en él espera,
Al alma que en buscarle persevera;
Y su salud alcanza
Quien el silencio añade á la esperanza.
El varon es dichoso que ha llevado
Desde su mocedad yugo pesado:
A solas y callando
Su dolor estará representando:
En el polvo sus labios
Pondrá por lo que espera:
Bolverá la mejilla á quien la hiera,

Y dispondráse á padecer agravios:
Y no siempre el Señor ha de alejarse;
Antes, si le afligiere,
Bolverá á lastimarse
Qual su misericordia lo requiere;
Que no de corazon carga de males,
Y aflige los mortales,
Ni de sus pies hollados
Los abatidos son, y encarcelados:
Y ni derecho humano
Pervierte el soberano:
Ni quitar la justicia que tuviere
El hombre el Señor quiere.
¿Quién afirmar podrá desalumbrado
Que hay algo que el Señor no haya mandado?
Pues de la boca del excelso digo
Que proceden el premio y el castigo.
¿Por qué de sus pecados
Sienten los hombres verse castigados?
Nuestros caminos bien examinemos,
Y á Jehová nos postremos
Y dirijamos al Señor del Cielo
El corazon y manos con buen zelo,
Habémonos infieles rebelado:
No nos ha perdonado:
El rigor descogiste,
Con que nos debelaste,
Y feroz perseguiste,
Y el perdon retiraste:
De nube te ceñiste,
Y á nuestras oraciones te negaste:
El asco de los Pueblos nos hiciste,

Y á ser desprecio suyo nos dejaste:
Y nuestros enemigos desplegaron
Sus bocas: de injuriarnos no cesaron.
Lazo y temor nos ha sobrevenido,
Desconsuelo y tormento no temido.
Piélagos han mis ojos derramado
Por el que siento tanto
De mi Pueblo quebranto:
De llorar no han cesado:
El dolor nunca treguas les ha dado;
Hasta que Dios, como mi fé desea,
De los cielos me vea.
Mis potencias mis ojos fatigaron
Quando las hijas de Sion lloraron.
Hanme mis enemigos perseguido:
Sin por qué como un ave me han prendido:
En escura mazmorra me han echado,
Y con piedra sellado.
Ondas en mi cabeza se han vertido:
Y dije: soy perdido.
De la sima, que no hay á quien no asombre,
¡O Señor! invoqué tu santo nombre,
Y mi voz has oido:
La atencion de tu oido
No de ella se retire
Para que yo respire.
A mí la vez que te invoqué veniste.
Y: no temas dijiste.
La causa de mi alma has contendido,
Mi vida redimido.
Jehová, pues que mi agravio conociste,
Sea de tí defendido.

Tú viste la venganza que tomaron,
Y lo demas que contra mí pensaron:
Oiste las afrentas que me hicieron,
Y las que desearon,
Y lo que con sus labios profirieron
Estos que contra mí se levantaron,
Cuya imaginacion no se desvía
De pensar en mi ofensa todo el dia
Las voces que se sientan y levantan,
Y lo que de mí cantan.
Séales Señor el premio de tí dado
Segun como han obrado:
Padezcan afliccion sus corazones:
Échales maldiciones:
Persíguelos á graves desconsuelos,
Destruyelos debajo de los Cielos.

EL MISMO.

ELEGIA IV.

¡Como se ha deslucido
El precioso metal mas acendrado,
Las piedras esparcido
Del templo derribado
Con infelices ruinas
De las calles en todas las esquinas!
Los hijos de Sion mas estimados
Y queridos que el oro mas sincéro
¡Cómo son despreciados

En su trage bizarro,
Como vasos de barro,
Artificio de mano del ollero!
Las serpientes sustentan sus hijuelos:
De mi pueblo la hija rigurosa
En tantos desconsuelos
Aun mirarlos no osa,
Dejandolos á beneficio incierto
Como los avestruces del desierto.
La lengua del infante,
Que de la madre el pecho alimentaba,
De sed al paladar se le pegaba,
Y con voz anhelante
El algo mas crecido pan gritaba;
Mas nadie se le daba:
Y los muy regalados
De hambre en las calles fueron asolados.
Los que en púrpura Tiria descansaban
Inmundos muladares abrazaban:
Y de mi pueblo se aumentó el pecado
Que el de Sodoma mas la destruida
Con castigo del Cielo acelerado,
Sin que fuese de nadie combatida.
Sus Nazarenos, que la leche y nieve
Mas cándidos y puros,
Cuyo esplendor á competir se atreve
Con rayos de igualarle mal seguros,
La joya de zafiros mas preciados,
De las nativas rocas arrancados,
Que las tinieblas mas se escurecieron:
Sus mismas calles no los conocieron,
Que su piel á los huesos se ha pegado:

Qual leño se han secado.
Mas dichosos los muertos en la guerra
Fueron al duro filo de la espada
que los de hambre con pena dilatada,
Por falta de los frutos de la tierra.
De las mugeres las piadosas manos
De sus hijos guisaron
Los miembros con afectos inhumanos:
De ellos se sustentaron
Con dolor que explicarse no podia
Del pueblo que lo via.
Jehová su indignacion ha egecutado:
De su enojo las iras ha vertido:
En Sion ha encendido
Fuego que sus cimientos ha quemado.
De la tierra los reyes eminentes,
Ni del orbe creyeran los vivientes
Que de Jerusalen fuera la puerta
Al enemigo mas feroz abierta.
Por Profetas injustos,
Y Sacerdotes de malvada vida,
La sangre de los justos
En ella fue vertida.
Qual gente que vá á escuras,
O ciegos, en las calles vacilaban,
Entre la sangre se contaminaban,
Y no podian tocar sus vestiduras.
Muchas voces les daban
Para que como inmundos se apartasen;
Porque si los tocasen,
Serian contaminados;
Y siendo á Babilonia trasladados,

A las gentes dijeron:
Jamas han de bolver donde nacieron:
La ira del Señor los echó lejos:
No los bolverá á ver como esperaron,
Porque ni Sacerdotes respetaron,
Ni se compadecieron de los viejos:
Y nuestros ojos han desfallecido
Acechando el socorro deseado
Con la esperanza que nos ha enseñado,
En gente que valernos no ha podido.
Los pasos nos tomaron
En las comunes vias:
No pudimos jamas abrir camino:
Nuestros ultimos riesgos se acercaron:
El termino espiró de nuestros dias,
Y nuestro fin determinando vino.
Los enemigos, pues, se apresuraron
Con ambicioso zelo:
Qual aguilas del cielo
Siguiéndonos el monte penetraron:
En el yermo tambien nos insidiaron.
Del Señor el ungido,
El que nos alentaba,
Su prisionero ha sido:
En él nuestra esperanza se fundaba,
Diciendo: puesto que en prision estemos,
De su sombra al amparo viviremos.
Gózate alegre, pues, de Edom la hija,
Que en Hus estás sin nada que te aflija:
Vendrá el vaso tambien á tí tan lleno
Que le vomites qual mortal veneno.
Sion, ya tu castigo se ha cumplido,

No será repetido.
Edom, tus desafueros visitados
Serán, y descubiertos tus pecados.

EL MISMO.

ELEGIA V.

ACUERDATE Jehová de nuestros daños,
Y la vergüenza que tu Pueblo pasa.
Nuestra heredad estraños,
Y forasteros gozan nuestra casa.
Huérfanos somos que no tienen padres,
Y son como viudas nuestras madres.
Nuestra leña compramos:
El agua que bebemos aun pagamos.
Son siempre con pesadas
Cargas nuestras cervizes fatigadas,
Y ni de trabajar nunca dejamos,
Ni descanso esperamos.
Con Egipto tuvimos alianza
Porque nos socorriese,
Y con Asiria porque pan nos diese:
Pero no se logró nuestra esperanza.
Nuestros padres pecaron;
Mas ya de ser dejaron:
Sus hijos desdichados
Somos á sus castigos condenados.
Esclavos de nosotros son tiranos,
Sin haber quien nos libre de sus manos.

Con riesgo de la vida
Es nuestra sementera recogida,
A vista del peligro siempre cierto
Del Arabe que viene del desierto.
Nuestras pieles qual de humo se han tiznado:
El hambre asi nos ha desfigurado,
En Sion las casadas,
En Judá las doncellas son forzadas,
Con sus manos los grandes ahorcaron:
Los ancianos semblantes depreciaron:
Los mozos las taonas rebolvian;
Y de leña cargados
Los muchachos gemian.
Dejan los Magistrados
Los puestos soberanos,
Y juntas de la puerta los ancianos:
Olvidan los mancebos,
A música inclinados,
Letras y tonos nuevos.
Todos nuestros contentos fenecieron:
En luto nuestras fiestas se bolvieron.
Desalumbradamente
De nuestra misma frente
La corona arrancamos.
¡Ay de nosotros ya porque pecamos!
Por esto el corazon entristecido,
Y nuestros ojos se han escurecido,
De Sion en el monte desolado
Fieras han habitado.
Tú Jehová para siempre permaneces,
Y en el eterno trono resplandeces.
Pues por qué para siempre has de olvidarnos?

¿ Quieres tambien sin fin desampararnos?
Buelvenos Dios á tí, porque bolvamos
Al camino que habemos olvidado,
Y en él perseveremos,
Y tu gracia alcancemos,
De suerte que las vidas reduzcamos
Al primitivo estado.
¿ Por qué con tal rigor nos desechaste,
Y asi contra nosotros te indignaste?
Buelvenos pues á tí, porque podamos
Acertarte á servir como esperamos:
Sean, Jehová, por tu gracia nuestras vidas
Al primitivo estado reducidas.
Gloria al Padre y al Hijo
Y al Espíritu Santo,
Como fue en el principio,
Y será eternamente:
Que del Profeta el lastimoso llanto
Permitió que repita y acreciente,
Por el no ménos áspero castigo
Que el comun enemigo
Con infernal despecho
En esta mi Ciudad de Dios ha hecho.
Poniendo con católica obediencia
A los pies de la Iglesia mi sentencia.

EL MISMO.

CANCION.

Christo Crucificado.

Inocente Cordero
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas,
Del robusto Madero
Por los brazos colgado
Abiertos, que abrazarme solicitas:
Ya que humilde marchitas
La color y hermosura
De ese rostro divino,
A la muerte vecino;
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme,
Buelve los mansos ojos á mirarme.
Ya que el Amor inmenso
Con último regalo
Rompe de esa grandeza las cortinas
Y con dolor intenso
Arrimado á ese palo
La cabeza rodeada con espinas
Acia la Madre inclinas,
Y que la voz despides,
Bien de entrañas reales,
Y las culpas y males
A la grandeza de tu Padre pides
Que sean perdonados:

Acuérdate, Señor, de mis pecados.
Aquí donde das muestras
De manirôto y largo
Con las palmas abiertas con los clavos:
Aquí donde tú muestras
Y ofreces mi descargo:
Aquí donde redimes los esclavos:
Donde por todos cabos
Misericordia brotas,
Y el generoso pecho
No queda satisfecho,
Hasta que el cuerpo de la sangre agotas:
Aquí, Redentor, quiero
Venir á tu Justicia yo el primero.
Aquí quiero que mires
Un pecador metido
En la ciega prision de sus errores;
Que no temo te aíres
En mirarte ofendido,
Pues abogando estás por pecadores:
Que las culpas mayores
Son las que mas declaran
Tu noble pecho santo,
De que te precias tanto:
Pues quando las mas graves se reparan,
En mas tu sangre empleas,
Y mas con tu clemencia te recreas.
Por mas que el peso grave
De mi culpa se siente
Cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
Que tu yugo suave
Sacudió inobediente,

Quedando en nueva sujecion por ello:
Por mas que el suelo huello
Con pasos tan cansados,
Alcanzarte confio;
Que pues por el bien mio
Tienes los soberanos pies clavados
En un madero firme,
Seguro voy que no podrás huirme.
Seguro voy, Dios mio,
De que el bien que deseo
Tengo siempre de hallar en tu clemencia:
De ese corazon fio
A quien ya claro veo
Por las ventanas de ese cuerpo abierto,
Que está tan descubierto,
Que un Ladron maniatado
Que lo há contigo á solas,
En dos palabras solas
Te lo tiene robado;
Y si esperamos, luego
De aquí á bien poco le acertará un ciego.
A buen tiempo he llegado,
Pues es quando tus bienes
Repartes con el nuevo Testamento.
Si á todos han mandado
Quantos presentes tienes,
Tambien ante tus ojos me presento.
Y quando en un momento
A la Madre hijo mandas
Al discípulo madre,
El espíritu al Padre,

Gloria al Ladron; ¿cómo entre tantas mandas
Ser mi desgracia puede
Tanta, que solo yo vacio quede?
Miradme, que soy hijo;
Que por mi inobediencia
Justamente podeis desheredarme.
Ya tu palabra dijó
Que hallaria clemencia
Siempre que á tí bolviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme
A los pies de esta cama
Donde estás espirando:
Que si como demando
Oyes la voz llorosa que te llama,
Grande ventura espero,
Pues siendo hijo, quedaré heredero.
Por testimonio pido
A quantos te estan viendo,
Como á este tiempo bajas la cabeza:
Señal que has concedido
Lo que te estoy pidiendo,
Como siempre esperé de tu largueza.
¡O admirable grandeza!
¡Caridad verdadera!
Que como sea cierto
Que hasta el testador muerto
No tiene el testamento fuerza entera;
Tan generoso eres,
Que, porque todo se confirme, mueres.
Cancion de aquí no hay paso:
Las lágrimas sucedan

En vez de las palabras que te quedan,
Que esto nos pide el lastimoso caso,
No contentos agora
Quando la Tierra, el Sol y el Cielo llora.

MIGUEL SANCHEZ.

ODA.

La Presencia de Dios.

Do quiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás; y llenando
La inmensa creación, so el alto empíreo
Velado en luz te asientas;
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
La humilde yerbecilla
Que huello, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta.
El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega;
Y el Sol que en la alta cima
Del cielo ardiendo el universo anima.
Me claman que en la llama
Brillas del Sol: que sobre el raudo viento
Con ala voladora

Cruzas del occidente hasta la Aurora.
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su nevada cima;
Y la yerbilla crece
Por tu soplo vivífico y florece.
Tu inmensidad lo llena
Todo, Señor, y mas, del invisible
Insecto al Elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla obscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
Y quando Primavera
Desciende al ancho mundo, afable ries
Entre sus gayas flores;
Y te aspiro en sus plácidos olores.
Y quando el inflamado
Sirio mas arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves y su ardor mitigas.
Si entónce al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás; y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso.
Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar: los vientos llamas
Y á su saña lo entregas;

O, si te place, su furor sosiegas.
Por do quiera, infinito
Te encuentro y siento, en el florido prado
Y en el luciente velo
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del Sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora
Y el Angel puro que tu lumbre adora.
Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido,
Y del Leon el hórrido rugido.
Y á todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes
Y por siempre presente.
¡ Ay ! oye á un hijo en su rogar ferviente.
Oyele blando y mira
Mi deleznable ser ; dignos mis pasos
De tu presencia sean ;
Y do quier tu deidad mis ojos vean.
Hinche el corazon mio
De un ardor celestial, que á quanto existe
Como tú se derrame ;
Y, ó Dios de amor, en tu universo te ame.
Todos tus hijos somos :
El Tártaro, el Lapon, el Indio rudo,
El tostado Africano
Es un hombre, es tu imágen y es mi hermano.

Dn. Juan Melendez Valdes.

ODA.

Al Ser incomprehensible de Dios.

PRIMERO, eterno ser, incomprehensible,
Patente y escondido,
Aunque velado en gloria inaccessible,
De todos conocido.
Santo Jehová, cuya divina esencia
Adoro, mas no entiendo,
Quando su influxo y celestial presencia
Dichoso estoy sintiendo.
En quien exîste todo, en quien respira,
Fuerza y virtud recibe;
El ave vuela, el pez las aguas gira,
Y el hombre entiende y vive.
Miéntras mas te contemplo y con mas ansia
Te sigo, mas te alejas;
Y tu bondad inmensa y mi ignorancia
Tan solo ver me dexas.
¿Mas como, si los cielos de los cielos
No bastan á encerrarte,
De mi flàca razon los tardos vuelos
Llegarán á alcanzarte?
Ella se pierde en el excelso abismo
De tu lumbre esplendente;
Y te adora, señor, por esto mismo
Mas ciega y reverente.
Pues si le fuera comprehenderte dado,
Igual á tí seria;
El cetro te quitára; y mal tu grado
Tu trono ocuparia.

Pero tú, señor Dios, vences mi ciencia,
Que eternos siglos vives;
Y el primero y el último en esencia
De nadie ley recibes.
Tú que mueves los cielos y al profundo
Mar linde señalaste;
Y con columnas de diamante al mundo
Poderoso afirmaste.
Tu solio es el empíreo y de tus leves
Pies alfombra la tierra;
Y hasta el abismo á descender te atreves
Y ves quanto en sí encierra.
De do sobre tus Tronos te sublimas;
Y velado en luz pura
Del orgullo del hombre te lastimas,
Burlando su locura.
Pues siendo tú mayor que el ancho cielo
Y que el mar insondable;
Y ânte quien nada es, remonta el vuelo
A tu faz adorable.
Quando los Serafines acatando,
Señor, tu immensa alteza,
Los rostros con las alas ocultando,
Publican su baxeza.
¡O riqueza eternal! ¡O immenso abismo!
¡O ser! ¡O luz sagrada!
Tan solo comprehendida de tí mismo
Y á mi anhelo eclipsada.
¿Quien eres? ¿donde estâs? ? no me respondes?
Préstame tus ligeras
Alas, y treparé donde te escondes
En las claras esferas.

Mas que el viento veloz, al proceloso
Orion, á la Aurora,
Al Aquilon, al Austro sin reposo
Demandaré en una hora.
Demandaré .... destierra la osadía
De querer comprehenderte
De mí, gran Dios, hasta que el alma mia
Llegue en tu gloria á verte.
Que no es del lodo humilde en quanto vive
Tanto alzarse del suelo;
Ni con débiles ojos se percibe
La inmensa luz del cielo.
Ella me ofusca: mas del vil gusano
Del Sol al carro ardiente,
Todo tu ser me anuncia soberano
Con lenguage eloqüente.
Y lo toco, lo siento; y cuidadoso
En la planta lo admiro,
Lo bendigo en el bruto, respetoso
Lo aliento si respiro.
Pero si osada á su inefable altura,
Absorta en su belleza,
La curiosa razon trepar procura
Por la naturaleza.
Ella misma me grita: ó ciego, tente
En tu afan importuno,
Que entrar en su sagrario no consiente
El Excelso á ninguno.
Los objetos mas claros se me mudan
Y al reves se me tornan;
De todo mis nublados ojos dudan
Y todo lo trastornan.

Que el que arder hace al Sol, su lumbre ciega;
Y una voz en mi oido
Contempla, dice, adora, admira y ruega;
Y gózame escondido.
Yo así abismado en tanta maravilla,
Con miedo reverente
Ceso; y humilde inclino la rodilla
Y la devota frente.

EL MISMO.

ODA

Vanidad de las quejas del Hombre contra su Hacedor.

¿ Es el orgullo, es la razon quejosa
La que airada se vuelve y cuenta pide
Al hacedor divino
De su fábrica hermosa;
Y la grandeza de sus obras mide?
¿ En este todo inmenso y peregrino
Porque el grado mas digno
Al linage del hombre no fué dado?
¿ Porque fué echado en el humilde suelo?
¿ No es rey universal de lo criado?
Pues suba y more el cristalino cielo.
¿ La Luna plateada para él solo
No recibe la luz, que al suelo envia?
¿ Las fulgentes estrellas
Del uno al oltro polo
Sus esclavas no son? ¿ y al albo dia

Por él no baña con sus luces bellas
El Sol, quando huyen ellas?
Una pues, una su grandeza quanto
Llevan los seres todos repartido:
Sus quejas cesen y su justo llanto;
Y sea en el mundo qual señor servido.
El hombre osado en su soberbio pecho
Se queja así de Dios; y romper quiere
Vasallo revelado,
Aquel vínculo estrecho
Que cada parte á su lugar refiere,
Y ata y sostiene quanto está creado.
Yo fuí, dice, formado,
Por término de todo: el fin primero
Del universo soy: á mí es debida
La luz del Sol, el brillo del lucero,
Y la tierra de yerba y flor vestida.
¿Y no se debe al ave el raudo viento,
Presa al lobo rapaz, pasto á la oveja,
Lluvias al verde prado?
¿El liquido elemento
Al pez no se le debe? ¿donde dexa
El hacedor ni un átomo olvidado!
Toto está colocado
Qual debe en su gran obra; y nada puede
Del círculo salir que le ha cabido,
Sin que en desórden ciego al punto quede,
Pues todo en ella mueve y es movido.
No, excelso Palafox; si el hombre osa
A el Angel emular, quando quisiera
Llenar mas alto grado,
La soberbia orgullosa
Habla en su corazon, no la severa

Razon con que por Dios fué sublimado.
Por el primer pecado
Su pecho está en dos bandos dividido:
El apetito arrastra por la tierra
Qual humilde réptil; y el atrevido
Ánimo al cielo mismo pone guerra.
La modesta razon no encumbra el vuelo;
Sino hácia sí se vuelve y asombrada
Ve la inmensa cadena,
Que ata el abismo al cielo.
¿Del infinito en medio y de la nada
Que es el hombre ignorante? ¿quien serena
Las borrascas, ó enfrena
Los bravos huracanes? ¿á las aves
Quien enseña á surcar el vago viento,
Y á sus lenguas los cánticos suaves?
¿Ó quien dió al árbol hojas y alimento?
Entónces quando el hombre alcanzar pueda,
Que es la hoguera del Sol: de donde viene
La lluvia y el rocío:
Que fuerza impele á la celeste rueda:
Donde suspenso el universo tiene
De Dios el infinito poderío:
Podrá en su orgullo impio
A los seres decir: á tí te toca
Llenar este lugar, á tí este grado;
Y así adular á su soberbia loca
En el centro de todos colocado.
Mas no tanto; si el siervo los secretos
Ve del Señor: ó si el vasallo sabe
Que sistemas medita
Y sagrados decretos

El Rey en su hondo seno: si en tí cabe
Sondar como tu cólera se irrita,
¡ O ciego ! y quien lo excita:
Quien á tu sangre por las venas mueve:
Por que causa la piedra al centro baxa:
Porque es líquida el agua, el viento leve:
En tachar necio á tu hacedor trabaja.
Hijo del polvo, si elevarla osas,
Alza la vista al cielo y ve la esfera
De estrellas tachonada,
Todas á par hermosas.
¿ Es solo para tí tanta lumbrera ?
Acaso cada qual será empleada
En bañar con dorada
Llama como acá el Sol otro gran suelo;
Y los que el globo de Saturno moran,
Tan léjos como tú miran el cielo;
Y que tú habitas este punto ignoran.
Los ojos vuelve hácia la baxa tierra
Y á sus vivientes llega á tu despecho:
El mas imperceptible
Mil otros en sí encierra.
¡ Del mosquito sutil, que inmenso trecho
Al que apenas la Lente hace visible !
¿ Y acaso no es posible
Descender aun de aquel ? pues él contiene
Dentro en sí otros que á vivir dispone:
Cada qual movimiento y partes tiene;
Y cada parte de otras se compone.
El hombre comparado, generoso
Amigo, al universo es qual el punto
Con la tendida esfera,

O un ola al mar undoso.
Su saber es que empieza y muere junto;
Y ménos que un insante su carrera.
Mas años mil viviera,
Jamas otros misterios son daria.
Las cosas todas en la nada nacen;
Y en lo infinito paran: quien las cria
Contará solo los guarismos que hacen.
Hombre mortal, escucha: al órden mira
Del todo; el órden es la ley primera
Del cielo soberano.
La inmensidad admira
Del universo; y gozate en tu esfera,
Que tu felicidad está en tu mano.
Dexa de anhelar vano
Por el lugar del Angel: á él subiendo
Tambien al tuyo el bruto ascenderia:
La planta al animal fuera impeliendo;
Y del órden por tí todo saldria.
La providencia es justa: á tí te ha dado
En suerte la virtud y al tosco bruto
El deleyte grosero:
No estes, no, mal hallado
Con la augusta virtud: su dulce fruto
Es del alma la paz, y el verdadero
Gozo su compañero,
Que nada acá en la tierra darte puede.
¿Y que en ella, ó los cielos comparable
Merece ser al justo? ¿quien le excede?
¿O es hechura de Dios mas admirable?
La grande ley que vivifica todo
Es el comun amor: ama á tu hermano;

Ama á la Patria; y ama
Todo el mundo, de modo
Que antepongas al dueño soberano
Que bienes tantos sobre tí derrama.
Si este ardor bien te inflama,
Ora en la tierra mores largos dias,
O en flor te anuble ábrego enojoso,
No temas las mortales agonías,
Que como justo acabarás gozoso.
Así naturaleza al hombre dice:
Y la blanda esperanza hasta él desciende,
Que le conforta el pecho;
Y él con ella es felice.
Mas si su osada vanidad entiende,
Le dexa, en sus sistemas satisfecho,
Trabajar sin provecho.
Su presuncion con risa mira el cielo:
Y él nunca en su locura bien hallado,
Miéntras anhela el bien con mas desvelo,
Mas parce que el bien huye su lado.

EL MISMO.

ODA.

Prosperidad aparente de los Malos.

En medio de su gloria así decia
El pecador: En vano
Tender puede el Señor su débil mano
Sobre la suerte mia.

A las nubes mi frente se levanta
Y en el cielo se esconde.
¿Donde está el justo? ¿las promesas donde
Del Dios que humilde canta?
Hiel es su pan, y miel es mi comida,
Y espinas son su lecho.
¿Con su inútil virtud, que fruto ha hecho?
Insidiemos su vida:
A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades;
Y ellos mi ínclita fama á las edades
Lleven mas apartadas.
Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Solo el del poderoso va creciendo
Y á las estrellas sube.
Cayga, cayga en mis redes su simpleza.
El habló, yo pasaba;
Mas al tornar por verle la cabeza
Ya no hallé donde estaba.
Su gloria se deshizo: sus tesoros
Carbones se volviéron:
Sus hijos al abismo descendiéron;
Sus risas fuéron lloros.
La confusion y el pasmo en su alegría
Los pasos le tomáron;
Y entre los lazos mismos le enredáron
Que al bueno prevenia.
Del injusto opresor esta es la suerte
No brillará su fuego;
Y andará entre tinieblas como ciego
Sin que camino acierte.

La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho:
Contino un áspid le devora el pecho:
Contino vive en sustos.
Amanece, y la luz le da temores;
La noche en sombras crece;
Y á solas del averno le parece
Sentir ya los horrores.
Dará huyendo del fuego en las espadas:
El Señor le hará la guerra;
Y caerán sus maldades á la tierra
Del cielo reveladas.
Porque del bien se apoderó inhumano
Del huérfano y viuda,
Le roerá las entrañas hambre aguda;
Y huirá el pan de su mano.
Su edad será marchita como el heno:
Su juventud florida:
Caerá qual rosa del granizo herida
En medio el valle ameno.
Tal es, gran Dios, del pecador la suerte.
Pero al justo que fia
En tu promesa y por tu ley se guia,
Jamas llega la muerte.
Sus años correrán qual bullicioso
Arroyo en verde prado;
Y qual fresno á sus márgenes plantado
Se extenderá dichoso.

EL MISMA.

COPLAS.

De la Fragilidad de la Vida humana.

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte
Tan callando:
Quan presto se va el placer,
Como despues de acordado
Da dolor,
Como á nuestro parecer
Qualquiera tiempo pasado
Fué mejor.
Pues que vemos lo presente
Quan en un punto se es ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente
Darémos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Mas que duró lo que viò:
Pues que todo ha de pasar
Por tal manera.
Nuestras vidas son los rios
Que van a dar en la mar,
Que es el morir:
Allá van los señorios

Derechos a se acabar
Y consumir.
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
Y mas chicos
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos,
Y los ricos.
Dexo las invocaciones
De los famosos poetas
Y oradores:
No curo de sus ficciones,
Que traen hierbas secretas
Sus sabores.
Aquel solo me encomiendo,
Aquel solo invoco yo
De verdad,
Que en este mundo viviendo,
El mundo no conoció
Su Deidad.
Este mundo es el camino
Para el otro que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos quando nacemos,
Andamos quando vivimos,
Y llegamos
Al tiempo que fenecemos,
Así que quando morimos
Descansamos.

Este mundo bueno fué,
Si bien usaremos dél
Como debemos:
Porque segun nuestra fé,
Es para ganar aquel
Que atendemos.
Y aun aquel hijo de Dios,
Para subirnos al cielo,
Descendió
A nacer acá entre nos,
Y vivir en este suelo
Do murió.
Si fuese nuestro poder
Tornar la cara hermosa
Corporal,
Como podemos hacer
El anima gloriosa
Angelical;
¡ Que diligencia tan viva
Tuvieramos cada hora,
Y tan presta
En componer la captiva,
Y dexando á la señora
Descompuesta!
¡ O mundo! pues que nos matas,
Fuera la vida que diste
Toda vida;
Mas segun acá nos tratas,
Lo mejor y ménos triste
Es la partida
De tu vida tan cubierta
De males, y de dolores

Tan poblada,
De los bienes tan desierta,
De placeres y dulzores
Despoblada.

D. JORGE MANRIQUE.

LA MUERTE.

POEMA.

SANTA verdad, á tí que, colocada
Baxo un solio eternal, estás mirando
Con ojos compasivos como el hombre
Se dexa seducir del vil engaño;
A tí, que pura guardas en tu seno
La preciosa virtud; y con un labio
Lleno de fortaleza contrarrestas
Quanto se opone á tu candor sagrado;
A tí imploro; tu auxílio solo
Busco con ansia, con ardor te llamo,
Para que pueda descifrar mi acento
De un sueño misterioso los arcanos.
Al tiempo que en las ondas su semblante,
Cerrando el día, esconde el Sol dorado,
Y á vista de las sombras de la noche
Al pecho oprimen los temores vanos;
Agitando sus alas perezosas
Con leve impulso llega el sueño tardo;
Con opio activo mi semblante baña,
Mi cuerpo estrecha con amante abrazo.
Al punto se aparece una figura
Que á mí dirige su ligero paso,

De altura colosal, ancha de espaldas,
Piel arrugada, huesos descarnados,
De tetra amarilléz la faz cubierta,
Sin orden los cabellos, dientes ralos,
Barba erizada, y encovados ojos,
Llamas, y sangre en derredor lanzando.
Corre, llega, me mira, y altanera
Asiendo con violencia de mi mano,
Mándame que la siga, y me arrebata
Qual torbellino por el ayre vago.
¡ Que sorpresa la mia al ver que yendo
Con raudo vuelo inmensurable espacio;
Y, atravesando el eter velozmente,
Los astros dexo, al firmamento parto!
¡ Quan pequeña á mis ojos es la tierra!
Los agrios Alpes, y el Pirene blanco
A unos débiles puntos se reducen,
A gotas breves los marinos campos.
Los opulentos pueblos desparecen;
Y quando todos juntos los comparo
Con los globos de luz, que el Cielo esmaltan,
De su estupenda inmensidad me pasmo.
Baxamos nuestro vuelo, distinguimos
Montañas eminentes, muros altos;
Y casi unidos á la Madre Tierra,
Sus senos, y llanuras registramos.
Me muestra una por una las naciones,
Que el ancho globo cubren, no olvidando
Ni las que el yelo oprime ácia los polos,
Ni las que el Sol anima con sus rayos.
Mis pasos guía por cortadas rocas,
Enhiestos montes, horridos peñascos

Sin árboles, sin yerba, sin cultivo,
Sin sendas, ni vestigios de pié humano.
Un edificio de grandeza enorme
En tan adusta soledad hallamos,
Derrüido, y cubiertas sus paredes
De seca yedra, y duro xaramago.
Entre columnas, y arquitraves rotos,
Vese la entrada, se descubre un arco;
Por él mi conductora entrar me ordena;
Me lleno de terror á tal mandato.
Tres veces muevo el pié, y el pié tres veces,
Al tocar el umbral, queda pasmado;
Insta, tiemblo, me anima, al fin resuelvo
Desechar el temor, seguir sus pasos.
Entro con ella en la tremenda cueva,
A sus inmensas cavidades baxo;
Y á la luz de unos vasos funerales
Registro el pavoroso subterráneo.
Con asombro los ojos rodeaba,
En compasivas lágrimas bañados,
Quando con ronca voz tales razones
Sacó del pecho, y pronunció su labio.
Quanto has visto al impulso mio cede;
Y en este sitio yacen encerrados
Los restos miserables que en el mundo
Las orgullosas almas animaron:
Aquí no se esclaviza, ni se adula;
Aquí no hay clases, condicion, ni estados,
Aquí son polvo cetros, y tíaras,
Y aquí qual humo se disipa el fausto.
Este, absorto mortal, es el sepulcro;
Allí Aquiles reposa, allí Alexandro,

Mas allá está la tumba de Sertorio,
Y allá la de Scipion el Africano.
Allí Tersites feo, Creso rico,
Aristides el justo, Alfonso el casto,
Ciego Tiresias, Iro miserable,
Nestor prudente, y bueno Vespasiano.
Mi guadaña se estiendé á todas partes,
Y de la misma suerte desbarato
Las cabañas de simples ganaderos,
Que de Reyes soberbios los palacios.
Aunque fabríque torres el altivo;
Atesore metales el avaro;
Amontone trofeos el guerrero;
Y consiga favores el privado;
No evitan mis rigores; la hermosura,
El juvenil candor, el dulce halago;
El vigor varonil, y el poderio
El Tiempo lo consume, y lo acabo.
Suspende aquí el discurso; porque lleno
De horror al conocerla, en tierra caygo:
Me levanta, me alienta; y al instante
Que vé desvanecido mi desmayo,
Abre su obscuro imperio, me demuestra
En su profundo cavernoso espacio
Templos, tronos, alcázares desechos,
Y rayos de la guerra yá apagados.
En vez de innumerables esquadrones;
En vez de ricos, y pomposos carros,
Cuyos robustos exes rechinaban
Al peso de trofeos sanguinarios;
En vez de enhiestas palmas vencedoras,
De frondoso laurel, triunfales arcos,
Que al guerrero adulaban, é infundían

El bélico furor, el entusiasmo;
Polvo hacinado, podredumbre infecta
Se presenta á mi vista; y á un puñado
De ceniza infecunda reducidos
Los que tantos imperios trastornaron,
Pirámides altivas, monumentos,
Que facricó el orgullo, en cuyo ornato
El oro se apuró, que de las minas
Sacó para su mal el hombre avaro,
Escombros son: sus nombres ya no exîsten:
En vano darles vida procuraron
Las artes con sus obras; pues el Tiempo
Rompió los bustos, y borró los quadros.
Mi guía lentamente me conduce,
Mi absorta vista, y atencion fixando
En los gloriosos timbres, en los triunfos,
Que alcanzó con la serie de los años.
Me causaban horror, me estremecian
Los bárbaros suplicios, que inventaron,
Con el fin de abreviar vida tan corta,
Los destructores del linage humano.
Con lástima miraba tantos males;
Y, su causa á mi lado contemplando,
En cólera encendido, de repente
Su mano suelto, y con ardor exclamo:
Oh Muerte, de los Seres destructora,
Del Orco * horrendo tenebroso parto,
Tu memoria ¡ que amarga, que funesta!
¡ Que ciertos, que crueles tus estragos!
Tú nos quitas la vida placentera;
Tú nos sorprendes con traydor engaño;

* El infierno tomado de un rio, que fingen los poetas haber en aquel lugar.

Tú nos causas dolores insufribles;
Y á todos tu presencia causa llanto:
Déxame que huya dó jamas te vea.
  Detente, grita, y oye de mi labio
Lo que es la Muerte, que os asombra, y oye
Verdades nuevas, serios desengaños.
Confieso que os separo de la vida,
De ese bien, de los hombres tan ansiado,
Que en dilatarlo innumerables dias
Fixan su gloria, estriva su conato.
Mas decid, infelices, ¿no está llena
De sustos esa vida? ¿No es un campo
Que solo brota penas? ¿Vive el hombre
Libre de sinsabor? ¿Tranquilo acaso?
¿No advierte que es su origen vil materia
De corrompido lodo? Los aplausos,
El aura popular, y regia pompa
No vé que son escoria, y oro falso?
El agudo dolor precede al hombre;
Nace entre la congoja, y el quebranto,
Lo que le anuncia que se engolfa en mares,
Llenos de Sirtes, y árenosos bancos.
En todas las edades le rodëan
Los males, las pasiones, los trabajos;
Infante es débil, imprudente joven,
Ambicioso varon, y enfermo anciano.
Corre el tiempo veloz, y desparece
La vida qual la flor, que al primer rayo
Del Sol ostenta su fragrante copa,
Y se marchita quando vé su ocaso.
  El tiempo sobre todo tiene imperio;
El solo ha de apagar todos los astros;

Y un dia llegará que de su trono
Al Sol derriben sus potentes brazos.
Las víctimas el Tiempo me conduce,
Las ofrece rendido en holocausto
Ante las negras aras de la tumba,
Dó está mi solio augusto colocado.
En la hora memorable, en que el Eterno,
Queriendo producir, preparó el quadro
De tantas asombrosas maravillas,
Que el hombre ímbecil escudriña en vano,
La nada hizo fecunda; prestó aliento
A la Naturaleza en su regazo;
Engendró el universo, dio existencia
A millares de globos ignorados;
Quando formó el relox de las esferas,
Para que fuese por sus giros raudos,
La duracion midiendo de los seres
Con ley pasmosa, con gnomon exâcto,
Nació el Tiempo, lanzóle de su trono
La inmoble eternidad al ancho espacio,
En que el Orbe giraba, y al instante
Tendió las alas por el ayre vago:
Para no detener jamás su curso
A volar empezó, tras sí arrastrando,
Como torrente férvido impetuoso,
Minutos, horas, dias, meses, años.
Ansioso por volver al dulce seno,
De dó partió, prosigue acelerado;
Busca el reposo, y por hallarlo corre
Rápidamente qual vibrante rayo;
Pero no lo ha de hallar hasta que sean
A la voz del Eterno desquiciados

Todos los orbes, sus robustas bases
Estallen con horror hechas pedazos,
Y sus ruínas, entre sí mezcladas,
Otra vez se sepulten en el caos,
De donde los llamó para que fuesen
Su poder, y su gloria publicando.
Sordo á las voces, con que el hombre intenta
Detenerle en su curso, el Tiempo cano
Ni el vuelo acorta; ni el semblante vuelve;
Ni presta oídos á sus ruegos blandos:
Con pie ligero pisa la cabeza
Del mísero mortal, y con su tacto
Lo consume, lo arruga, lo aniquila;
Y no corta su sueño sin embargo.
Muere el hombre ignorando que ha vivido;
Y vive seducido del halago,
De las Horas que ofrecen mil placeres,
¿Mas estas que se hicieron? ¿Dó marcharon?
El tiempo arrebatólas en su huída;
En su carro montólas; inflamados
Los exes con su rápida carrera,
Precipitólas con feroz fracaso;
Y, cayendo en la sima que no vuelve
Jamás su presa, con horror dexaron
Errantes sombras por placeres dulces,
Y por deseos pensamientos vanos.
Con repetidos, y terribles golpes
Despertar á los hombres he intentado;
Pero todo mi esfuerzo ha sido inutil
Para volver sus almas del letargo
En la huesa dó encierran sus amigos
Sepultan la memoria del estrago;

Y sus amargas lágrimas se pierden
En las mismas cenizas que han regado.
No advierten, deslumbrados con la vida,
Que están en torno en continuado asalto
Innumerables plagas, que acibaran
A cada instante el corazon humano.
La destructora Peste, corrompiendo
El ayre saludable con el vaho,
Que lanza en derredor su hedionda boca,
Reynos enteros dexa aniquilados.
La Hambre devoradora se apodera
De las entrañas con ardor insano;
La Madre tierna al hijo despedaza,
El clamor de Natura sofocando.
El monstruo de la Guerra, quando rompe
Las dobles puertas del bifronte Jano,
En páramos convierte las campiñas;
Y en ellos forma con la sangre lagos.
Quando por densas nubes el Eterno
Guía con ronco estruendo el presto carro,
Y entre copiosa lluvia, viento, y piedra,
Arroja ayrado resonantes rayos;
O quando furibundo los cimientos
De la tierra conmueve; y agitando
Su faz con incesantes convulsiones,
Abiertos dexa sus profundos antros;
Caen los hombres sin vital aliento
Como espesas espigas; quando el brazo
Del incansable segador abate
En el ardiente Estío los sembrados,
Abriendo su ancha boca los volcanes,
Y al Averno con llamas emulando,

Ríos de fuego de su cumbre lanzan,
Y aquí un pueblo aniquilan, allí un campo.
La aguda Fiebre, la cruél Miseria
Y el horrendo Pesar fatigan tanto
Al hombre, que contar apenas puede
Un día con quietud, y afortunado.
En todas partes al mortal oprime
La fiera angustia con pesada mano;
Y el Placer, por el qual se agita ansioso,
Como sombra fugaz burla sus pasos.
En una fragil tabla se confia,
Los encontrados vientos despreciando,
En busca de tesoros escondidos,
Que en sí abrigan el negro sobresalto.
El labrador al Sol se tuesta el pecho,
Y los copos de nieve condensados
Sobre su inculta barba, le consumen
Antes que Ceres pague su srabajo.
Por un seco laurel, un vano timbre
Arrostra los peligros el soldado;
Y nunca el suelo, que con sangre riega,
Otro frutro le dá que llanto amargo.
Al Ministro de Temis las vigilias,
El continuo estudiar al literato,
Y el gobierno á los Padres de la patria
La vida acortan en floridos años.
El pomposo renombre, porque anhelan
Nunca llegan á oír; y, amontonados
Sus huesos en la fosa, se confunden
Con el polvo de miseros esclavos.
" No todos, me dirás, sufren las iras
" Del Cielo vengador, ni sepultados

" En sombras todos los mortales viven;
" Que el Sol á muchos se demuestra grato.
" Y aquellos que se encuentran de continuo
" En medio del placer, paladeando
" Su gusto con delicias repetidas,
" Gozan de estables plácidos regalos."
Esos, que viven en el fausto, y luxo,
Esos felices, que te admiran tanto,
Esos, que envidia la ignorante plebe,
Y exceden á los Cresos, y Periandros,
Esos padecen penas mas atroces,
Mas infelices son; pues devorando
Está sus pechos con ardor vehemente
De la conciencia el roedor gusano.
Ni les son las comidas delicadas;
Ni de las aves les agrada el canto;
Ni á sus desavoridos corazones
Jamás recrean sueños regalados.
Porque la vida afeminada, y muelle
Pone el ánimo torpe, el cuerpo laxó;
Y hace que el Ocio, su constante amigo,
Al Vicio alargue la indolente mano.
Y como solo la quietud se encuentra
En la virtud, que enfrena el desbocado
Furor de las pasiones turbulentas;
¡ Que mucho viva un rico sin descanso!
¿ Por que así me detengo? Mortal, corre,
Vuela á Jerusalen, dó habita ufano
El que por sus riquezas sobrepuja
A presentes, futuros, y pasados.
Reconócela allí por sus colinas,
Donde verdea del relleno Baco

La vid frondosa, donde rubia Ceres
Se ríe al ver el peso de sus granos,
¡ Que delicioso bosque! Que fragrancia!
¡ Que ambiente! ¡ Que rumor! ¡ Que dulce encanto!
Aquí Naturaleza, el Arte, todo
Embelesa el sentido, infunde agrado.
¡ Que estrépito! el Monarca! Mira atento
La gran magnificencia, el regio ornato,
Los carros, las libreas, los sirvientes,
El relincho, el tropel de los caballos.
¡ Quantos, y quan hermosos! ¡ Que opulencia!
No le pierdas de vista; su palacio
Le recibe; la plebe se abalanza
A mirar á su dueño, y darle aplausos.
Los víctores alegres se difunden
Por la espaciosa bóveda, y los patios;
Entra el carro, retumba como el trueno
En las concavas peñas, montes altos.
Brillan las armas de la guardia inmensa;
Se acercan los risueños Cortesanos,
Cercanle, y sube como un Dios al Cielo,
De explendor, y de gloria coronado.
Penetra á lo interior. ¡ Nueva sorpresa!
¡ Que maderas! ¡ Que piedras! ¡ Que estacadas!
¡ Que columnas! ¡ Que estátuas! ¡ Que pinturas!
¡ Que salones! ¡ Que pompa! ¡ Que aparato!
¿ Que placeres aquí no se amontonan?
¿ A que sentido no se ofrece halagos?
A todos se complace. El Rey desfruta
Quanto es posible al corazon humano.
¡ Que mucho, si entregado al blando sueño

Desciende el Ser supremo á visitarlo!
Pide, le dice; con mi amor te brindo;
Quanto quieras aguarda de mi brazo.
Y aunque sabiduría pide solo,
Llena el Eterno sus veloces naos
De los ricos tesoros, que en sus senos
La tierra guarda desde Oriente á Ocaso.
¿Y ese feliz que nombras, y ponderas,
Para quien tantas dichas se juntaron,
Donde está? ¿Donde mora? ¿Dó se oculta
Que no pueden mis ojos encontrarlo?
¿No le has reconocido en sus adornos?
Detente, y mira aquel que, recostado
En su dorado lecho, se acongoja,
Y está con amargura sollozando,
¿Que veo? ¿Salomón? ¿El Rey potente?
¿El sabio? ¿El opulento? ¿El envidiado?
Sí: el mismo. Hasta la vida ya detesta;
Su enojoso fastidio llega á tanto.
Porque teniendo innumerables bienes
De lo que mas desea se halla falto.
No tiene paz, el bien que unicamente
Al hombre puede hacer afortunado.
¿Ves quantas penas en la vida existen?
¿Que no presentan sus placeres gratos
Sino copas colmadas de veneno?
Y os quejais porque evito sus estragos?
Otros contentos mi poder ofrece,
Que no es posible desfrutar en tanto,
Que el aura de la vida el cuerpo anime;
Tal es su precio, su valor tan alto.
El alma dentro de él vive cautiva;

Y, aprisionada con robustos lazos,
Ignora la verdad, pues los sentidos
Solo la traen ilusion, y engaño.
Yo rompo sus prisiones, yo disipo
Delante de ella todos los nublados:
Su luz la vuelvo, y al Eterno busca
Con alas que recibe de mi mano.
Pero créeis vosotros que me oculto
Con mentido semblante, y que descargo
Mi tremenda guadaña, antes que pueda
El hombre percibir mis lentos pasos.
Y decis que os sorprendo, qual traydora,
En medio de los gustos, y aunque aguardo
El día mas feliz, que el hombre tiene,
Para que se convierta en triste llanto.
" ? Adonde está la Muerte? No la vemos.
" Se esconde entre las flores." Así, vanos
Mortales, vuestro pecho se produce.
Mas ¡ que juicio tan loco, tan errado!
¿ No veis la Muerte? ¿No? Volved los ojos,
Mirad vuestros salones rodeados
De un enxambre de muertos, que buriles,
Y pínceles sublimes animaron.
En ellos admirais vuestros mayores;
Con su memoria estais embriagados;
Y repasais con ojos satisfechos
Una vez, y otra, y otra sus retratos.
El brillo, y los colores os seducen;
Juzgais alegre, y rico así un palacio;
Y no veis que habitais entre difuntos,
Que el muro cubren de horroroso espanto,
Os recuerdan la idea de la muerte
Las mismas diversiones, y teatros:

La furiosa Melpómene *, el augusto
Silencio del sepulcro perturbando,
A los héroes evoca de la tumba;
Los fuerza á que abandonen el descanso;
Que eleven la cabeza; y los arrastra
A divertir los vivos con sus llantos:
Estos miran tranquilos sus desgracias,
Creyéndose inmortales; y, si acaso
Vierten algunas lágrimas, se olvidan
Que igual destino les reserva el hado.
El toro de Castilla, ya rendido
Sobre la seca arena, revolcado
En la sangre, que arroja á borbotones,
Lleno de heridas, con furor bramando,
La muerte os representa vivamente;
Pero vosotros, prodigando aplausos
Al matador con víctores festivos,
O al ayre los pañuelos volteando,
Convertis las ideas mas amargas
En placeres suaves. Tal conato
Teneis en degradar vuestra alta especie,
Gustando de esos bárbaros estragos.
¿Que es el mundo que tanto os embelesa?
Un sepulcro espacioso: destrozados
Seres fecundan á la Madre tierra,
Sus jugos, y sus fuerzas reparando.
Quanto el tacto percibe, quanto agrada
Al paladar, la vista, y al olfato
Es sustancia de muertos; vive el hombre
De ellos lo mismo que el voraz gusano.
¿Que polvo no ha gozado de la vida?

* Una de las Musas: tiene una hermosísima voz, y preside á la tragédia.

La aguda reja, y el legon pesado
Los miserables restos de los hombres
De continuo revuelven en los campos.
Se coge en la cosecha su ceniza;
Labrala activa vuestra propia mano;
Y, convertida en sazonados panes,
La comeis sin temor, y con regalo.
Las capas exteriores de la tierra
Con despojos de Seres se han formado;
Y con ligero pié los hombres danzan
Sobre pueblos inmensos soterrados.
Paños, y pieles, ó del luxo galas,
O del frio, y calor dulce reparo,
Fueron ántes cubierta de animales,
Que los feroces hombres destrozaron.
La muerte, que pensais se oculta, en todo
Quanto toca el mortal, se esta mostrando;
Solo no está, con muestras tan patentes,
En la memoria del linage humano.
Como suelen oír los marineros,
Quando es el viento favorable, y manso,
Sentados en la popa á la redonda
Al piloto un viage extraordinario,
Y escuchar con asombro sus peligros,
Bien ageno de verse en otros tantos;
Quiero para calmar tu pecho ahora,
Que tu alma esté pendiente de mi labio,
Y verás que mi nombre no debiera
Causarte tan terrible sobresalto.
Soy un extremo de la humana vida
Como es el nacimiento celebrado;
Sobre estos puntos gira la existencia

Iguales son su aumento, y menoscabo;
Vuestra vida creciendo, y descreciendo
Siempre camina con el mismo paso.
¡ En el materno seno, quando el hombre
No es mas que un embrion, quan limitado,
Quan debil es su aliento! Lentamente
Vá despues sus potencias desplegando.
Y qual la tierna flor, que en la campiña
Se fertiliza con el agua, y rayos
Del Sol; y tallo, y hojas, y capullo
Aumenta, estiende, y abre en el verano:
Así el hombre los miembros desarrolla,
Aumenta su vigor con el trabajo,
Adquiere agilidad, logra hermosura,
Se goza alegre, se demuestra ufano:
Y al modo que cayendo en el Otoño
Las hojas de los árboles copados,
Quando aparece el nebuloso invierno,
Ni planta, ni verdor se vé en el campo;
Vuestra naturaleza experimenta
Un horrible trastorno; van faltando
Las fuerzas, y sentidos; se doblega
La espalda con el peso de los años;
Enjuganse los nervios, se endurecen;
Se apodera el temblor de pies, y manos;
La nieve, y rugas de cabeza, y rostro;
Y á polvo, á nada se reduce al cabo.
Vida es la trabazon del cuerpo, y alma;
Muerte su desunion. ¿Quien explicaros
Podrá; ni quien, momentos diferentes,
Se atreve á revelar vuestros arcanos?
Dime mortal ¿sentiste por ventura

Quando, impelida del divino lábio,
El alma descendió del sacro Empíreo;
Y se unió al cuerpo con amante lazo?
¿Que alegría tuviste, que dulzura
Que gusto, que placer? Vivificado
Te viste sin pensar: así al Eterno
El alma volverá con vuelo raudo.
No cercada de bárbaros dolores
Vendrá la Muerte. Finge espectros vanos
La noche obscura, y con la luz se advierte
Que los falibles ojos se engañaron.
Tal soy, mortales. El dolor reside
En la imaginacion, que aumenta el daño,
Segun el fuego que la fibra agita
Y vá los nervios con vigor vibrando.
¿Si una bala os divide la cabeza,
O si sois consumidos por un rayo;
¿Que cadena de ideas formar puede
La alma alterada en tal fugaz espacio?
Si el cuerpo lentamente se consume,
Sus organos sin fuerza, y estenuados
No contribuyen á que el alma sienta
La amarga idea del letal quebranto:
Si es activo el dolor, si es vehemente,
Conduce los sentidos al desmayo;
De estos cesa la accion, y se interrumpe
De cuerpo, y alma el amigable trato.
Sin dolor os hallais; y sin sentido
Quando llego á vosotros, quando os llamo:
La muerte viene qual la vida vino,
Sin que pueda el mortal imaginarlo.
No es para el justo mi semblante horrible,

Lo es para el pecho al crímen entregado;
No la muerte, la culpa es pavorosa;
Ella os agita, oprime, causa espanto.
¿A que vienen, mortales, vuestras quejas?
¿A que los epitetos, que han llenado
Mi triste nombre de baldon, y oprobrio?
¿A que tanto furor? ¿Encono tanto?
Unos me juzgan término del gusto;
Otros consuelo, y fin de los cuidados;
Aquellos de mi sombra se estremecen;
Estos me invocan con ardor insano.
¡El hombre, que, olvidado de sí mismo,
Se asemeja á los brutos, reposando
Sobre el torpe deleyte, qual se agita,
Quando á la puerta de su estancia llamo!
Reclinado Damocles blandamente
En un pomposo lecho, rodeado
De estatuas, de tapices, de pinturas,
En que el arte, y el gusto se esmeraron:
Enfrente de una mesa, dó advertia
Baxillas ricas, primorosos vasos,
Graciosos ramilletes, lindas flores,
Suaves vinos, y manjares gratos;
Las aromas de Persia, y las de Arabia
En delicadas copas humeando;
Sus blandos miembros, y cabello ungidos
Con el fino oloroso Malobathro;
Servido de mancebos diligentes;
Oyendo el dulce, y armonioso canto
De tiernas ninfas, cuyos rostros eran
Del ocio redes, de cupido lazos;
Con las perlas de Oriente, con el oro

De Tibar, y con purpura adornado;
En su derecha colocado el cetro,
La corona sus sienes ocupando;
¿ No debiera tenerse por contento ?
¿ No debiera llamarse afortunado ?
¿ No debiera la Envidia al contemplarle
Llorar de enojo, y remorder sus labios ?
Debiera ciertamente, si Dionisio,
En medio del magnifico aparato,
Un sable agudo de una débil cerda
No suspendiera al arteson dorado;
La cervíz del dichoso amenazaba,
Y él á su vista, con horrendo pasmo
Opreso el corazon, todos sus gustos
Iba en acíbar y en dolor tornando.
Ya no veía los sirvientes bellos;
Ni del rico metal hacía caso;
Ni la mano alargaba ácia la mesa:
La corona se le iba deslizando.
Inquieto pidió al Rey que le dexara
Huír del trono, y su engañoso fausto;
Que no es posible venturoso sea
Quien está de un peligro amenazado.
No le es dado arrostrar la muerte al impío;
Ella disipa todos los engaños;
Y el horror de sus vicios lo conturba
Al deshacerse el mundanal encanto.
Por eso la aborrece con ahinco:
Mas la anhelan aquellos desgraciados,
Que el Placer, como á Tántalo las aguas,
Se les huye al tocarlo con sus labios.
Parecen merecer tal vez disculpa

Esos que estaban de esplendor cercados;
Y ahora la fortuna ayrada oprime,
En vez de orlar, sus sienes con el lauro.
¡Quantos hombres ilustres, conociendo
Que la vida es un mar en ondas bravo,
Por librarse de horrísonas tormentas,
Sus miserables días acortaron!
Pomponio de dolores oprimido,
Lucrecia sin honor, la tierna Safo
De su hermoso Faon abandonada,
El implacable Anibal derrotado,
Teóxena privada de su esposo,
De su Antonio Cleópatra, Gordiano,
Perdida con los Hijos la esperanza,
Detestaron la vida, y sus halagos;
La imagen de sus gustos destruídos
En su oprimido corazon fixaron;
Y vieron que la angustia devorante
No concedía á su dolor descanso:
Los pesares con fuertes impresiones
Su máquina, y su juicio trastornaron;
Extinguióse la luz de la prudencia;
Y rienda dieron al furor insano.
Y como el escorpion, quando se encuentra
De encendidos carbones rodeado,
Que á todas partes corre presuroso;
Su libertad, su vida procurando:
Pero viendo que el círculo se estrecha,
Y cerrando le van todos los pasos,
El mismo se dá muerte, que no puede
Sufrir del fuego el horroroso estrago:
Dieron fin á su vida dolorosa,

Con la hambre, con azero, despeñados,
Con tósigo, en las ondas del mar fiero,
O con horrible vergonso lazo.
¿ Mas que haceis, miserables destructores
De ese prestado bien? ¿ Que monstruo infando
Del pavoroso Tártaro os anima?
¿ Quien vuestro corazon ha envenenado?
Del Eterno es la vida; con su boca
Inspiró aliento al insensible barro;
El puede á polvo, á nada reducirle,
No el loco proceder del hombre vano.
Abata los palacios suntuosos,
Rompa, deshaga lo que obró su mano;
La fábrica del Ser Omnipotente
Solo depende de su excelso brazo.
Sagrados son los limites que tengo;
Y no deben forzarse, sino quando
Corta el Eterno el hilo de la vida
Por el punto que tiene decretado.
Así estos conocieron la amargura,
Que el mundo presta á sus sequaces vanos;
Y por buscar un puerto no debido,
En vez de hallar asilo, naufragaron.
Y vosotros que veis con torvo ceño
Al Supremo Hacedor, que os ha criado,
Negais su vida al alma; y os agrada
La humilde tierra mas que el Cielo sacro,
¿ Por ventura pensais que con la Muerte
Se halla un escudo contra el signo infausto *?

* Los seis versos siguientes se dirigen á convencer á los materialistas por sus mismas razones, suponiendo por un momento que el alma muere con el cuerpo. Reflexionese, y se verá que los Atheos (si es posible que existan) tienen ménos razon que nadie para abrazar la monstruosa opinion del Suicidio.

Si el alma muere con el cuerpo ¿donde
Hallareis el placer que vais buscando?
Placer sin exîstencia; ¡que locura!
Tener un solo bien, y despreciarlo!
¡Que ciego error! Si nada se halla eterno,
¿Porque el fin de los males no esperamos?
El bien de la esperanza siempre queda;
Quien oye á la Razon, descubre un rayo,
Que le muestra la playa deseada,
Adonde encaminar el roto vaso.
Los males, y los bienes se suceden
Con un rapido giro; el desdichado
Quanto mas oprimido de la suerte,
Está de la fortuna mas cercano.
Las fibras, conmovidas dulcemente,
Causan al hombre los placeres gratos,
Al modo que las cuerdas, quando heridas
Están por los Orfeos, ó Terpandros:
Mas si el dolor las pulsa con dureza,
Si va sus brivaciones agitando,
Se altera la armonía, produciendo
Rudos sonidos sin compas ni agrado.
Tales son las pasiones desatadas;
El alma agitan, como suele el Austro,
Rebramando alterar los hondos mares,
Quando aparece el nebuloso Aquario.
Como no hay movimiento que conserve
Siempre el impulso en su primer estado;
Quando cesa la accion, la calma vuelve,
Y vuelven los placeres regalados.
Usar entónces de las claras luces,
Que Natura os prestó con pecho franco,

Debiais, ó mórtales, dando oidos
A la Filosofía como sabios.
No querais resistir á la tormenta,
Con las velas su rabia provocando;
Amarrad el timon, y al ronco Noto
Desnudos oponed los recios palos.
Todo con la constancia al fin se vence,
Todo lo pierde el corazon menguado;
Arrostrar el peligro es de valientes,
De cobardes ceder á los trabajos.
Rebaxe el hombre el precio de la vida,
Y valdrá mas la muerte: el justo, el sabio
Ni debe amar aquella con exceso,
Ni á mí tampoco aborrecerme tanto.
Solo el malvado al pronunciar mi nombre
Se llena de terror; pues los cuidados
Son hijos del delito, que destroza
El mismo corazon que fué su amparo.
Mas quien tiene la vida pura, y casta
No necesita del arnes doblado,
Ni del cántabro cañon, ni del acero,
Que con sus aguas templa el raudo Tajo.
Por los desiertos de la Arabia ardiente,
Por entre nieves, y horridos peñascos
Allá en los polos, y riscosos Andes
Camina solo, libre, sosegado:
Puede la inmensa máquina del Orbe
Desplomarse sobre él hecha pedazos;
Puede baxo sus ruínas oprimirlo;
Lo puede aniquilar: mas no turbarlo.
Tal fué el gran Lucio Séneca, que en medio
Del brillo de la Corte, en el mas alto

Puesto que conceder Fortuna puede
Cerca de los Monarcas á un vasallo;
Oyendo de Neron dulces lisonjas,
Que pío, generoso, derramando
A manos llenas su tesoro inmenso
Le dexa en las riquezas anegado;
No demuestra ambicion, no se deslumbra
Con la delicia, y mentiroso fausto,
Que anexo al trono, el corazon empece
Del que se lleva de esplendores falsos.
No tuvo el vicio en su interior cabida,
Fué siempre justo, moderado, y casto;
Desfrutó de la vida, sin que nunca
Corromperle pudieran sus halagos.
Y quando (incorporado sobre el lecho,
El brazo descubierto, el pié descalzo
Para entregarlos al feroz verdugo,
De agudo acero, y de impiedad armado;
Al cuello asida su adorada esposa
Sin poder alentar, con llanto amargo:
En torno los amigos, los sollozos
Reprimiendo por miedo del tirano;
Llena la casa del curioso vulgo;
El salon en silencio sepultado;
Y todos los presentes comprimidos,
Unos de compasion, otros de espanto)
Le amenaza la Muerte, no se altera;
No le oprime el temor, ni gime, quando
Cortan sus venas, y la sangre salta,
Que el sosiego en su rostro está pintado.
Y estendiendo la mano á sus amigos;

Con reposada voz, con tono claro
Les dicta sus consejos postrimeros,
Que no les dexa trasladar el pasmo.
Al escribir la pluma se resbala
De sus trémulos dedos; y enclavados
Sus ojos en la boca del maestro,
Parecen hechos de insensible marmol.
El los anima con heroyco esfuerzo;
Y los convence que el preciso paso
De la muerte, que temen, y en él miran,
Nada tiene de nuevo, ni de infausto.
" El hombre nace, y á morir empieza;
" El dia natalicio, celebrado
" Con festivos banquetes, nos avisa
" Que está mas cerca nuestra muerte un año.
" Es ley indispensable de Natura;
" La vida se nos dió con este pacto;
" Nosotros lo sabemos; no hay motivo
" Para que nos sorprenda descuidados.
" Enjugad vuestros ojos; en el pecho
" Encerrad los suspiros, y sacadlos
" Solo para gemir la desventura
" Del que al vicio se entrega desbocado.
" Y tu Paulina, mi adorada esposa,
" Digna de admiracion, pues arrostrando
" La muerte con denuedo, das al mundo
" Exemplo ilustre de valor extraño,
" El corazon me llenas de dulzura;
" Porque he tenido una consorte al lado
" En la vida, y la muerte, que en virtudes
" Ni Lucrecias, ni Porcias igualaron."
Así dice el Filósofo constante:

Y aunque desea discurrir mas largo,
Se siente con deliquios repetidos
Al sumergirlo en el herviente baño.
Ya se le junta al paladar la lengua;
Ya se turba su vista; ya, trabados
Con el frio sus miembros, se le tornan
Pálido el rostro, cárdenos los labios.
Vé que se acerca el postrimer instante;
Y, á sus tristes amigos rociando
Con su sangre, se ofrece humildemente
A Jove Librador en holocausto.
Estremecióse el lúgrube aposento;
Con los ayes los techos resonaron;
En tanta confusion llego, me ánimo,
Y en él mi acero con furor descargo.
Apenas vuelvo á recoger ufana
La guadaña fatal, que ha destrozado
Una vida tan pura, siento elarse
De espanto, y de rubor mi fuerte brazo.
Nunca victoria de menores timbres;
Nunca mi carro de esplendor mas falto
Se vió que en este día: pues confieso
Que Seneca quedó de mí triunfando.
Calla la Muerte, quiero replicarla;
Y ántes que llegue la palabra al labio
Se disipa aquel sueño; y me despierto
Lleno de confusion, y desengaños.

El Conde de Noroña.

ODA.

La verdadera Paz.

Delio, quantos el cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando;
Y á Dios la estan contino demandando.
Las manos extendidas
En su hogar pobre el labrador la implora;
Y entre las combatidas
Olas de la sonora
Mar la demanda el mercader que llora.
¿Porque el feroz soldado
Rompiendo el fuerte muro á muerte dura
Pone su pecho osado?
¡Ay Delio! así asegura
El ocio blando que la paz procura.
Todos la paz desean:
Todos se afanan en buscarla y gimen:
Mas por artes que emplean,
Las ansias no redimen
Que el apenado corazon comprimen.
Porque no el verdadero
Descanso hallarse puede ni en el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarin, causa de lloro.
Sino solo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,

Que ni bienes mayores
Anhela, ni del aula los favores.
Mas consigo contenta
En grata y no envidiada medianía,
A su deber atenta,
Solo en el señor fia;
Y veces mil lo ensalza cada dia.
Ya si de nieve y grana
Pintando asoma el sonrosado oriente
La risueña mañana:
Ya si en su trono ardiente
Se ostenta el Sol en el cenit fulgente:
O ya si el velo umbroso
Corre la augusta noche y al rendido
Mundo llama al reposo;
Y el esquadrón lucido
De estrellas lleva el ánimo embebido,
Ensalzado; y le entona
Humilde en feudo el cántico agradable
Que su bondad pregona:
Su ley santa, inefable
Con faz obedeciendo inalterable.
¡O vida! ¡ó sazonado
Fruto de la virtud! ¡de la del cielo
Remedo acá empezado!
¡Quando el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo!
¡Quando será que dexe
El suspirar, temer, y el congojoso
Mandar; ó que se aleje
Del oro á su reposo
Muy mas letal que el áspid ponzoñoso!

Entónces tornaria
Al lagrimoso suelo la sagrada,
Alma paz; y seria
Tan fácil, Delio, hallada,
Quan hora es ¡ay! en vano procurada.

D. Juan Melendez Valder.

ODA.

La Tribulacion.

¿Porque, porque me dexas?
Señor, Dios mio, padre, vuelve y mira:
¿De mis ardientes quejas
Tu bondad se retira?
¿Tú cesas y mi labio á ti suspira?
De tu nombre en la gloria
Los míseros fiáron, tú les diste
Del opresor victoria:
Sus plegarias oiste;
Y su eperanza y su salud cumpliste.
La muerte y sus dolores
Rompen mi corazon: en mis oidos
Suenan ya los clamores
De los apercibidos
Monstruos a devorarme y sus bramidos.
A las fauces pegada
Mi lengua esta; y al polvo me ha lanzado
Del olvido tu airada
Diestra: en torno he mirado,
Y el mar de la afliccion me ha circundado.

Mi pecho como cera
De dolór se liquida y desfallece:
Qual la llama ligera
Muy mas mi angustia crece;
Y aguija el enemigo y me estremece.
Gusano soy, no hombre,
Oprobrio de los hombres y su ira:
Sin que mi mal le asombre
Me mofa quien me mira:
Y mueve la cabeza y se retira.
A voces dicen: venga,
El Dios venga en que espera neciamente:
Su brazo le sostenga;
O en su solio fulgente
De gloria ciña su abatida frente.
Entónce acatarémos
Su mísera orfandad y su inocencia.
En tanto devoremos
Su pan; y la clemencia
De ese su Dios sustente su indigencia.
Mas tú sobre las alas
De Querubines vas: los montes toca
Tu dedo y los igualas
Con los valles: tu boca
Sopló y en polvo vuela la ardua roca.
Qual madre compasiva
En mi débil infancia me has guiado:
Contra la suerte esquiva
En hombros me has tomado;
Y siempre entre tus alas me has guardado.
Solo soy, y tú fuiste
Mi padre: enfermo te imploré en el lecho,

Y salud me traxiste.
¡Ay! ven, cubre mi pecho,
Que blanco todos de su saña han hecho.
Ven, corre, poderoso:
Confúndelos, señor: no mas dilates
El brazo victorioso
Con que fuertes combates;
Y los cedros altísimos abates.
Corre, corre, que crece
Qual ola de la mar el dolor mio;
Y á mis pies se estremece
El averno sombrío.
Ven, señor, llega, que en tu diestra fio.

EL MISMO.

ODA

El Paso del Mar Roxo.

Cantemos al señor, que engrandecido
Gloriosamente ha sido;
Y al mar lanzó caballo y caballero.
Mi fuerza y mi alabanza el señor fuera,
Y mi salud se hiciera:
Mi Dios es, gloriarélo:
Dios de mis padres fué, y ensalzarélo.
Apareció el señor como un guerrero,
El potente es nombrado:
De Faraon los carros y esquadrones,
Ha en el mar derrocado;
Y en sus rápidas ondas sepultado
Sus mas fuertes varones.
Abismos los cubriéron;

Y al profundo qual piedra descendiéron.
Con valerosa muestra
Magnificada ha sido,
Señor, tu fuerte diestra;
Señor, tu diestra al enemigo ha herido.
Con tu gloria infinita despeñaste
Tus contrarios: tus iras enviaste
Que como paja así los devoraron.
De tu furor al soplo se juntaron
Las aguas: las corrientes se frenáron;
Y del mar los abismos se estancáron.
El enemigo dixo: seguirélos,
Partiré sus despojos, cogerélos,
Desnudaré mi espada,
Heriránlos mis manos; y saciada
Se verá el alma mia.
Tu espíritu sopló, y el mar cubriólos;
Y la corriente rapida sorbióles,
Como á plomo pesado.
¿Qual, señor, de los fuertes comparado
Puede á tí ser? ¿ó tienes semejante
En santidad brillante?
¿Tan laudable y tremendo,
Maravillas haciendo?
La tu mano extendiste;
La tierra halos tragado.
Caudillo al pueblo fuiste
Por tu misericordia rescatado;
Y con su poderío
A tu morada santa lo has llevado.
Lós pueblos lo supiéron
Y en ira se encendiéron.
Al Filisteo impio

Dolores penetráron.
Los príncipes de Edon se conturbáron:
Los fuertes de Moab se estremeciéron;
Y los que habitan en Canaan se heláron.
Sobre ellos el espanto
Cayga y pavor de muerte:
En la grandeza de tu brazo fuerte
Queden qual piedra inmóviles, en quanto
Tu pueblo haya salido,
Pueblo que tú, señor, has poseido.
De tu herencia en el monte has poseido.
Señor, y establecerlo,
Firmísima morada que has obrado:
Santuario que han tus manos afirmado.
Del señor será eterno
Y mucho mas el reyno.
Pues quando con sus carros se metiera
Y su caballería
En el mar Faraon, él revolviera
Sobre ellos la corriente;
Miéntra á pie enxuto y sosegadamente
Su camino Israel por medio hacia.

EL MISMO.

LA VIRTUD.

¡O amarga condicion de los mortales!
¡O horrorosa mansion de tantos males!
Por decreto fatal é irrevocable
Del cielo inexôrable
De su seno se huyéron los contentos,
Y á luchar con dolores y tormentos

En reñida pella sentenciados,
Tras continuos afanes desvelados,
Aspiran todos con ardiente anhelo
Al templo inaccessible del consuelo,
Que ostenta la esperanza lisongera
En vision engañosa y placentera.
¿ A do vais, deslumbradas criaturas ?
Dexad esas fantásticas venturas,
Que no hollareis tan eminentes cumbres.
Si á lo lejos tal vez entre vislumbres
La aurora de la dicha se aparece,
Al momento se anubla, se obscurece,
Nos dexa para siempre sepultados
En triste lobreguez y abandonados
Al despecho, al dolor, al desconsuelo.
Contempla esa alma, en quien benigno el cielo
A manos llenas derramó sus dones,
Quando triunfante ya de las pasiones
Y ostentando gozosa su victoria,
Va con gallardo paso hácia la gloria,
Mil monstruos en su ruina conjurados
La guerra van á armarle encarnizados.
La vil envidia romperá su freno
Con semblante ceñudo, cruel veneno
Verterá de su boca pestilente.
La calumnia vistiendo el aparente
Trage del zelo santo y fervoroso,
Con bárbaro deleyte el alevoso
Tiro le asestará de sus ficciones.
A villanos intentos las acciones,
Hijas de la Virtud mas éminente,
Torcerá con su lengua maldiciente,

Y la falsa Amistad le irá halagando,
Con aspecto risueño disfrazando
La ponzoña que abriga en sus entrañas.
¡ O monstruo abominable! ¡ ó qual engañas
Un pecho, que imprudente,
Qual cordero inocente
Que al lobo robador incauto acoge,
En sus cándidos brazos te recoge,
Y á los tuyos se entrega sin rezelo!
Mas entretanto, ¡ ó crudo desconsuelo!
La copa envenenada no repara,
Que tu mano traydora le prepara.
¡ Al ver á la maldad así triunfante,
La angélica Virtud sube anhelante,
Dexando aqueste emponzoñado suelo,
A contemplar en su impetuoso vuelo
La máquina celeste sustentada
Por el brazo de aquel, que de la nada
Del tenebroso caos dó yacia
Sacando el universo, la armonia
Ordenó de los orbes luminosos,
Que siempre en movimientos magestuosos
Observan la carrera esclarecida
En el primer impulso establecida.....
Mas dexa, dexa las etéreas salas,
O ven, recoge tus fogosas alas;
Y en la tierra llorosa
Sí, Deidad inefable, ya te posa.
Aquí en tu arena, ufana repasando
Tu candidez heroyca, y desdeñando
La ingratitud irás, que en asechanza
Puesta, á su salvo excita la venganza

Los vicios todos que en tu mal se gozan.
Mas si osados tal vez se desembozan,
Y la antorcha infernal de sus furores
La iniquidad blandiendo, con clamores
Se arroja contra tí desenfrenada;
A su rabia resiste denodada,
Corre á las armas, y en tan justa guerra
A tu enemigo lidia, vence, aterra,
Tras batalla reñida y peligrosa,
La victoria será muy mas gloriosa;
Qual entre densa niebla el sol triunfante
Se aparece mas bello y centellante,
Y en carroza de fuego esplendorosa,
Con marcha concertada y magestuosa
Por el inmenso Empíreo su carrera
Tiende inflamando la lumbrosa esfera,
Ah! de piedad orlando tu corona,
La torpe ceguedad mira y perdona
De ese monstruo á tus plantas abatido;
Y entretanto con paso enardecido
A tu excelso santuario te encamina
Lleno de lumbre y gloria peregrina.
Al mirarte en tu solio entronizada,
El alma reverente, avasallada
Llega, y te acata con ardor ansioso....
¡O! si dado á mi pecho fervoroso
Fuese el atesorar los corazones
De todas quantas gentes y naciones
Pueblan la faz de la anchurosa tierra;
Entónces ya la despiada guerra,
Yaciendo para siempre aherrojada,
En lóbregas cabernas encerrada,

En vano enfurecida rebramara;
Y mi planta guiar
Los míseros humanos á tu exido,
Do en acento subido
De la paz regalada el ledo y blando
Influxo celebrando,
En hermandad angélica entrañable
Invocarán tu númen adorable;
Y todos á porfía,
Estampada llevando la alegría
En sus cándidas frentes,
Mostrarán en mil danzas inocentes
De la dicha el imperio deseado
En nuestro humilde suelo eternizado.

D. JOSEPH MOR DE FUENTES.

EPISTOLA.

Quan inocente es la vida del Campo, y quan depravada la de la Corte.

Despues que con mas alma, Lope amigo,
Estudio en la virtud, a vuestro egemplo,
Soy ya de la ciudad noble enemigo.
Lejos del vulgo en soledad contemplo
Mejor el cielo aquí, y en la esperanza
Fogosas ansias de gozalle templo.
Aquí mas libre el pensamiento alcanza
Dulces memorias de la patria bella,
Que me enamoran mas con la tardanza.

Aquí el entendimiento sube á vella,
Y en lejos con su hermosa pesadumbre
Mueve á la voluntad para querella.
Aquí el amor, y con mejor costumbre
Que ántes, se inflama en el divino fuego:
¡Ay quien fuera Prométeo de esta lumbre!
No niego que hallaréis vos el sosiego
Mejor en la ciudad que yo en la aldea,
Mas que todos serán como vos niego.
Allá no he visto yo quien le posea,
Aquí como en su esfera sin cuidado
divinamente humano se pasea.
¡O quién tuviera aquí vuestro sagrado
Ingenio, Lope! pues con vos contento
Me hallára á mí dos veces duplicado.
Con esto contentára el pensamiento
Que no echa ménos otra cosa en tanto
Que me diere esta paz grato apósento.
Yo mismo á mí procuro con el llanto
Enternecerme por poder quedarme,
Que contradice el cuerpo al alma un tanto.
Propone lo mortal para turbarme
Que es á todos comun la compañía,
Y quien tiene cuidado de ayudarme;
Y que pues Dios no soy, bruto seria
Si quisiese abrazar las soledades,
Adonde el miedo á la ignorancia cria.
¡O inmortal vanidad de vanidades,
Tumultüosa confusion adonde
Con máscara discurren las verdades!
Si en tí, como solia, no se esconde
La multitud de vicios licenciosa,

Antes qualquiera en público responde:
Si la virtud que andaba temerosa
Por tí, que la maldad aposentabas,
Quiso trocar esfera mas hermosa:
¿Quánto es mejor tratar con fieras bravas,
Que amenazan en fin ántes que hieran,
Que no contigo que adulando acabas?
¿A quién no cansan, Lope, los que esperan
Teniendo la esperanza por suave,
Como si faltas del deseo lo fueran?
Quien mas engaña piensa que mas sabe,
Y mas que al engañado á sí se engaña,
Que es siempre la inocencia ménos grave.
Allá mas fiera la lascivia daña,
Vil fruto de paz larga, que la guerra
Que venga á muchos que ha vencido España.
Aunque si agravios el perdon destierra
A sí mismo el vicioso se lo pida,
Que él mismo en su valor se ofende y yerra.
Los tiempos quiere con veloz corrida
Que pasen el ocioso cortesano,
Y que inmoble se esté siempre la vida.
Maldice el largo dia del verano,
No perdonando al del Invierno breve,
Porque no se le vaya alguno en vano.
¡Quán al contrario aquí la edad se mueve
Con tardos pies, ligeros al deseo,
Que á detenerlos por obrar se atreve!
Aquí la castidad (¡ò santo empleo,
Quien siempre vuestro esclavo hubiera sido!)
Tiene en blanda quietud dulce trofeo.
Aquí solo á las aves es fingido

El trato del villano, no á la gente,
Que está el engaño á la lisonja asido.
Aquí vive el deseo dulcemente
Aguardando aquel dia venturoso
Que no ha de tener fin eternamente.
Aquí ninguno puede estar ocioso,
Que á la contemplacion la leccion sigue,
O combida á escribir tanto reposo.
Yo imagino que solo aquel persigue
El campo que habitar no puede solo
Consigo, aunque á quietud el vulgo obligue.
No espanta el fausto del mayor Apolo
Que inquieto ruge con tronido eterno
Si está la enbidia por opuesto polo.
Yo sí me espanto viendo aquí el gobierno
Que agenio de temor el alma tiene
Con preceptos seguros de amor tierno.
¿Quanto es mejor que ver que el otro enfrene
Con riendas de oro el animal gallardo,
Que con sangre la espuma á mezclar viene?
Mirar al labrador con gaban pardo
En los ásperos campos cómo aqueja
Con el flaco aguijon el buey mas tardo,
¿Quánto es mejor que ver cómo se queja
El poderoso de su estado, y quiere
Desamparar la pompa y no la deja?
Ver los tiernos pimpollos cómo ingiere
En las hiemas el rústico preñadas,
Y las superfluas ramas corta y hiere:
Y cómo por corrientes dilatadas
Justo divide el resonante arroyo
En las sedientas vegas ya sembradas:
Y como planta en el profundo hoyo

El crecido sarmiento á quien aplica
Alguna vara por seguro apoyo:
¿ Quánto es mejor que ver cómo fabríca
Altos palacios el poder confuso,
Donde el pincel colores multiplica?
Considerar á aquel Autor que puso
No fingidas imágenes al suelo,
Hombres que a forma de su ser compuso:
¿ Quánto es mejor aquí beber el hielo
Natural de la fuente en el Estío,
Que allá violento en el calor del cielo?
Como en el caos en el combite impío
Pelea con lo leve lo pesado,
Y lo cálido riñe con lo frio:
Tal es allá el manjar acostumbrado,
De mil contrarios hecho, aquí el honesto
Simplemente sabroso y regalado.
¿ Quién sino vos en la ciudad ha puesto
El ánimo al estudio generoso?
¿ Y quién con soledad no se ha dispuesto?
Aman las ciencias el lugar umbroso,
El tumulto aborrecen, y el murmura
Ignorante del sabio y virtuoso.
Ya os he visto gemir tal desventura,
Deseando la vida mas á solas,
Pero impidelo solo mi ventura.
Aquí vierais con galas Españolas
Algunos epigramas estrangeros,
Que ántes vió el Tibre regalar sus olas.
Y con los rostros graves y severos
Algunos vuestros en Latin, que exceden
Los de la sacra antigüedad primeros.

Contempláramos juntos cómo pueden
Tener de Dios noticia los mortales
Sin que de sus amores presos queden.
Y aunque son los ingenios desiguales
Por el deudo que tienen contrahido,
Vuestra doctrina los hiciera iguales.
Tal vez para aliviar algo el sentido
Vinieramos á ver vuestro Ponciano,
Crisostomo Español no conocido.
Mas como da la adulacion la mano
A quien quiere subir, y él huye de ella,
No hay premio, no, á su ingenio soberano.
Pero si lo es de sí la virtud bella
Consigo vive siempre en paz dichosa,
¡ Y qué gloria mayor que merecella !
Yo canto aquí la estrella mas hermosa
Que Dios formó, pues quanta luz tenia
Cifró en su esfera intacta y luminosa.
¡ O serafica empresa que podia
Temer un Querubin ! ¿ pero quién teme
Puerto en el parto de la Aurora mia ?
Subí Faeton, subí, llegué, abraséme,
Mas donde el alma salamandra vive,
¿ Qué importa, Lope, que las alas queme ?
¡ Qué largamente el solitario escribe !
¡ Qué tarde lo conozco ! mas no es tarde,
Si como suele vuestro amor recibe
Licencia audaz de ingenio tan cobarde.

BALTASAR ELISIO DE MEDINILLA.

CANCION.

En que consiste la Felicidad de la Vida.

¡QUAN bienaventurado
Aquel puede llamarse, que seguro
Del confuso cuidado,
Opuesto siempre al pensamiento puro,
En soledad dichosa
Huye la gente vana y engañosa!
La libertad amada,
Que al racional estado corresponde,
Por servidumbre honrada
No trueca en el Palacio Real, adonde
Es trabajo forzoso
Rogar, fingir, temer y estár quejoso.
No adora falsas lumbres,
Olvidado del Sol que aquí contemplo,
En las soberbias cumbres
Que levantan en polvo ilustre Templo;
Como si el alma fuera
Dios del palacio, y el palacio esfera.
Pretende el mortal locò
Que le eternice fábrica profana
En el mundo, que es poco
Espacio al viento de su gloria vana
Y frustran su deseo
Siete pies del mas noble Mausoleo.
No vé la plaza llena
De engaños, pleytos, leyes, varas, plumas:
No mil almas en pena
Por honras, en el mar del mundo espumas:
Ni con vanas porfias

Odiosa dificulta cortesias.
¡ Dichoso el que no sigue
Aura vil de lisonjas y favores,
Ni á la verdad persigue
Como Africano monstruo de colores,
En quien traycion comienza,
Porque falta el mejor de la vergüenza!
. . . . . .
. . . . . .
En vos, humildad santa,
La ciencia y premio de su luz se encierra,
Que á la gloria levanta,
Y el mas sabio arrogante, si en la tierra
Nombre perpetuo gana,
Es sacrílego al templo de Diana.
A Bártulo, y Homero,
Euclides, Agustin, Platon divino
Su ciencia igualar quiero;
Y es necio si del Cielo erró el camino,
Que á la sabiduria
Es el temor de Dios principio y guia.
Sin alma de sentencia
Versos no escucha al Délfico Sofista,
Cuya obscura elocüencia
Aplauso infiel de discrecion conquista,
Que yo alabar pretendo,
Porque si no lo alabo, no lo entiendo.
No culpa con desprecio
Al Rey, ni emienda su razon de estado,
Qual político necio
Que gobernar su casa no ha acertado,
Y Astrólogo en las leyes
Pronostica secretos de los Reyes.

No á insaciable codicia
Cuidado de la vida honesto llama,
A quien sigue avaricia,
Y el corazon del mas ilustre infama;
Que hombre de bien y avaro,
Si no es caso imposible, es monstro raro.
No escucha que atrevida
Hable la cobardia al valor mudo:
La ignorancia vestida
No vé quando el ingenio anda desnudo:
Si Diógenes viven,
No hay Alexandros que del Sol los priven.
No en traydora bonanza
Del mar á breve leño fiar obliga
El oro la esperanza,
De la puerta del Cielo falsa amiga,
Adonde entrar con ello
Es por aguja angosta gran camello.
El inconstante juego,
Fecundo de los vicios padre olvida,
Que enciende voráz fuego
De honor, tiempo, virtud, hacienda y vida,
A quien el mundo llame,
Si exceso le condena, oficio infame.
No lascivos amores
Al alma tiranizan el sosiego,
Ni zelosos rigores
Encienden nieve, dán materia al fuego:
Porque el ocio vencido,
Rompe las flechas al rapáz Cupido.
En el ameno prado
A sombra de la encina, ó piedra yace,

A vista del ganado,
Que entre tomillos ó descansa ó pace,
Cuyos tiernos balidos
Dulcemente adormecen los sentidos.
En sus nidos las aves
Le hacen simplemente compañia
Con músicas suaves:
Solo murmura alguna fuente fria,
Dando al zéfiro quejas,
Y con susurro blando las abejas.
Ya mientras la bacada
Se estiende por el valle, que sonoro
Con vos ménos formada
Responde quejas del zeloso toro,
Sus bienes solo canta,
Y ántes que males lleguen los espanta.
Persigue al veloz gamo
En un hijo del viento, que le iguala;
O engaña con reclamo
Perdíz, que perdonó ligera bala,
O al javalí valiente
En roja espuma baña el blanco diente.
Ya esparce varia suma
De pájaros escuadra generosa
Contra cobarde pluma,
Que huyendo abrasa esfera luminosa,
Que aun el celeste muro
De viles plumas vive mal seguro.
Entre perros leales
Sigue al corzo, la liebre, ó al conejo;
O en los mansos cristales,
Que de Narciso pueden ser espejo,

Goza su márgen fresca,
Y el barbo ó trucha con anzuelo pesca.
Al olmo poderoso
La humilde parra teje y encadena,
O el panal milagroso
(Nectar del Cielo) castra á la colmena;
Si no es que el gusto cobre
Dulce tributo del preñado robre.
De espigas coronado
Viene el Estío no muy riguroso,
Que el fruto deseado
Apacible le hace y amoroso;
Y quando siega, advierte
Que el premio sigue al filo de la muerte.
En el Otoño viste
Baco festivo el campo de racimos:
Qualquier dolor resiste
Dulce licor de frutos tan opimos,
Que sin Baco y sin Ceres
Venus se enfria y los demás placeres.
En el Invierno frio
Rompe con mano al parecer ingrata
Las perlas del rocío
Sobre campos que el yelo hizo de plata,
Quando dán un tesoro
De verdes esmeraldas granos de oro.
Al Verano recibe,
Y entre flores y risa se remoza;
Mas el que solo vive
Siempre florida Primavera goza,
Que es peor un cuidado
Que Estío caluroso, Invierno elado.

Ni pretende ni espera:
Contento pasa el pobre con su suerte;
No la fortuna altera,
No vida osada, no cobarde muerte,
Al ánimo sereno,
Mala al que vive mal, y buena al bueno.

COSME GOMEZ TEJADA DE LOS REYES.

EPISTOLA.

De el Vicio de la Codicia, y vana Pompa de los Cortesanos.

FABIO, las esperanzas cortesanas
Prisiones son dó el ambicioso muere,
Y donde al mas astuto nacen canas.
Y el que no las limáre, o las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor, que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estár suspenso, que caído:
Que el corazon entero y generoso,
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse á la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

. . . . . .

. . . . . .

Triste de aquel, que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Aunque de los semblantes desgraciado.

Cese el ansia, y la sed de los oficios:
Se acepta el dón, y burla del intento
El ídolo, á quien hace sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de oy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento:
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y esperas:
¡O error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas Grecianas, las Vanderas
Del Senado Romano, y Monarquía,
Murieron, acabando sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas de un breve dia,
Dó apenas salé el Sol, quando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es mas, que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡O ciego desvarío
Será que de este sueño me recuerde!
Será que pueda vér, que me desvío
De la vida, viviendo, y que esté unido
La corta muerte al siempre vivir mio.
Como los rios en veloz corrida,
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
¿De la pasada edad qué me há quedado?
¿O qué tengo yo á dicha en la que espero,
Sin alguna noticia de mi hado?
¡O, si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero;
Antes que á aquesta mies inutil llegue
De la severa muerte dura mano,

Y en la comun materia se la entregue!
Pasaronse las flores del Verano:
El Otoño pasó con sus racimos:
Pasó el Invierno con sus nubes, cano:
Las hojas, que en las altas selvas vimos,
Cayeron, y nosotros á porfia
Con nuestro engaño inmobiles vivimos.
Temamos al Señor, que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana mies y la tardía.
No imitemos la tierra, siempre dura
A las aguas del cielo y al arado;
Ni à la vid, cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú, que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,
Para medir el Orbe de la tierra,
Y el cerco por dó el Sol siempre camina?
¡O, quien así lo entiende, quánto yerra!
Esta nuestra porcion alta, y divina,
A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella, que solo al hombre es dada,
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor, y de rayos coronada;
Y en la fria region, dura, y desierta
De aqueste pecho enciende viva llama,
Y la luz vuelve á arder, que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callando pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres, ni la fama.
El soberbio Tirano del Oriente,

Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro, y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo misma ruega á todos.
Mísero aquel, que corre, y se dilata
Por quantos son los climas, y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata.
Un ángulo me falta entre mis lares,
Un libro, y un amigo, un sueño breve,
Que no perturban deudas, ni pesares.
Esto tan solamente es quanto debe
Naturaleza al simple, y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto, y leve.
No porque asi te escribo, hagas concepto
Que pongo la verdad en egercicio,
Que aun esto fué difícil á Epicteto,
Basta que empiece á aborrecer el vicio,
Y del camino enseñe al que es modesto:
Despues le será el cielo mas propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le trata de molesto.
Mas no podrás negarme quán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia que mensura
La duracion de todo a su talento:
Lor la vimos primero, hermosa y pura;
Luego materia acerva y desabrida;
Y perfecta despues, dulce, y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida,
Y comparta, y compense las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios, que siga los varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames Histriones,
Esos inmundos, trágicos, y atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infectos, y obscuros monumentos.

. . . . . .

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto o mal ceñido.
No resplandezca el oro, y las colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Uu estilo comun, y moderado,
Que no le note nadie que le vea.

. . . . . .

No te burles de mí, quando confio,
Ni arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es, por ventura, ménos poderosa
Que el vicio la virtud, o ménos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia, en las manos de la suerte,
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte.
¿No serán siquiera tan osadas

Las opuestas razones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro:
De quanto simple amé rompí los lazos:
Ven y verás al grande fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

BARTHOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

ODA I.

En que consiste la Felicidad de la Vida.

¿ ALEXIS, qué contraria
Influencia del Cielo
Persigue nuestros animos
Con las cosas del mundo?
Ninguno con la suerte
Que le previno el hado,
Dichosa ó miserable,
Alegremente vive.
El Navegante, quando
Turbado Cielo ruega
Con lágrimas y votos,
Su ventura maldice.
El Labrador cansado
De abrir la tierra, huyendo
Fiero Leon del Cielo,
Maldice su ventura.
La mas dichosa suerte,
Si es propia desagrada;
Y si tras ella vamos,

No hay cosa mas divina.
A mí que el campo habite
Me tienes por dichoso:
Hoy para mí no hay cosa
En los hados mas triste.
Tú que la Ciudad honras,
Eres el envidiado:
A tí te agrada el mio,
Y á mí tu dulce estado.
Y la dichosa suerte
A los dos agradable,
A tí por el contrario,
Y á mí es aborrecible.
No son la causa de esto
Lugares, ni ocasiones:
Nuestro ánimo es la causa,
Que se estraña del mundo;
Y no bien satisfecho
Del mal seguro gozo
Desta mudable vida,
Al que es eterno aspira.

DN. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

ODA II.

¡O TRES y quatro veces venturosa
Aquella edad dorada,
Que de sencilla, pura y no envidiosa
Vino á ser envidiada!
Sobre la bien nacida yerba daba
Alivio á sus cuidados

Tirsis entanto que la tierra esclava
Vió abiertos sus dos lados.
Y con Amintas y con Bato hablando,
A la sombra tendidos,
No de trabajos largos descansando,
Cansaban sus sentidos.
Ya por el monte solitario daban
Al Ciervo enamorado
Muerte, y con sus despojos adornaban
Mirto y pino sagrado.
Y á la ribera del sagrado Anfriso,
Con su canto alhagando
Refrenaban el ímpetu, que quiso
Febo amansar llorando.
Y por la tierra que le ciñe amena
De ovas, sauces y cañas,
Desamparaban su caverna llena
De juncos y espadañas,
Y sus mortales ojos, y su humana
Mortal presencia dina
Hacia de la vista soberana
De su cara divina.
La madre universal de lo criado
No era madrastra dura,
Como despues que Encélado abrasado
Cayó en la gruta escura.
Este deseo de venganza hizo
Descubrir á la tierra
El seno de metal que satisfizo
A la enconada guerra.
El pino envegecido en la montaña,

La haya, honor del soto,
Nunca nacieron á turbar la saña
Del alterado Noto.
Salve sagrada edad, salve dichoso
Tiempo, no conocido
De este nuestro alabado por glorioso,
Pero no apetecido.
Si la beldad idolatrada que amo
Como yo conocieras,
La Arabia sacra, en flor en humo y ramo
Ardiendo le ofrecieras.
Salve sacra beldad, cuya divina
Deydad hace dichosa
Nuestra infamada edad, en quien destina
Cielo luz tan hermosa.

EL MISMO.

SONETO.

De la Felicidad de la Vida.

¡O BIEN feliz el que la vida pasa
Sin vér del que gobierna el aposento,
Y mas quien deja el cortesano asiento
Por la humildad de la pajiza casa!
Que nunca teme una fortuna escasa
De agena envidia el ponzoñoso aliento:
A la planta mayor persigue el viento;
A la torre mas alta el rayo abrasa.
Contento estoy de mi mediana suerte:

El poderoso en su deidad resida:
Mayor felicidad yo no procuro:
Pues la quietud sagrada al hombre advierte
Ser para el corto espacio de la vida
El mas humilde estado, mas seguro.

CHRISTOVAL SUAREZ DE FIGUEROA.

EL TESORO ESPANOL

Ó

BIBLIOTECA PORTÁTIL ESPAÑOLA.

POESIAS

DIDASCALICAS, DESCRIPTIVAS, LIRICAS, Y SATIRICAS.

LIBRO SEGUNDO.

EXEMPLAR POETICO.

O

ARTE POETICA ESPANOLA.

EPISTOLA I.

. . . . . .

. . . . . .

EL verso, advierta el Escritor prudente
Que ha de ser claro, facil, numeroso,
De sonido y espíritu excelente.
Ha de ser figurado, y copioso
De sentencias, y libre de dicciones
Que lo hagan humilde, o escabroso.

La elevacion de voces, y oraciones
Sublimes muchas veces son viciosas,
Y enflaquecen la fuerza á las razones.
Vanse tras las palabras sonorosas,
La hinchazon del verso, y la dulzura,
Tras las silabas llenas y pomposas.
Entienden que está en esto la segura
Felicidad y luz de la Poesía,
Y que es sin esto lo demas horrura.
Si el verso consta solo de armonía
Sonora, de razones levantadas,
Ni fuerza á mas, bien siguen esa via:
Mas si las cosas han de ser tratadas
Con puntüal decoro del sugeto;
Faltarán de ese modo gobernadas.
No explica bien el alma de un conceto
El que se va tras el galano estilo
A la dulzura del hablar sugeto;
Ni el que del vulgo sigue el comun hilo
En termino y razones ordinarias,
Qual en sus Ditirámbicas Grecilo.
Entrambas á dos cosas son contrarias
A la buena Poesía en careciendo
Del medio con las partes necesarias.
Caerá en el mismo yerro el que escribiendo
puramente en lenguage Castellano
Se sale de él por escribir horrendo
Como dijo un Poeta semi-hispano:
El centimano Gigans que vibraba;
El qual ni habló en romance, ni en Romano.
Otro que de elevado se elevaba
Dijo: *el sonoro son y voz de Orfeo*

En mi espíritu interno modulaba.
Esta escabrosidad de estilo es feo,
Sin ingenio y sin arte, que es la llave
Con que se abre el celestial Muséo.
Ha de ser el Poeta dulce y grave,
Blando en significar sus sentimientos,
Afectuoso en ellos y süave.
Ha de ser de sublimes pensamientos,
Vario, elegante, terso, generoso,
Puro en la lenguá, y propio en los acentos.
Ha de tener ingenio, y ser copioso,
Y este ingenio con arte cultivallo,
Que no será sin ella fructuoso.
Fruto dará, mas qual conviene dallo
No puede ser, que ingenio falto de arte
Ha de faltar si quieren apretallo.
No se puede negar que no es la parte
Mas principal, y que sin arte vemos
Lo que naturaleza nos reparte.
Y aunque es verdad que algunos conocemos
Que con su ingenio solo han merecido
Nombre, lugar comun les concedemos.
Que el nombre de Poeta no es debido
Solo por hacer versos, ni el hacellos
Dará mas que el hacerlo conocido.
Este renombre se le debe á aquellos
Que con erudicion, doctrina, y ciencia
Les dan ornato que los hacen bellos.
Vistenlos de dulzura y elocuencia,
De varias y hermosas locuciones,
Libres de la vulgar impertinencia.
Hablan por elegantes circuiciones,

Usan de las figuras convenientes,
Que dan fuerza á exprimir sus intenciones.
Los Poetas que fueren diligentes
Observando la lengua en su pureza
Formarán voces nuevas de otras gentes.
No á todos se concede esta grandeza
De formar voces, sino aquel que tiene
Excelente juïcio y agudeza.
Aquel que en los estudios se entretiene,
Y alcanza á discurrir con su trabajo
Lo que á la Lengua es propio, y le conviene;
Qual vocablo es comun, y qual es bajo,
Qual voz dulce, qual aspera, qual dura,
Qual camino es seguido, qual atajo.
Este tiene licencia en paz segura
De componer vocablos, y este puede
Enriquecer la Lengua culta y pura.
Finalmente al que sabe se concede
Poder en esto osar poner la mano,
Y el que lo hace sin saber se excede.
Por este modo fué el sermon Romano
Enriquecido con las voces Griegas
Y peregrinas, qual lo vemos llano.
Y si tú que lo ignoras no te llegas
A seguir esto, y porque á tí te admira
Lo menosprecias, y su efecto niegas:
Lo propio dice el sabio de Stagira,
A quien Horacio imita doctamente
En dulce, numerosa, y alta lira.
Si formaren diccion es conveniente
Que sea tal de la oracion el resto
Que autoridad le dé á la voz reciente.

No se descuide en la advertencia de este,
Y en quales son las letras con que suenan
Bien, y con quales mal lo que es compuesto.
Vocablos propios muchos los condenan
Por simples, mas las voces trasladadas
Y agenas por dulcísimas resuenan.
Voces antiguas hacen sublimadas
Con magestad y ser las oraciones,
Si las palabras son bien inventadas.
La oracion hacen grave las dicciones
Inusitadas, y serás loado
Si cuerdamente ordenas y dispones.
Una cosa encomienda mas cuidado,
Que en qualquiera sugeto que tratares
Sigas siempre el estilo comenzado.
Si fuere triste aquello que cantares
Que las palabras muestren la tristeza,
Y los afectos digan los pesares.
Si de amor celebrares la aspereza,
La impaciencia y furor de un ciego amante,
De la muger la ira y la crueza:
Este decoro has de llevar delante,
Sin mezclar en sus rabias congojosas
Cosa que no sea de esto semejante.
Si de cosas tratares deleytosas
Las razones es justo que lo sean;
Si de fieras, sean fieras, y espantosas.
Acomoda el estilo que en él vean
La cosa que tratares tan al vivo
Que tu designio por verdad lo crean.
Pinta al Saturneo Jupiter esquivo
Contra el terrestre vando Briaréo,

Y al soverbio vayan en vano altivo.
Celosa á Juno, congojoso á Orfeo,
Hermosa á Hebe, lastimada á Ino,
A Clito bello, y sin fé á Tereo.
No estará la virtud en su divino
Trono entre el ocio vil y gula vana,
Por ser lugar á su deydad indino.
Ni la corona sacra de Ariana
Esmaltada de formas celestiales
Estará bien ciñendo frente humana.
Estas partes son todas principales
En el arte, y si en ellas no se advierte
Errarán en las cosas esenciales;
Y vendrá á sucederles de la suerte
Que en la lira una cuerda destemplada
En disonancia las demas convierte.
En la salud del hombre deseada
Una señal de muerte en mil de vida
Basta para que muera, y sea acabada.
Si la obra en que tienes consumida
Con largo estudio, y con vigilia eterna
La mejor parte de tu edad florida;
Si abstinente de Baco y de la tierna
Venus, que los espíritus enciende,
Y las almas destempla y desgobierna·
Si Apolo que te inspira la defiende,
Si le faltó la parte de inventiva
De do el alma poetica depende:
No puede ufana alzar la frente altiva,
Ni tú llamarte con soverbia Homero,
Si le hace la Fabula que viva.
De este yerro culparon al severo

Scaligero, y de esto anduvo falto
En su Arte Poetica el primero.
Castigo fue que vino de lo alto
Que él criticó al Obispo de Cremona,
Y á él le dan por la inventiva asalto.
Así el que aspira à la febea corona
Observe la poetica imitante,
Que es la via á la cumbre de Helicona.
Parte ni fuerza tiene tan bastante,
Ni mas vida ni esencia quanto tiene
De fabula que en ella es lo importante.
Despues de saber esto le conviene
Al Pierio Poeta usar bien de ello,
Como no exceda al arte, ni disuene.
De tal modo es forzoso disponello
Que nadie ignore, y sea á todos claro,
Sin que la oscuridad prive entendello.
Ha de ser nuevo en la invencion, y raro,
En la Historia admirable, y prodigioso
En la fabula, y fácil el reparo.
Ningun precepto hace ser forzoso
El escribir verdad en la Poesia,
Mas tenido en algunos por vicioso.
La obra principal no es la que guia
Solamente á tratar de aquella parte
Que de decir verdad no se desvia.
Mas en saber fingilla de tal arte
Que sea verisimil, y llegada
Tan á razon que de ella no se aparte.
Nicandro en su Triaca celebrada
Dicen que no es Poeta, y que Lucano
No lo fué en su Farsalia laureada.

Historicos los llama Quintiliano,
Porque tanto á la Historia se llegaron,
Poetas á Platon y á Lucíano.
Estos que en sus poesías se apartaron
De la inventiva son Historiadores,
Y Poetas aquellos que inventaron.
No se dan del Parnaso los honores
Por solo hacer versos, aunque hagan
Mas que Fabonio da á los Samios flores.
Quando se alarguen mas, y satisfagan
Al comun parecer, en careciendo
De imitacion con poco honor les pagan.
Así á los que este genio va encendiendo
Son metrificadores, no Poetas,
Qual fué Empedocles que lo fue siguiendo.
Di tú, que á la invencion no te sugetas,
Y quieres que tu fama sea gloriosa,
¿ Sin ella quales obras hay perfetas ?
Di, ¿ cómo será especie de otra cosa
Aquella que debajo no estuviere
De su genero ? ¿ ò como provechosa ?
Quando uno mas versos escribiere,
Dando Poemas cada dia diversos,
No es eso lo que en esto se requiere.
Ménos hace un Poeta en hacer versos
Que en fingir, y fingiendo satisface,
Y no fingiendo quando sean mas tersos.
Así el que escribe al modo que le place
Sin sugetarse á reglas ni á precetos
De estimacion carece lo que hace.
Los versos de esta suerte mas perfetos
Son oro con Alquimia, ò sin quilates,

Que valen, pero poco entre discretos.
No faltará quien llame disparates
Esto que voy diciendo, no entendido,
Ni tratado qual cumple que lo trates.
Y será tu razon, si en el oido
Suenan bien, si la lengua es propia y pura,
Alto el concepto, el verso bien medido,
Si de qualquier diccion comun ó dura
Se aparta, y va esmaltado de sentencias,
Y pone á cada paso una figura,
Si en las imitaciones, y licencias
Poeticas se hace lo posible.
Dejemos ya estas criticas sentencias.
No tengas lo que digo por terrible,
Ni lo que tú respondes por seguro,
Ni á solo tu concepto por creible:
Quando tú hables en lenguage puro,
Quando sea tu canto levantado,
Quando huya el vulgar y frasis duro:
¿Qué piensas tú que importa ese cuidado,
Si én lo que imitas perfeccion no guardas,
Hermosura en lenguage, y verso ornado?
¿Qué piensas tú que importa quando ardas
El corazon y el alma, alambicando
El cerebro tras vér lo que no aguardas?
Si en esas obras que te vas cansando
Ni enseñas, ni deleytas, que es oficio
De los que siguen lo que vas mostrando:
Luego razon será imputarle á vicio
Al que de esto se aparta en su poesia,
Aunque se sueñe á febo el mas propicio.
En otro yerro incurre el que confia

En adornar los versos de dicciones
Graves, dulces, que hagan armonia:
Si por subir de punto las razones
Usa vocablos altos aplicados
En tiempos diferentes y ocasiones.
Si los que son del tierno Aleman usados
En la dulzura de la blanda lira,
En la trompa de Homero son cantados.
Ni bien con ellos cantarán la ira
De Marte, ni de amor los sentimientos,
Si del curso debido se retira.
A cada estilo apliquen sus acentos
Proprios á su proposito, y decoro,
No solo tras la voz de los concentos.
Febo se agrada, y su Pierio coro,
Que se use en la lirica terneza
El verso dulce, fácil, y sonoro.
Y por el consiguiente á la grandeza
Heroyca aplica los vocablos fieros,
Con que se signifique su fiereza.
Peregrinos vocablos, y estrangeros
Sirven á su proposito, y mezclallos
Permitido es tambien con los Iberos.
Mas deben con tal órden aplicallos
Que su económia, y su decoro sea
En el nuevo idioma trasladallos,
El que en este proposito desea
Alabanza, guardando los precetos
Junte al provecho aquello que recrea;
Y tome solamente los sugetos
A que su ingenio mas se aficionare,
Sin que en ellos violente los efetos.

Vaya por donde el mismo le guiare
Sin torcer, ni hacerle repugnancia,
Que imposible será si no acertare.
El ingenio da fuerza á la elegancia,
Es la fuente, y el alma á la inventiva,
Y sin el todo hace disonancia.
Mas importa advertir que quando esquiva
Un sugeto, que huyan de forzallo,
Que de acertar forzándolo se priva.
Qual acontece al marcial caballo
Revolver rehusando la carrera,
Sin poder arte ó fuerza gobernallo.
Mas el diestro ginete considera
La causa oculta, y con mudalle el puesto
Hace lo que el apremio no hiciera.
Claro tenemos el egemplo de esto
En el que hizo el sueño á la vinda,
Y á Venus el jardin tan deshonesto.
Que siempre fué su musa tosca y ruda
En no siendo lasciva y descompuesta,
Y en siendo obscena fertil fue, y aguda.
Otra musa siguió los pasos de esta,
Y de su mala inclinacion el uso,
Qual en sus torpes obras manifiesta:
Que en ninguna de muchas que compuso
De sugetos de ingenio y regalados
Dejó de dar molestia, y ser confuso:
Y como fuesen versos aplicados
A pullas, que era el centro de su ingenio,
Fué admirable, y los versos estremados.
Yo conoci un Poeta cuyo genio
Se aplicó siempre á varios argumentos,

Y en especial á los que el docto Epio,
Astro no dió favor á sus intentos,
Ni jamas hizo cosa en que no viesen
Languidos versos, bajos pensamientos,
Y como sus amigos le advirtiesen
Del bruto estilo, y zafia compostura,
Y los propios escritos lo digesen,
Echó de ver que toda su escritura
Era sin arte, y llena de rudeza,
Sin medida, ni buena contextura:
Que las cosas comunes sin alteza
En lugares sublimes colocaba,
Y las sublimes las ponia en bajeza;
Que en los sagrados Epicos usaba
Conceptos ordinarios, ignorando
La magestad que en ellos demandaba:
Que no les iba a sus escritos dando
Hermosura con flores y figuras
Que en variedad los fuesen esmaltando:
Que las dicciones asperas y duras
No supo corregir, y usando de ellas
Las nuevas ofuscó, y dañó las puras,
Sin alcanzar, despues de no entendellas,
Consistir la excelencia á la Poesia
En variedad de elocuciones bellas.
En esta congojosa fantasia
Su triste laso espíritu rendido
A mil perturbaciones le ofrecia.
Lleno de confusion, entristecido
Rompió el silencio levantando al Cielo
La voz, diciendo de dolor movido:
¡O tú deydad, que el tenebroso velo

De la caliginosa sombra auyentas
Con luz divina esclareciendo el suelo!
¡ O tú que los espíritus alientas,
Y con tu influxo celestial inspiras
Los que en tu solio y á tu lado asientas:
Y coronando de laurel sus liras,
Su gloria haces, qual la tuya, eterna,
Y hombres y orbes con tu canto admiras?
Si el mio tu sacro espíritu gobierna,
Si en mis escritos invoqué tu nombre,
Y en la dulzura de mi musa tierna:
Dime (¡ ay de mí?) por qué no hallo un hombre
(Ya que tú te desdeñas de escucharme)
Que en oyendo mis versos no se asombre?
¿ Dejo de trabajar, y fatigarme
En el comico y tragico argumento,
Y en las Satiras libres desvelarme?
¿ Dejo de hacer notorio el sentimiento
De mis ansias en élegos llorosos,
Y en liricos suaves mis tormentos?
¿ Dejo de celebrar Héroes famosos
En verso heroyco, á Marte consagrado?
Y en epicos, oraculos gloriosos?
Si en esto, como sabes, he gastado
Mi alegre juventud, y en alabanza
De dioses cien mil himnos he cantado?
¿ Por qué permites sin hacer mudanza,
Que en tan infame abatimiento vea
De mis largos trabajos la esperanza?
Y que no hay sabio, ni hay vulgar que lea
Mis obras que no vuelva el rostro de ellas
El que mas las alaba y lisongea.

¿Es justo así que sufra escarnecellas?
¿Es justo así ver yo menospreciallas?
¿Es justo asi que dejes tú ofendellas?
Si no es justo, y tú debes amparallas
Como deydad suprema, y Retor suyo,
Acude, o sacro Apolo, á remediallas.
Acude á éste sufraganeo tuyo,
Acude Apolo á la infelice suerte
En que tan triste deshonor concluyo.
Revelame algun arte con que acierto
A hacerme estimar, y ser de aquellos
A quien tu aliento en otro ser convierte.
Ya pudiste sacar alguno de ellos
De oficios viles de alquilada gente,
Y preferir los cómicos mas bellos.
Y de un sueño pudiste solamente
Hacer poeta al que guardaba cabras,
Y que en tu coro y junto á tí se siente.
Estas no son chimeras ni palabras,
Cosas son pregonadas y sabidas
Que en tus divinas oficinas labras.
Cosas son á tí solo concedidas,
Y á quien ofrezco humilde y congojoso
Estas humedas lagrimas vertidas.
Esto diciendo, le juntó un sabroso
Sueño los blandos parpados, quedando
A su dulzor rendido con reposo;
Y estuvo de esta suerte reposando
Lo que la oscura sombra cubrió el mundo,
Con Febo, segun dijo, consultando;
Y resultó de allí que en su profundo
Sueño le reveló el conocimiento

De aquello en que su ingenio era fecundo.
Sacudió el perezoso encogimiento
Que tenia sus nervios impedidos
Con la dulzura del nectareo aliento.
Revolvió sus papeles conocidos
De tantos años con afanes tantos,
Sustentados á fuerza y defendidos.
Y dijo: ya no quiero mas quebrantos
En esta ceguedad, sirva el anillo
De Giges que deshaga estos encantos.
El ingenio que supe mal regillo
Arrebatado de él cautivo y ciego
Por tantos disparates dí en seguillo:
Ahora que á la sacra luz me llego
Estas obras que hice sin seguilla,
Contra mi natural, mueran en fuego.
Sin mas hablar ¡o estraña maravilla!
Que un hombre así con su su opinion casado
Poder tan facilmente reducilla,
Y quanto tenia escrito y trabajado
Por este parecer que eligió solo,
Sin dejar hoja al fuego fué entregado.
Y por acuerdo, qual decia, de Apolo
Siguió lo que su ingenio le dictaba,
Y lo demas que le dañó dejólo.
Y de tal modo desde allí observaba
Las leyes de su ingenio que ninguna
Por ocasion ni fuerza traspasaba.
Conociendo contraría su fortuna
De lo que fué, huyó constantemente
Quanto el ingenio con astio repuna.
Dio en hacer coplas de plebeya gente,

Sin majestad heróyca ni artificio,
En que su natural era excelente
A Seneca dejó el lloroso oficio
De la Tragedia, á Plauto y á Sicilio
De la vulgar Comedia el egercicio.
Cantar las armas remitió á Virgilio,
Al de Ascra de dioses y labores,
A quien dió Apolo celestial auxîlio.
La lirica dulzura y los amores
A Horacio y á Tibulo, y al fogoso
Juvenal murmurar vicios y honores.
Y un argumento humilde aunque gracioso
Eligió que su ingenio le dispuso
En que excedió al mas alto y generoso.
Libre del caos que le traía confuso
Cantó en heróyco plectro la excelencia
De la Tarasca con ingenio infuso.
Cantó su natural y descendencia,
El orígen, la causa, el fundamento
De hacer en Sevilla su asistencia.
Por qué sale en tal fiesta, y con qué intento
Se le entregó á la gente que la tiene
A su cargo, y do fué su alojamiento.
Esto vistió de quanto en sí contiene
Un heróyco Poema sin faltalle
Parte de quantas observar conviene.
De aquí nació seguille y estimalle.
Y entre los mas-illustres Escritores
La Tarascona nombre eterno dalle.
Mereció conseguir estos honores
Porque siguió su ingenio y dejó aquello
Que fué ocasion de todos sus errores.

Cherilo mereció de no hacello
La poca estimacion, y la memoria
Que en tal abatimiento fué á ponello.
De la gloriosa Atenas la vitoria
Contra Gerges cantó de ingenio opreso,
Y como opreso así le dió la gloria.
Tenga el Poeta en la memoria impreso
Esto, y con este egemplo no se aparte
De lo que tengo del ingenio expreso,
Que él es la forma, y la materia el arte.

EPISTOLA II.

. . . . . .
. . . . . .

El verso suelto pide diligente
Cuidado en el ornato y compostura,
En que vicio ninguno se consiente.
Porque como la ley estrecha y dura
Del consonante no le obliga ó fuerza
Con ningun atamiento ni textura,
La elegancia y cultura en él es fuerza
Que supla la sonora consonancia
Con que el verso se ilustra y se refuerza.
Y asi hará enfadosa disonancia
Si aquella parte principal no llenan
De admiracion, ó cosas de importancia.
A qualquier verso languido condenan,
Flaco ó infelice en numero ó estilo,
Y del nombre de verso lo enagenan.
Siempre deben huir del comun hilo,

Desviarse de bajos pensamientos,
Seguir la alteza y magestad de Esquilo.
Aplicanlos á heróycos argumentos
Qual hacen al exâmetro Latino,
No á tiernos ni á llorosos sentimientos.
Esto rió el sofistico Aretino
En su pungiente Epistola á Trebacio,
Que una Elégia hizo en ellos al de Urbino,
Donde se pone á disputar despacio
A quien, á donde y como han de aplicarse,
En que llenó un burlesco cartapacio.
No se pueden valer de aprovecharse
De licencias poeticas, ni absuelven
Vicios de impropiedad para escusarse.
Pobres son de conceptos los que envuelven
Muchas historias, fabulas, sentencias,
Y en esto sus intentos se resuelven.
Llama pobreza y llama impertinencias
Amontonar gran copia de figuras,
Aunque digan en ellas excelencias.
Andan los que esto hacen tan á oscuras
Como aplicar los élegos llorosos,
Fuera de Venus, á discordias duras.
Son yerros tan impropios y viciosos
Como vestir de purpura los rios,
Y los Reyes de cárbasos mucosos.
A estos siguen otros desvarios
Que en vana ostentacion hacen su asiento,
De que Dios guarde los intentos mios.
Que es mostrar general conocimiento
De antigüedad y cosas improbables,
Llevando la leccion por fundamento.

Advierte que el ser raras y agradables
Al oido, si son dificultosas
Y ascondidas no pueden ser loables.
Despues de ser cansadas y enfadosas
Del modo que has oido, son pesadas,
Confusas, sin provecho y enojosas.
Todas son cosas libres y escusadas
En el noble Escritor, y dignamente
De los buenos ingenios condenadas.
Sigue en esto el decoro de prudente,
Y no estimes en tanto que te alaben
Quanto que el sabio junto á sí te asiente.
Esto sienten aquellos que bien saben,
Y esto saben aquellos que bien sienten,
En quien Minerva y las virtudes caben.
Muchas cosas permiten y consienten
Las licencias poeticas, y veo
Muchas que no sé yo como se esenten.
Y si no fuera licencioso y feo
Agenos yerros pregonar, yo diera
Mas egemplos que rayos da Cirreo.

. . . . . .
. . . . . .

El que verso elegiaco escribiere
Debe considerar que la grandeza
Tragica, ni la comica requiere.
Siga un medio entre ambas, que en la alteza
De estilo á la Tragedia no se iguale,
Ni á la Comedia imite en la llaneza.
Quien de estas dos proposiciones sale
Hace que mude en genero de efeto,
Y los quilates no le da que vale.

En su lloroso y lamentable afeto,
En sentimientos tristes y aflicciones,
En miserias de amor, en llanto, aprieto:
En quejas y afligidas narraciones,
En congojosas iras y gemidos
Se aplican en las trágicas acciones.
En las Comedias pueden ser oidos
Entre el celo rabioso y la mundanza
De la astuta ramera á sus rendidos.
En alegres favores de privanza,
En frios desdenes, en astucias viles
De siervos, ó en afectos de venganza.
Sin que trates de Alcestes ni de Aquiles
En el sublime estilo, ni lo abatas
A Sosia ó Davo en condicion serviles.
Las voces de este verso han de ser gratas
Al oido, no duras ni afectadas,
Ni agenas de la Elégia de que tratas.
Han de ser las Elégias lastimadas,
Blandas, tiernas, suaves, tersas, claras,
Sin ser de historia ó fabula ofuscadas.
Si por descuido en esto no reparas,
No le das á la Elégia lo que debes,
Y le quitas el ser, y tú disparas.
Y pues tratamos de ella, porque lleves
Mas entera noticia, y puedas dalla
No así qual piensan con razones leves:
Has de saber que en la Elégia se halla
Que abraza el verso lirico, y el blando
Epigrama, do puedes procuralla.
Mas advierte que yendola buscando
Hallarás conocida diferencia

Aunque á la una y otra esté abrazando.
De su esplèndor consiste la excelencia
En la estrechez del consonante asido
A la tercera rima en asistencia.
El decoro guardando que has oido
Hará florida, ilustre y agradable
La Elégia, y á tu nombre esclarecido.
Dejando ya el estilo lamentable
Al misivo la pluma enderecemos,
Que no es ménos dificil que agradable.
Y lo primero que advertir debemos
Que la Epistola abunda de argumentos
Varios, donde ampliamente la ocupemos.
Sirve para amorosos sentimientos
Casi como la Elégia, si levanta
Mas el estilo, voz y pensamientos.
Cosas en ella de placer se canta,
Sucesos en viages dilatados,
Y á varias digresiones se adelanta.
Son á chacota y mofas dedicados
Los versos de ella, y puede si agradare
Ser en mordientes satiras usados.
Ha de tener quien de ellas se encargare
Fácil disposicion, copiosa vena;
Ingenio que ni ignore ni repare.
De imitaciones vaya siempre llena,
Puestas en su lugar precisamente,
Que de otra suerte es canto que disuena.
Dicen si van en parte diferente
Que son puertas sacadas de su quicio,
Que no adornan ni sirven á la gente.
Pocos advierten de escusar un vicio

Cometido de muchos escritores
Que se alzan con todo este egercicio.
Y sin que se censuren son censores
De faciles descuidos, y usan de ellos,
Epítetos, y frases de Oradores.
De quien se dice, y bien, que el no entendellos
Hace esa miscelanea, y no es tan leve
Que haya dispensacion para absolvellos.
. . . . . .
. . . . . .

JUAN DE LA CUEBA.

LA ARAUCANA*.

CANTO II.

Muchos hay en el mundo, que han subido
A la dificil cumbre de esta vida:
Que fortuna los ha favorecido,
Y dádoles la mano á la subída,
Para despues que así los ha tenido,
Derribarlos con mísera caida,
Quando es menor golpe y sentimiento,
Y ménos el pensar que hay mudamiento.
No entienden que con la prospera bonanza,
Que el contento es principio de tristeza;
Mas con altiva y vana confianza

* El estado de *Arauco* es una Provincia pequeña de veinte leguas de largo, y siete de ancho, poco mas ó ménos, que produce la gente mas belicosa que ha habido en las Indias, y por eso es llamado el estado indomito: llámanse los Indios dél *Araucanos*, tomando el nombre de la Provincia.

Quieren que en su fortuna haya firmeza,
La qual, de su aspereza no olvidada,
Revuelve con la vuelta acostumbrada.
Con un revés de todo se desquita,
Que no quiere que nadie se le atreva;
Y mucho mas que dá, siempre les quita,
No perdonando cosa vieja ó nueva:
De credito y de honor los necesita:
Que en el fin de la vida está la prueba
Por el qual han de ser todas juzgados;
Aunque lleven principios acertados.
¿Del bien perdido al cabo qué nos queda,
Sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él fortuna ha de estar queda,
Antes dexará el sol de darnos lumbre:
Que no es su condicion fixar la rueda,
Y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.
Esto verse podrá por esta historia:
Exemplo de ello aquí puede sacarse,
Que no bastó riqueza, honor y gloria,
Con todo el bien que puede desearse,
A llevar adelante la vitoria:
Que el claro cielo al fin vino á turbarse,
Mudando la fortuna en triste estado
El curso y órden próspera del hado.
La gente muestra ingrata se hallaba
En la prosperidad que arriba cuento;
Y en otro mayor bien, que me olvidaba,
Hallado en pocas cosas, que es, contento:
De tal manera en él se descuidaba,

(Cierta señal de triste acaecimiento !)
Qne en una hora perdió el honor y estado
Que en mil años de afan habia ganado.
Por Dioses, como dixe, eran tenidos
De los Indios los nuestros; pero olieron
Que de muger y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos á miserias sometidos,
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.
No queriendo á mas plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego á tratarse,
Que para en breve tiempo concluirlo,
Y dár el modo y órden de vengarse,
Se junten á consulta á pronunciarse:
Duro exemplar! cruel, irrevocable,
Horrenda á todo el mundo y espantable.
Iban ya los Caciques * ocupando
Los campos con la gente que marchaba:
Y no fué menester general bando,
Que el deseo de la guerra los llamaba:
Sin promesas, ni pagas deseando
El esperado tiempo, que tardaba,
Para el decreto y áspero castigo,
Con muerte y de truicion del enemigo.
De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que siendo incultos, barbaros, ganaron
Con no poca razon claros renombres;
Pues en tan breve término alcanzaron
Grandes vitorias de notables hombres,

* Señores de Vasallos, que tienen gente á su cargo.

Que de ellas darán fé los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.
Tucapel se llamaba aquel primero,
Que al plazo señalado habia venido:
Este fué de cristianos carnicero,
Siempre en su enemistad endurecido:
Tiene tres mil vasallos el guerrero,
De todos como Rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente:
Gobierna quatro mil, lucida gente.
Cayocupil, Cacique bullicioso,
No fué el postrero que dexó su tierra,
Que allí llegó el tercero deseoso
De hacer á todo el mundo él solo guerra:
Tres mil vasallos tiene este famoso
Usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el quarto vino,
Que cinco mil gobierna de contino.
Paycabi se juntó aquel mismo dia,
Tres mil diestros soldados señoréa.
No lejos Lemolemo dél venia
Que tiene seis mil hombres de peléa.
Mareguano, Gualemo, y Lebopía
Se dán prisa á llegar, porque se véa,
Que quieren ser en todo los primeros:
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.
No se tardó en venir pues Elicura,
Que al tiempo y plazo puesto habian llegado,
De gran cuerpo, robusto en la hechura,
Por uno de los fuertes reputado:
Dice, que ser sugeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colócolo:

Otros tantos y más rige este solo.
Tras este á la consulta Ongolmo viene,
Que quatro mil guerreros gobernaba.
Purén en arribar no se detiene:
Seis mil subditos este administraba.
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloso yá llegaba,
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,
De proporcion y altura de gigante.
Peteguelen, Cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural señor, y así el estado
Este nombre tomó (segun parece)
Como Venecia, pueblo libertado,
Que en todo aquel gobierno mas florece,
Tomando el nombre de la Señoria,
Asi guarda el Estado el nombre hoy dia
Este no se halló personalmente,
Por estar impedido de Christianos;
Pero de seis mil hombres que el valiente
Gobierna, naturales Araucanos,
Acudió desmandada alguna gente
A ver si es menester mandar las manos.
Caupolican * el fuerte no venia,
Que toda Pilma es quien le obedecia.
Thomé y Andalicán tambien vinieron,
Que eran del Araucano regimiento,
Y otros muchos Caciques acudieron,
Que por no ser prolixo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
Mostrando en verse juntos gran contento:

* Hijo de Leocan y Lautáro hijo de Pillan, Capitanes señalados.

Despues de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.
Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
A encender entre todos gran ruido:
La razon uno de otro no escuchaba:
Sabida la ocasion dó habia nacido,
Vino sobre qual era el mas valiente
Y digno del gobierno de la gente.
Así creció el furor, que derribando
Las mesas, de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas desgajando
Las ramas al depósito obligadas,
Y de ellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.
El audáz Tucapél claro decia
Que el cargo de mandar le pertenece;
Pues todo el Universo conocia,
Que si vá por valor que lo merece:
Ninguno se me iguala en valentía,
Demostrarle estoy pronto, si se ofrece,
Añade el jactancioso, á quien quisiere,
Y aquel que esta razon contradixere,
Sin dexarle acabar, dixo Elicura,
A mí es dado el gobierno de esta danza;
Y el simple, que intentase otra locura,
Ha de probar el hierro de mi lanza.
Ongolmo, que el primero ser procura,
Dice: yo no he perdido la esperanza,

En tanto que este brazo sustentáre,
Y con él la ferrada gobernáre.
De cólera Lincoya y rabia insano
Responde: tratar de esto es devanéo,
Que ser Señor del mundo es en mi mano,
Si en ella libre este baston poseo.
Ninguno, dice Angol, será tan vano,
Que ponga en igualarseme el deseo;
Pues es mas el temor que pasaria,
Que la gloria que el hecho le daria.
Cayocupil furioso y arrogante
La maza esgrime, haciéndóse á o largo,
Diciendo: yo veré quién es bastante
A dár de lo que ha dicho mas descargo
Haceos los pretensores adelante,
Verémos de qual de ellos es el cargo
Que de probar aquí luego me ofrezco
Que mas que todos juntos le merezco
Alto sus, que yo acepto el desafio,
Responde Lemolemo, y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mio,
Que mas quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfio
A dos, á quatro, á seis en estacada;
Y si todos qüestion quereis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo.
Purén, que estaba aparte; habiendo oído
La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo en medio de ellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande;
¿Y quien á imaginar es atrevido
Que donde está Purén mas otro mande?

La grita y el furor se multiplica,
Quien esgrime la maza, y quien la pica.
Thomé y otros Caciques se metieron
En medio de estos barbaros de presto,
Y con dificultad los despartieron:
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aun no tuvieron;
Y en voz ayrada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el Cacique mas anciano,
A razonar así tomó la mano.
" Caciques, del Estado defensores,
" Codicia de mandar no me convida
" A pesarme de veros pretensores
" De cosa, que á mí tanto era debida;
" Porque segun mi edad, ya veis, Señores,
" Que estoy al otro mundo de partida;
" Mas el amor que siempre os he mostrado,
" A bien aconsejaros me ha incitado.
" ¿Porqué cargos honrosos pretendemos,
" Y ser en opinion grande tenidos,
" Pues que negar al mundo no podemos
" Haber sido sugetos y vencidos?
" Y en esto averiguarnos no queremos,
" Estando aun de Españoles oprimidos:
" Mejor fuera esta furia executalla
" Contra el fiero enemigo en la batalla.
" ¿Qué furor es el vuestro, ó Araucanos,
" Que á perdicion os lleva, sin sentillo?
" Contra vuestras entrañas teneis manos,
" Y no contra el tirano en resistillo?
" ¿Teniendo tan á golpe á los Christianos,
" Volveis contra vosotros el cuchillo?

" Si gana de morir os ha movido,
" No sea en tan baxo estado y abatido.
" Volved las armas, y ánimo furioso
" A los pechos de aquellos que os han puesto
" En dura sujecion con afrentoso
" Partido, á todo el mundo manifiesto:
" Lanzad de vós el yugo vergonzoso,
" Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
" No derrameis la sangre del Estado,
" Que para redemirnos ha quedado.
" No me pesa de ver la lozanía
" De vuestro corazon, ántes me esfuerza;
" Mas temo qué esta vuestra valentía
" Por mal gobierno el buen camino tuerza:
" Que vuelta entre nosotros la porfía;
" Degollais vuestra patria con su fuerza:
" Cortad pues, si ha de ser de esta manera.
" Esta vieja gárganta la primera.
" Que esta flaca persona, atormentada
" De golpes de fortuna, no procura
" Sino el agudo filo de una espada,
" Pues no la acaba tanta desventura:
" Aquella vida es bien afortunada,
" Que la temprana muerte la asegura;
" Pero á nuestro bien público atendiendo,
" Quiero decir en esto lo que entiendo.
" Pares sois en valor y fortaleza:
" El Cielo os igualó en el nacimiento:
" De linage, de estado y de riqueza
" Hizo á todos igual repartimiento;
" Y en singular por ánimo y grandeza
" Podeis tener del mundo el regimiento:

" Que este gracioso dón no agradecido,
" Nos há al presente termino traido.
" En la virtud de vuestro brazo espero,
" Qué puede en breve tiempo remediarse;
" Mas ha de haber un Capitan primero,
" Que todos por él quieran gobernarse:
" Este será quien mas un gran madero
" Sustentáre en el hombro sin pararse;
" Y pues que sois iguales en la suerte,
" Procure cada qual de ser mas fuerte."
Ningun hombre dexó de estar atento,
Oyendo del anciano las razones;
Y puesto ya silencio al parlamento,
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los Caciques acordado
Lo propuesto del viejo fué aceptado.
Podria de alguno ser aquí una cosa,
Que parece sin termino, notada;
Y es que una provincia poderosa,
En la milicia tanto exercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada,
A quien tocase el mando y regimiento,
Sin allegar á tanto rompimiento.
Respondo á esto, que nunca sin Caudillo
La tierra estuvo, electo del Senado,
Que come dixe, en Penco * el Ayñavillo
Fué por nuestra nacion desbaratado;

* Es un valle pequeño y no llano. Pero siendo puerto de mar, poblaron en él los Españoles una ciudad, que llamaron la concepcion.

Y viniendo de paz en un castillo,
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.
Pues el madero subito traido,
No me atrevo á decir lo que pesaba:
Era un macizo libano fornido
Que con dificultad se rodeaba:
Paycabi le aferró ménos sufrido,
Y en los valientes hombros le afirmaba:
Seis horas lo sostuvo aquel membrudo;
Pero llegar á siete jamas pudo.
Cayocupil al tronco aguija presto,
De ser el mas valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto,
Lo dexa á las cinco horas de cansado.
Gualemo lo probó, jóven dispuesto,
Mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego:
Duró seis horas largas en el juego.
Y el esforzado Ongolmo mas de medio;
Puren tras él lo truxo medio dia,
Y quatro horas y media Lebopia,
Que de sufrirle mas no hubo remedio,
Lemolemo siete horas le traía,
El qual jamás en todo este comedio
Dexó de andar acá y allá saltando,
Hasta que ya el vigor le fué faltando
Elicura á la prueba se previene,
Y en sustentar el libano trabaja:
A nueve horas dexarle conviene,
Que no pudiera mas, si fuera paja:
Tucapelo catorce le sostiene,

Encareciendo todos la ventaja;
Pero en esto Lincoya apercibido
Mudó en un gran silencio aquel ruido,
De los hombros el manto derrivando,
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando,
Sobre el fornido asiento lo ponia:
Corre ligero aquí y allí mostrando,
Que poco aquella carga le impedia:
Era de Sol á Sol el dia pasado,
Y el peso sustentaba, aun no cansado.
Venia aprisa la noche aborrecida
Por la ausencia del Sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose á tal tiempo mas lozana:
Lincoya con la carga nó convida,
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el Sol al medio Cielo,
Que dió con ella entónces en el suelo.
No se vió allí persona en tanta gente,
Que quedáse atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente,
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban juntamente
Con el gobierno, mando, y todo quanto
A digno General era debido,
Hasta allí justamente merecido.
Ufano andaba el bárbaro, contento
De haberse mas que todos señalado,
Quando Caupolicán á aquel asiento
Sin gente á la ligera habia llegado.
Tenia un ojo sin luz de nacimento

Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.
Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso, justiciero:
De cuerpo grande y relevado pecho:
Hábil, diestro, fortisimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.
Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron:
El caso en esta suma referido
Por su termino y puntos le contaron:
Viendo que Apolo ya se habia escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase,
Hasta que la esperada luz llegase.
Pasábase la noche en gran porfia
Que causó esta venida entre la gente:
Qual se atiene á Lincoya, y qual decia
Que es el Caupolicano mas valiente:
Apuestas en favor y contra habia:
Otros sin apostar, dudosamente
Acia el Oriente vueltos, aguardaban
Si los Febeos caballos asomaban.
Ya la rosada Aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores:
Ya á los marchitos campos restauraba

La frescura perdida y sus colores,
Aclarando los valles la luz nueva,
Quando Caupolicán viene á la prueba.
Con un desdén y muestra confiada,
Asiendo del troncon duro y nudoso,
Como si fuera vara delicada,
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
La color á Lincoya se le muda,
Poniendo en su vitoria mucha duda.
El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro dia:
El Sol las largas sombras acortaba;
Mas él nunca descrece en su porfia:
Al ocaso la luz se retiraba;
Ni por eso flaqueza en él habia:
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.
Salió la clara luna á ver la fiesta
Del tenebroso alberque humedo y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo lobrego y sombrío
Caupolicán no afloja de su apuesta;
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no truxera.
Por entre dos altísimos exidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos,
Que de la fresca elada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos

Con el humedo humor reverdecia,
Y quedaba engastado así en las flores,
Qual perlas entre piedras de colores.
El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado:
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del Sol, y el esforzado
Varon el grave peso sosteniendo,
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer, corriendo apriesa.
La Luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin, turbia, encendida, perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba:
Paróse al medio curso mas hermosa
A vér la estraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y sér primero,
Se derribó en el Artico emisfero:
Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo, en seguimiento de su amiga,
Tendido habia los rayos de su lumbre;
Y el hijo de Leocán en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.
Era salido el Sol, quando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió, en lanzándole, disforme;
Mostrando que aun mas ánimo tenia:
El circunstante pueblo en voz conforme

Pronunció la sentencia, y le decia:
Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grande carga que tomamos.
El nuevo juego y pleyto definido,
Con las mas ceremonias que supieron
Por sumo Capitan fué recibido,
Y á su gobernacion se sometieron:
Creció en reputacion, fué tan temido,
Y en opinion tan grande le tuvieron,
Que ausente muchas leguas de él temblaban,
Y casi como á Rey le respetaban.
Es cosa que mil gentes ha parado,
Y estan en duda muchos hoy en dia,
Pareciéndoles que esto que he contado,
Es alguna ficcion y poesía;
Pues en razon no cabe, que un Senado
De tan gran disciplina y policía;
Pusiese una eleccion de tanto peso
En la robusta fuerza y no en el seso.
Sabed que fué artificio, y fué prudencia
Del sabio Colocolo, que miraba
La dañosa discordia y diferencia,
Y el gran peligro en que su patria andaba:
Conociendo el valor y suficiencia
De este Caupolicán, que ausente estaba,
Varon en cuerpo y fuerzas y extremado,
De rara industria y ánimo dotado;
Así propuso astuta y sabiamente,
Para que la eleccion se dilatase,
La prueba al parecer impertinente,
En que Caupolicano se extremase;
Y en esta dilacion secretamente,

Dándole aviso, á la eleccion llegase,
Trayendo así el negocio por rodéo
A conseguir su fin y buen deseo.
Celebraba con pompa allí el Senado
De la justa eleccion la fiesta honrosa;
Y el nuevo Capitan, ya con cuidado
De dár principio á alguna grande cosa,
Manda á Palta, Sargento, que callado
De la gente mas presta y animosa
Ochenta diestros hombres aperciba,
Y á su cargo apartados los reciba.
Fueron pues escogidos los ochenta
De mas esfuerzo, y ménos conocidos:
Entre ellos dos soldados de gran cuenta,
Por quien fuesen mandados y regidos:
Hombres diestros, usados en afrenta,
A qualquiera peligro apercibidos:
El uno se llamaba Cayeguano,
El otro Alcatipay de Talcaguano.
Tres castillos los nuestros ocupados
Tenian para el seguro de la tierra,
De fuertes y anchos muros fabricados,
Con foso que los ciñe en torno y cierra,
Guarnecidos de prácticos soldados,
Usados al trabajo de la guerra:
Caballos, bastimento, artilleria,
Que en espesas troneras asistia.
Estaba el uno cerca del asiento
Adonde era la fiesta celebrada,
Y el Araucano bárbaro ardimiento
Mostrando no tener al mundo en nada,
Que con discurso vano y movimiento

Queria llevarlo todo á pura espada;
Pero Caupolicán mas cuerdamente
Trataba del remedio conveniente.
Habia entre ellos algunas opiniones
De cercar el Castillo mas vecino:
Otros, que con formados Esquadrones
A Penco enderezasen el camino:
Dadas de cada parte sus razones
Caupolicán en nada de esto vino;
Antes al pabellon se retiraba,
Y á los ochenta bárbaros llamaba.
Para entrar el Castillo facilmente,
Les dá industria y manera disfrazada,
Con expresa instruccion, que plaza y gente
Metan á fuego y á rigor de espada;
Porque él luego, trás ellos diligente
Ocupará los pasos y la entrada:
Despues de haberlos bien amonestado,
Pusieron en efecto lo tratado.
Era en aquella plaza y edificio
La entrada á los de Arauco defendida,
Salvo los necesarios al servicio
De la gente Española, estatuída,
A la defensa de ella y exercicio
De la fiera Belona embravecida;
Y así los cautos bárbaros Soldados
De heno, hierba y leña iban cargados.
Sordo á las demandas y preguntas,
Siguen su intento y el camino usado,
Las cargas en hilera y órden juntas,
Habiendo entre los haces sepultado
Hastas fornidas de ferradas puntas;

Y así contra el Castillo descuidado
Del encubierto engaño caminaban,
Y en los vedados límites entraban.
El puente, muro y puerta atravesando
Miserables, los gestos afligidos,
Algunos de cansados cojeando,
Mostrándose marchitos y encogidos;
Pero dentro las cargas desatando,
Arrevatan las armas atrevidos
Con amenaza, orgullo y confianza
De la esperada y súbita venganza.
Los fuertes Españoles salteados,
Viendo la ayrada muerte tan vecina,
Corren presto á las armas, alterados
De la estraña cautela repentina;
Y á vencer ó morir determinados,
Qual con celada, qual con coracina,
Salen á resistir la furia insana
De la brava y audaz gente Araucana.
Asáltanse con ímpetu furioso,
Suenan los hierros de una y otra parte:
Allí muestra su fuerza el sanguinoso,
Y mas que nunca embravecido Marte:
De vencer cada uno deseoso,
Buscaba nuevo modo, industria y arte
De encaminar el golpe de la espada,
Por dó diese á la muerte franca entrada.
La Saña y el corage se renueva
Con la sangre que saca el hierro duro,
Ya la Española gente á la India lleva
A dar de las espaldas en el muro.
Ya el infiel esquadron con fuerza nueva

Cobra el perdido campo mal seguro,
Que estaba de los golpes esforzados
Cubierto de armas, y ellos desarmados.
Viéndose en tanto estrecho los christianos,
De temor y vergüenza constreñidos,
Las espadas aprietan en las manos,
En ira envueltos y en furor metidos:
Cargan sobre los fieros Araucanos
Por el impetu nuevo enflaquecidos,
Entran en ellos, hieren y derriban,
Y á muchos de cuidado y vida privan.
Siempre los Españoles mejoraban,
Haciendo fiero estrago y tan sangriento
En los osados Indios, que pagaban
El poco seso y mucho atrevimiento:
Casi defensa en ellos no hallaban:
Pierden la plaza y cobran escarmiento:
Al fin de tal manera los trataron,
Que fuera de los muros los lanzaron.
Apenas Cayeguán y Talcaguano
Salian, quando con paso apresurado
Asomó el esquadron Caupolicano,
Teniendo el hecho yá por acabado;
Mas viendo el esperado efecto vano,
Y el puente del Castillo levantado,
Pone cerco sobre él, con juramento
De no dexarle piedra en el cimiento.
Sintiendo un Español mozo que habia
Demasiado temor en nuestra gente,
Mas de temeridad, que de osadía
Cala sin miedo y sin ayuda el puente;
Y puesto en medio dél, alto decia:

Salga adelante, salga el mas valiente;
Uno por uno á treinta desafio,
Y á mil no negará este cuerpo mio.
No tan presto las fieras acudieron
Al bramar de la res desamparada,
Que de lexos sin órden conocieron
Del pueblo y moradores apartada,
Como los Araucanos, quando oyeron
Del valiente Español la voz osada,
Partiendo mas de ciento presurosos
Del lance y cierta presa codiciosos.
No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo Español, ni esto le espanta;
Antes al esquadron, que espeso viene,
Por mejor recibirle, se adelanta:
El curso enfrena, el ímpetu detiene
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.
De dos golpes á dos tendió por tierra,
La espada revolviendo á todos lados:
Aquí esparce una junta, y allí cierra,
Adonde vé los mas amontonados:
Igual andaba la desigual guerra,
Quando los Españoles bien armados,
Abriendo con presteza un gran postigo,
Salen á la defensa del amigo.
Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al exercicio del sangriento Marte
Viene el bando Español y el Araucano:

La primera batalla se desparte,
Que era de ciento á un solo Castellano;
Vuelven el crudo hierro no teñido
Contra los que del fuerte habian salido.
Arrójanse con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse;
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por dó mas pueden dañarse:
Qual los Cyclopes suelen martillando
En las Vulcanas yunques fatigarse,
Así martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan.
Andaba la victoria así igualmente:
Mas gran ventaja y diferencia habia
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplia;
Pero el soberbio bárbaro impaciente
Viendo que un nuestro á ciento resistia,
Con diabólica furia y movimiento,
Arranca á los christianos del asiento.
Los Españoles, sin poder sufrillo,
Dexan el campo, y de tropél corriendo,
Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Llevan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo:
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto,
Pero viendo ser todo perdimiento,
Y aprovécharles poco ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento,

Su clara destruicion considerada,
Acuerdan de dexar el fuerte asiento;
Y así en la oscura noche deseada,
Quando se muestra el mundo mas quieto,
La partida pusieron en efeto.
A punto estaban y á caballo, quando
Abren las puertas, derribando el puente;
Y á los prestos caballos aguijando,
El esquadron envisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo, atropellando,
Y sin hombre perder dichosamente,
Arriban á Purén, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra obscura.

. . . . . .
. . . . . .

DN. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA.

Valdivia rehusa de venir á las manos con los Enemigos, conociendo, como buen Capitan, el peligro á que se ponia; y hace sobre ello una plática á sus soldados.

. . . . . .
. . . . . .

No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza,
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden mas sedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza:

Solo Valdivia calla y teme el punto;
Pero rompió el silencio y pena junto.
Diciendo: " O compañeros do se encierra
" Todo esfuerzo, valor, y entendimiento!
" Yá veis la desvergüenza de la tierra
" Que en nuestro daño da bandera al viento:
" Veis quebrada la fé, rota la guerra,
" Los pactos ván del todo en rompimiento:
" Siento la áspera trompa en el oído,
" Y veo un fuego diabólico encendido.
" Bien conoceis la fuerza del Estado
" Con tanto daño nuestro autorizada:
" Mirad lo que fortuna os ha ayudado
" Guiando con su mano vuestra espada:
" El trabajo y la sangre que ha costado,
" Que della está la tierra alimentada:
" Y pues tenemos tiempo y aparejo
" Será bueno tomar nuevo consejo.
" Quien estos son tendréis en la memoria,
" Pues hay tanta razon de conocellos:
" Que si dellos no huviesemos vitoria,
" Y en campo no pudiesemos vencellos,
" Será tal su arrogancia y vanagloria,
" Que el mundo no podrá despues con ellos;
" Dudoso estoy, no sé, no sé que haga
" Que á nuestro honor y causa satisfaga."
La poca edad y ménos y experiencia
De los mozos livianos que allí havia,
Descubrió con la usada inadvertencia
A tal tiempo su necia valentía
Diciendo: " O Capitan, danos licencia,
" Que solos diez sin otra compañía

" El bando asolarémos Araucano,
" Y harémos el camino y paso llano.
" Lo que jamas hicimos en estrecho
" No es bien por nuestro honor que lo hagamos;
" Pues es cierto que quanto hemos hecho
" Volviendo atras un paso lo manchamos:
" Mostremos al peligro osado pecho,
" Que en él está la gloria que buscamos.
Valdivia de la réplica sentido
Enmudeció de rabia y de corrido.

. . . . . .
. . . . . .

EL MISMO; ARAUCANA, Canto III.

Razonamiento de el Hijo de un Cacique á sus Compañeros, animándolos á la Defensa de su Patria.

. . . . . .
. . . . . .

UN hijo de un Cacique conocido
Que á Valdivia de page le servia,
Acariciado dél y favorido
En su servicio á la sazon venia:
Del amor de su patria conmovido
Viendo que á mas andar se retraía,
Comienza á grandes voces á animarla,
Y con tales razones á incitarla.
" O ciega gente del temor guiada!
" ¿A dó volveis los temerosos pechos?
" Que la fama en mil años alcanzada
" Aquí perece y todos vuestros hechos.

" La fuerza pierden hoy jamas violada
" Vuestras leyes, los fueros y derechos:
" De señores, de libres, de temidos,
" Quedais siervos, sujetos y abatidos,
" Manchais la clara estirpe y decendencia,
" Y enxeris en el tronco generoso
" Una incurable plaga, una dolencia,
" Un deshonor perpetuo ignominioso:
" Mirad de los contrarios la impotencia,
" La falta del aliento, y el fogoso
" Latir de los caballos, las hijadas
" Llenas de sangre y de sudor bañadas.
" No os desnudeis del hábito y costumbre,
" Que de nuestros abuelos mantenemos,
" Ni el Araucano nombre de la cumbre
" A estado tan infame derribemos:
" Huid el grave yugo y servidumbre,
" Al duro hierro osado pecho demos:
" ¿ Por qué mostrais espaldas esforzadas
" Que son de los peligros reservadas ?
" Fijad esto que digo en la memoria,
" Que el ciego y torpe miedo os va turbando,
" Dexad de vos al mundo eterna historia,
" Vuestra sujeta patria libertando:
" Volved, no rehuseis tan gran vitoria,
" Que os está el hado próspero llamando:
" A lo ménos fijad el pie ligero,
" Véreis como en defensa vuestra muero.
En esto una nervosa y gruesa lanza
Contra Valdivia su señor blandia,
Dando de sí gran muestra y esperanza,
Por mas los persuadir arremetia:

Y entre el hierro Español así se lanza,
Como con gran calor en agua fria
Se arroja el ciervo en el caliente estío
Para templar el Sol con algun frio.
De solo el primer bote uno atraviesa,
Otro apunta por medio del costado,
Y aunque la dura lanza era muy gruesa,
Salió el hierro sangriento al otro lado:
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
Y barrenando el muslo á otro soldado,
En él la fuerte pica fué rompida
Quedando un grueso trozo en la herida.
Rota la fiera hasta luego afierra
Del suelo una pesada y dura maza;
Mata, hiere, destronca, y echa á tierra
Haciendo en breve espacio larga plaza:
En él se resumió toda la guerra,
Cesa el alcance y dan en él la caza;
Mas él aquí y allí va tan liviano.
Que hieren por hérirle el ayre vano.

. . . . . .
. . . . . .

El mismo :—Araucana, Canto III.

Bello Razonamiento de Doña Mencia de Nidos, Señora noble y valerosa, á los Españoles, quando amedrentados por los Araucanos, tratan de desemparar la Ciudad de la Concepcion.

. . . . . .
. . . . . .

Es justo que la fama cante un hecho
Digno de celebrarse hasta en el dia

Que cese la memoria por la pluma,
Y todo pierda el sér y se consuma.
  Doña mencía de Nidos, una dama
Noble, discreta, valerosa, osada,
Es aquella que alcanza tanta fama
En tiempo que á los hombres es negada:
Estando enferma y flaca en una cama,
Siente el grande alboroto, y esforzada,
Asiendo de una espada y un escudo,
Salió tras los vecinos como pudo.
  Ya por el monte arriba caminaban,
Volviendo atrás los rostros afligidos
A las casas y tierras que dexaban,
Oyendo de gallinas mil graznidos:
Los gatos con voz hórrida maullaban,
Perros daban tristísimos ahullidos:
Prógne, con la turbada Filomena,
Mostraban en sus cantos grave pena.
  Pero con mas dolor doña Mencía,
Que dello daba indicio y muestra clara,
Con la espada desnuda lo impedia,
Y en medio de la cuesta y dellos para,
El rostro á la cuidad vuelto decia:
" ¡ O valiente nacion, á quien tan cara
" Cuesta la tierra y opinion ganada
" Por el rigor y filo de la espada!
  " Décidme ¿ qué es de aquella fortaleza,
" Que contra los que así temeis mostrastes?
" ¿ Qué es de aquel alto punto, y la grandeza
" De la inmortalidad á que aspirastes?
" ¿ Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
" Y el natural valor de que os preciastes?
" ¿ Adonde vais cuitados de vosotros,

" Que no viene ninguno tras nosotros?
" ¡ O quantas veces fuistes imputados
" De impacientes, altivos, temerarios,
" En los casos dudosos arrojados,
" Sin atender á medios necesarios;
" Y os vimos en el yugo traer domados
" Tan gran número y copia de adversarios,
" Y emprender y acabar empresas tales
" Que distes á entender ser inmortales!
" Volved á vuestro pueblo ojos piadosos
" Por vos de sus cimientos levántado,
" Mirad los campos fértiles viciosos
" Que os tienen su tributo aparejado:
" Las ricas minas, y los caudalosos
" Rios de arenas de oro, y el ganado
" Que ya de cerro en cerro anda perdido,
" Buscando á su pastor desconocido.
" Hasta los animales que carecen
" De vuestro racional entendimiento
" Usando de razon, se condolecen,
" Y muestran doloroso sentimiento:
" Los duros corazones se enternecen
" No usados á sentir, y por el viento
" Las fieras la gran lástima derraman,
" Y en voz casi formada nos infaman.
" Dexais quietud, hacienda y vida honrosa
" De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
" Por ir á casa agena embarazosa
" A dó tendrémos mísera acogida:
" Qué cosa puede haber mas afrentosa,
" Que ser huesped toda nuestra vida?
" Volved, que á los honrados vida honrada

" Les conviene, ó la muerte acelerada.
" Volved, no vais así desa manera,
" Ni del temor os deis tan por amigos,
" Que yo me ofrezco aquí, que la primera
" Me arrojaré en los hierros enemigos:
" Haré yo esta palabra verdadera,
" Y vosotros sereis dello testigos:
" Volved, volved gritaba; pero en vano,
" Que á nadie pareció el consejo sano."
Como el honrado padre recatado
Que piensa reducir con persuasiones
Al hijo del propósito dañado,
Y está alegando en vano mil razones;
Que el hijo incorregible y obstinado
Le importunan y cansan los sermones:
Así al temor la gente ya entregada
No sufre ser en esto aconsejada.

. . . . . .
. . . . . .

El mismo: Araucana, Canto VII.

Razonamiento de Colócolo á los Caciques.

. . . . . .
. . . . . .

Generosos Caciques, si licencia
Tenemos de decir lo que alcanzamos
Los que por largos años y experiencia
Los futuros sucesos rastreamos,
Vemos que nuestras fuerzas y potencia

En solo destruirnos las gastamos,
Y el tyrano cuchillo apoderado
Sobre nuestras gargantas levantado,
Y lo que dá señal clara que sea
Cierta vuestra caída y mi recelo,
Es que ya la fortuna titubéa,
Y comienza á turbarse nuestro cielo:
Quando un gran edificio se ladéa
No está muy lexos de venir al suelo,
La máquina que en falso asiento estriba
Su misma pesadumbre la derriba.
Asíque ya, si mi opinion no yerra,
Segun el proceder y los indicios,
Temo, y con gran razon, de ver por tierra
Nuestros mal cimentados edificios,
Y convertido el uso de la guerra
En serviles y baxos exercicios,
Quebrantándose al fin vuestra protervia
Fundada en una vana y gran soberbia.
Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
Con gran deshonra nuestras tres banderas,
Rotas nuestras esquadras y tendidas
Al viento y sol por pasto de las fieras,
Las fuerzas y opiniones divididas,
Lleno el campo de gentes estrangeras,
Y las furiosas armas alteradas
Contra sus mismos pechos declaradas.
Mirad que así por ciega inadvertencia
La patria muere, y libertad perece,
Pues con sus mismas armas y potencia
Al derecho enemigo favorece:
Incurable y mortal es la dolencia

Quando á la medicina no obedece,
Y bestial la pasion y detestable
Que no sufre el consejo saludable,
¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos
Esta union invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en todo las injustas?
¿Que rabia ó que furor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el Araucano Estado
Venga á ser por sus manos destruido,
Y en su virtud y fuerzas ahogado
Quede con nombre infame sometido
A las entrañas leyes y gobierno
Y en dura servidumbre y yugo eterno?
Volved sobre vosotros, que sin tiento
Correis á toda prisa á despeñaros,
Refrenad esa furia y movimiento,
Que es la que puede en esto mas dañaros:
¿Sufrís al enemigo en vuestro asiento
Que quiere como á brutos conquistaros,
Y no podeis sufrir aquí impacientes
Los consejos y avisos convenientes?
Que es cierto falta de ánimo y bastante
Indicio de flaqueza disfrazada,
Teniendo al enemigo tan delante
Revolver contra sí la propia espada,
Por no esperar con ánimo constante

Los duros golpes de fortuna ayrada.
A los quales resiste el pecho fuerte,
Que no quiere acabarlo con la muerte.
Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra
Que á veces por ser tanto lo condeno,
Y de vuestras hazañas no esta tierra,
Mas todo el universo anda ya lleno,
Cese, cese el furor y civil guerra,
Y por el bien comun tened por bueno
No romper la hermandad con torpes modos,
Pues que miembros de un cuerpo somos todos.
Si á la cansada edad y largos dias
Algun respeto y crédito se debe,
Mirad á estas antiguas canas mias
Y al bien público y zelo que me mueve,
Para que diferais vuestras porfias
Por alguna sazon y tiempo breve,
Hasta que el español furor decline,
Y la causa comun se determine.
Y pues de vuestra discrecion espero
Que os pondrá en el camino que conviene,
Traer otras razones mas no quiero,
Pues con vos la razon tal fuerza tiene:
Dexadas pues á parte, lo primero
Que venir á las manos nos detiene,
Y pone freno y límite al deseo,
Es el poco aparejo que aquí veo.
Que por todas las partes nos divide
Este brazo de mar que veis enmedio,
Y nuestra pretension y paso impide
Sin tener de pasaje algun remedio:
Y pues el enemigo se comide

A tratar de concierto y nuevo medio,
Aunque nunca pensemos acetarlos
No nos podrá dañar el escucharlos.
Pues por éste camino tomarémos
Lengua de su intencion y fundamento,
Que quando no sea lícita podremos
Venir de todo en todo á rompimiento:
Tambien en este término harémos
De armas y municion preparamento,
Que estas serán alfin las que de hecho
Habrán de declarar este derecho.
Mas conviene advertir, claros varones,
Para llevar las cosas bien guiadas,
Que nuestras exteriores intenciones
Vayan siempre á la paz enderezadas,
Mostrándonos de flacos corazones,
Las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
Y la tierra de minas de oro rica,
Cebo goloso en que esta gente pica,
Quizá por este término sacalla
Podrémos del isleño sitio fuerte,
Y con fingida paz aseguralla
Trayéndola por mañas á la muerte:
Y sin rumor, ni muestra, ni batalla
Abramos la carrera de tal suerte,
Que venga á tierra firme, confiada
En el seguro paso y franca entrada.

El mismo: Araucana, Canto XVI.

Halla Don Alonso de Ercilla á Tegualda buscando el Cuerpo de su Marido en el Campo de Batalla, para darle Sepultura; y esta le cuenta el estraño y lastimoso Proceso de su Historia.

. . . . . .

. . . . . .

Andando pues así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando,
Ví que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando,
Que nuestros arcabuces aquel dia
Habian hecho gran riza y bateria.

No mucho despues de esto, yo que estaba
Con ojo alerto y con atento oído
Sentí de rato en rato que sonaba
Acia los cuerpos muertos un ruído,.
Que siempre al acabar se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y escura
Que divisar lo cierto no podia,
Y así por ver el fin de ésta aventura
(Aunque mas por cumplir lo que debia)
Me vine agazapado en la verdura,
Acia la parte que el rumor se oía;
Donde ví entre los muertos ir oculto
Andando á quatro pies un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho,
Con un temor que agora aun no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho
Llamando á Dios sobre él aguijé luego;
Mas el bulto se puso en pie derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego,
Dixo: señor, señor, merced te pido,
Que soy muger, y nunca te he ofendido.
Si mi dolor y desventura estraña
A lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos lícitos pasaren:
¿Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Quando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una muger tu espada
Viuda, mísera, triste y desdichada?
Ruégote pues, señor, si por ventura,
O desventura como fué la mia,
Con amor verdadero y con fé pura,
Amaste tiernamente en algun dia,
Me dexes dar á un muerto sepultura,
Que yace entre esta muerta compañia:
Mira que aquel que niega lo que es justo,
Lo malo aprueba ya, y se hace injusto.
No quieras impedir obra tan pia,
Que aunque en bárbara guerra se concede,
Que es especie y señal de tirania
Usar de todo aquello que se puede:
Dexa buscar su cuerpo á esta alma mia,
Despues furioso con rigor procede,
Que ya el dolor me ha puesto en tal estremo,
Que mas la vida que la muerte temo.

Que no sé mal que ya dáñarme pueda,
No hay bien mayor que no le haber tenido,
Acábese y fenezca lo que queda;
Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
Que aunque el cielo cruel no me conceda
Morir, mi cuerpo con el suyo unido,
No estorbará por mas que me persiga,
Que mi afligido espíritu le siga.

En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematáse;
Mas yo que en duda y confusion estaba,
Aun teniendo temor que me engañáse,
Del verdadero indicio no fiaba,
Hasta que un poco mas me aseguráse,
Sospechando que fuese alguna espia
Que á saber como estábamos venia.

Bien que estuve dudoso; pero luego
Aunque la noche el rostro le encubria,
En su poco temor y gran sosiego
Ví que verdad en todo me decia,
Y que el pérfido amor ingrato y ciego
En busca del marido la traía,
El qual en la primera arremetida
Queriendo señalarse dió la vida.

Movido pues á compasion de vella
Firme en su casto y amoroso intento,
De allí salido me volví con ella
A mi lugar y señalado asiento:
Donde yo le rogué que su querella
Con ánimo seguro y sufrimiento
Desde el principio al cabo me contáse,
Y desfogando la ansia descansáse.

Ella dixo: ay de mí! que es imposible
Tener jamas descanso hasta la muerte,
Que es sin remedio mi pasion terrible,
Y mas que todo sufrimiento fuerte;
Mas aunque me será cosa insufrible,
Diré el discurso de mi amarga suerte,
Quiza que mi dolor, segun es grave,
Podrá ser que esforzándole me acabe.
Yo soy Tegualda, hija desdichada
Del Cacique Brancól desventurado,
De muchos por hermosa envano amada,
Libre un tiempo de amor y de cuidado;
Pero muy presto la fortuna airada
De ver mi libertad y alegre estado
Turbó de tal manera mi alegria,
Que alfin muero del mal que no temia.
De muchos fuí pedida en casamiento,
Y á todos igualmente despreciaba,
De lo qual mi buen padre descontento,
Que yo aceptáse alguno me rogaba;
Pero con franco y libre pensamiento
De su importuno ruego me escusaba,
Que era pensar mudarme desvarío,
Y martillar sin fruto en hierro frio.
No por mis libres y ásperas respuestas
Los firmes pretensores afloraxon,
Antes con nuevas pruebas y reqüestas
En su vana demanda mas instaron,
Y con danzas, con juegos, y otras fiestas
Mudar mi firme intento procuraron,
No les bastando maña ni artificio
A sacar mi propósito de quicio.

Muy presto pues llegó el postrero dia
Desta mi libertad y señorío;
O si lo fuerá de la vida mia!
Pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia
Donde el claro Gualebo manso rio,
Despues que sus viciosos campos riega,
El nombre y agua al ancho Itáta entrega:
Allí para castigo de mi engaño
Que fuese á ver sus fiestas me rogaron;
Y como habia de ser para mi daño,
Facilmente conmigo lo acabaron:
Luego, por órden y artificio estraño,
La larga senda y pasos enramaron,
Pareciéndoles malo el buen camiño,
Y que el sol de tócarme no era dino.
Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento,
Hecho por tal manera que ayudaba
La máestra natura al ornamento:
El agua clara entorno murmuraba,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruído,
Que alegraban la vista y el oído,
Apenas pues en él me habia sentado
Quando un alto y solemne bando echaron,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron:
Cada qual á su puesto retirado
La acostumbrada lucha comenzaron
Con nn silencio tal, que los presentes
Juzgaron ser pinturas mas que gentes.

Aunque habia muchos jóvenes lucidos,
Todos al parecer competidores,
De diferentes suertes y vestidos,
Y de un fin engañoso pretensores,
No estaba en quales eran los vencidos,
Ni quales habian sido vencedores,
Buscando acá y allá entretenimiento
Con un ocioso y libre pensamiento.

Yo que en cosa de aquellas no paraba,
El fin de sus contiendas deseando,
Ora los altos árboles miraba
De natura las obras comtemplando,
Ora la agua que el prado atravesaba
Las varias pedrezuelas numerando,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado de amor y desventura.

Quando un gran alboroto y voceria
(Cosa muy cierta en semejante juego)
Se levantó entre aquella compañía,
Que me sacò de seso y de sosiego:
Yo queriendo entender lo que sería,
Al mas cerca de mí pregunté luego
La causa de la grita ocasionada,
Que me fuera mejor no saber nada.

El qual dixo: señora, ¿no has mirado
Como el robusto jóven Mareguáno,
Con todos quantos mozos ha luchado
Los ha puesto de espaldas en el llano?
Y quando ya esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente
En premio y por señal de mas valiente,

Aquel gallardo mozo bien dispuesto
Del vestido de verde y encarnado
Con gran facilidad le ha en tierra puesto,
Llevándole el honor que habia ganado:
Y el fácil y liviano pueblo desto,
Como de novedad maravillado,
Ha levantado aquel confuso estruendo,
La fuerza del mancenbo encareciendo.
Y tambien Mareguáno que procura
De volver á luchar, el qual alega
Que fué siniestro acaso y desventura,
Que en fuerza y maña el otro no le llega;
Pero la condicion y la postura
Del espreso cartel se lo deniega,
Aunque el jóven con ánimo valiente
Da voces, que es contento y lo consiente.
Pero los jueces por razon no admiten
Del uno ni del otro el pedimento;
Ni en modo alguno quieren, ni permiten
Inovacion en esto y movimiento;
Mas que de su propósito se quiten,
Si entrambos, de comun consentimiento,
Pareciendo primero en tu presencia,
No alcanzaren de tí franca licencia.
En esto á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropél venia,
Que, como junto á mí llegó, cesando
El discorde alboroto y vocería,
El mozo vencedor la voz alzando
Con una humilde y baxa cortesía
Dixo: señora, una merced te pido
Sin háberla mis obras merecido:

Que si soy estrangero, y no merezco
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
Como tu siervo natural te ofrezco
De vivir y morir en tu servicio:
Que aunque el agravio aquí yo le padezco,
Por dar desta mi oferta algun indicio,
Quiero si dello fueres tú servida
Luchar con Mareguáno otra caída,
Y otra, y otra, y aun mas, si él quiere, quiero,
Hasta dexarle en todo satisfecho;
Y consiento que al punto y ser primero
Se reduzca la prueba y el derecho:
Que, siendo en tu presencia, cierto espero
Salir con mayor gloria deste hecho:
Danos licencia, rompe el estatuto
Con tu poder sin límite absoluto.
Esto dicho con baxa reverencia
La respuesta mirándome esperaba;
Mas yo, que sin recato y advertencia
Escuchándole atenta le miraba,
No solo concederle la licencia,
Pero ya que venciese deseaba,
Y así le respondí: si yo algo puedo,
Libre y graciosamente lo concedo.
Luego, con un gallardo continente,
Ambos juntos de mí se despidieron,
Y con grande alborozo de la gente
En la cerrada plaza los metieron:
Adonde los padrinos igualmente,
El sol ya baxo y campo, les partieron,
Y dexándolos solos en el puesto,
El uno para el otro movió presto.

Juntáronse en un punto, y porfiando
Por el campo anduvieron un gran trecho,
Ora volviendo en torno y volteando,
Ora yendo al través, ora al derecho,
Ora alzándose en alto, ora baxando,
Ora en sí recogidos pecho á pecho;
Tan estrechos gimiendo se tenian,
Que recibir aliento aun no podian.
Volvian á forcejar con un ruído,
Que era de ver, oirlos, cosa estraña;
Pero el mozo estrangero, ya corrido
De su poca pujanza y mala maña,
Alzó de tierra al otro, y de un gemido
De espaldas le trabuca en la campaña
Con tal golpe, que al triste Mareguáno
No le quedó sentido y hueso sano.
Luego de mucha gente acompañado
A mi asiento los jueces le truxeron,
El qual, ánte mis pies arrodillado,
Que yo le diese el precio me dixeron:
No sé si fué su estrella, ó fué mi hado,
Ni las causas que en esto concurrieron,
Que commencé á temblar, y un fuego ardiendo
Fué por todos mis huesos discurriendo.
Halléme tan confusa y alterada
De aquella nueva causa y accidente,
Que estuve un rato atónita y turbada
Enmedio del peligro y tanta gente;
Pero volviendo en mí mas reportada,
Al vencedor en todo dignamente,
Que estaba allí inclinado ya en mi falda,
Le puse en la cabeza la guirnalda,

Pero baxé los ojos al momento
De la honesta vergüenza reprimidos,
Y el mozo, con un largo ofrecimiento
Inclinó á sus razones mis oídos:
Alfin se fué llevándome el contento
Y dexando turbados mis sentidos;
Pues que llegué de amor y pena junto
De solo el primer paso al postrer punto.
Sentí una novedad que me apremiaba
La libre fuerza y el rebelde brío,
A la qual sometida se entregaba
La razon, libertad, y el alvedrio:
Yo que quando acordé ya me hallaba
Ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
Alcé los ojos tímidos cebados
Que la vergüenza allí tenia abaxados,
Roto con fuerza súbita y furiosa
De la vergüenza y continencia el freno,
Le seguí con la vista deseosa
Cebando mas la llaga y el veneno:
Que solo allí mirarle y no otra cosa
Para mi mal hallaba que era bueno;
Asíque, adonde quiera que pasaba,
Trás sí los ojos y alma me llevaba.
Vile que á la sazon se apercibia
Para correr el Palio acostumbrado,
Que una milla de trecho y mas tenia
El término del curso señalado:
Y al suelto vencedor se prometia
Un anillo de esmaltes rodeado,
Y una gruesa esmeralda bien labrada,
Dado por ésta mano desdichada.

Mas de quarenta mozos en el puesto
A pretender el precio parecieron,
Donde en la raya al pie cada qual puesto
Prontos y apercibidos atendieron:
Que no sintieron la señal tan presto,
Quando todos en hila igual partieron
Con tal velocidad, que casi apenas
Señalaban la planta en las arenas.
Pero Crepino el jóven estrangero,
Que así de nombre propio se llamaba,
Venia con tanta furia el delantero,
Que al presuroso viento atrás dexaba:
El roxo Palio al fin tocó el primero,
Que la larga carrera remataba,
Dexando con su término agraciado
El circunstante pueblo aficionado.
Y con solemne triunfo rodeando
La llena y ancha plaza le llevaron;
Pero despues á mi lugar tornando,
Que le diese el anillo me rogaron:
Yo un medroso temblor disimulando,
Que atentamente todos me miraron,
Del empacho y temor pasado el punto
Le dí mi libertad y anillo junto
El me dixo: señora, te suplico
Le recibas de mí, que aunque parece
Pobre y pequeño el dón, te certifico
Que es grande la aficion con que se ofrece:
Que con este favor quedaré rico;
Y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
Que no habrá empresa grande, ni habrá cosa
Que ya me pueda ser dificultosa.

Yo por usar de toda cortesia,
Que es lo que á las mugeres perficiona,
Le dixe: que el apillo recibia,
Y mas la voluntad de la persona:
En esto toda aquella compañía
Hecha entorno de mí espesa corona,
Del ya agradable asiento me baxaron,
Y á casa de mi padre me llevaron.
No con pequeña fuerza y resistencia
Por dar satisfacion de mí á la gente
Encubrí tres semanas mi dolencia,
Siempre creciendo el daño y fuego ardiente:
Y mostrando venir á la obediencia
De mi padre y señor, mañosamente
Le dí á entender, por señas y rodeo,
Querer cumplir su ruego y mi deseo.
Diciendo: qne pues él me persuadía
Que tomáse parientes y marido
Al parecer segun que convenia,
Yo por le obedecer le habia elegido,
El qual era Crepino, que tenia
Valor, suerte, y linage conocido,
Junto con ser discreto, honesto, afable,
De condicion y término loable.
Mi Padre que son tesgo y ledo gesto
Hasta el fin escuchó el parecer mio,
Besándome en la frente, dixo: en esto
Y en todo me remito á tu alvedrio:
Pues de tu discrecion y intento honesto
Que elegirás lo que conviene fio,
Y bien muestra Crepino en su crianza
Ser de buenos respetos y esperanza.

Ya que con voluntad y mandamiento
A mi honor y deseo satisfizo,
Y la vana contienda y fundamento
De los presentes jóvenes deshizo:
El infelice y triste casamiento
En forma y acto público se hizo:
Hoy hace justo un mes ¡ó suerte dura!
¡Qué cerca está del bien la desventura!
Ayer me ví contenta de mi suerte,
Sin temor de contraste ni recelo;
Hoy la sangrienta y rigurosa muerte
Todo lo ha derribado por el suelo:
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿Qué recompensa puede darme el cielo,
Adonde ya ningun remedio vale,
Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?
Este es, pues el proceso, esta es la historia,
Y el fin tan cierto de la dulce vida;
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida:
Y pues que por tu causa la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dexes enterrar á mi marido.
Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable;
Mas quando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Háznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.

EL MISMO.

Continuacion del mismo Sugeto.

¿ QUIÉN de amor hizo prueba tan bastante?
Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama engrandeciéndola levante
Mi baxa voz en alta y sonorosa;
Dando noticia della eternamente
Corra de lengua en lengua, y gente en gente.
Cese el uso dañoso y exercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas,
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mugeres virtuosas:
Pues mirándolo bien solo este indicio,
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia, y las condena
A duro freno y vergonzosa pena.
¡ Quantas y quantas vemos que han subido
A la dificil cumbre de la fama!
Judith, Camila, la Fenisa Dido,
A quien Virgilio injustamente infama:
Penélope, Lucrecia, que al marido
Lavó con sangre la violada cama:
Hippo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes, y Cornelia.
Bien puede ser entre estas colocada
La hermosa Tegualda; pues parece
En la rara hazaña señalada
Quonto por el piadoso amor merece:
Así sobre sus obras levantada
Entre las mas famosas resplandece,

Y el nombre será siempre celebrado
A la inmortalidad ya consagrado.
Quedó pues como dixe recogida
En parte honesta y compañía segura,
Del poco beneficio agradecida
Segun lo que esperaba en su ventura:
Pero la Aurora y nueva luz venida,
Aunque el sabroso sueño con dulzura
Me habia los lasos miembros ya trabado,
Me despertó el aquejador cuidado;
Viniendo á toda priesa adonde estaba
Firme en el triste llanto y sentimiento,
Que solo un breve punto no afloxaba
La dolorosa pena y el lamento:
Yo con gran compasion la consolaba,
Haciéndole seguro ofreçimiento
De entrégarle el marido, y darle gente
Con que salir pudiese libremente.
Ella del bien incrédula, llorando
Los brazos estendidos me pedia
Firme seguridad; y así llamando
Los Indios de servicio que tenia.
Salí con ella acá y allá buscando;
Alfin entre los muertos que allí habia
Hallamos el sangriento cuerpo helado
De una redonda bala atravesado.
La mísera Tegualda que delante
Vió la marchita faz desfigurada,
Con horrendo furor en un instante
Sobre ella se arrojó desatinada,
Y junta con la suya, en abundante
Fluxo de vivas lágrimas bañada,

La boca le besaba y la herida,
Por ver si le podia infundir la vida.
¡ Ay cuitada de mí! decia: ¿ qué hago
Entre tanto dolor y desventura?
¿ Como al injusto amor no satisfago
En esta aparejada coyuntura?
¿ Por qué ya pusilánime de un trago
No acabo de pasar tanta amargura?
¿ Qué es esto, la injusticia adonde llega,
Que aun el morir forzoso se me niega?
Así furiosa por morir echaba
La rigurosa mano al blanco cuello,
Y no pudiendo mas, no perdonaba
Al afligido rostro, ni al cabello:
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,
Apenas era parte á defendello:
Tan grande era la basca y ansia fuerte
De la rabiosa gana de la muerte.
Despues que algo las ansias aplacaron
Por la gran persuasion y ruego mio,
Y sus promesas ya me aseguraron
Del gentílico intento y desvarío,
Los prestos Yanaconas levantaron
Sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
Llevándole en los hombros suficientes
Adonde le aguardaban sus sirvientes.
Mas porque estando así rota la guerra
No padeciese agravio y demasía,
Hasta pasar una vecina sierra
Le tuve con mi gente compañía;
Pero llegando á la segura tierra
Encaminada en la derecha via,

Se despidió de mí reconocida,
Del beneficio y obra recibida.

. . . . . .
. . . . . .

EL MISMO; Canto XXI.

Razonamiento de Galvarino en el Senado Araucano.

. . . . . .
. . . . . .

En esta confusion y diferencia *
Galvarino arribó apenas con vida,
El qual pidiendo para entrar licencia
Le fué graciosamente concedida:
Donde con la debida reverencia
Esforzando la voz enflaquecida,
Falto de sangre, y muy cubierto della,
Comenzó desta suerte su querella:
Si solíades vengar, sacros varones,
Las agenas injurias tan de veras,
Y en las estrañas tierras y naciones
Hicieron sombra ya vuestras banderas,
¿Como agora en las propias posesiones
Unas bastardas gentes estrangeras
Os vienen á oprimir y conquistaros,
Y tan tibios estais en el véngaros?
Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
Miembro del vuestro, que por mas afrenta
Me envian lleno de injurias al Senado,
Para que dellas sepa daros cuenta:

* De pareceres.

Mirad vuestro valor vituperado,
Y lo que en mí el tirano os representa,
Jurando no dexar Cacique alguno
Sin desmembrarlos todos uno á uno.
Por cierto bien envano han adquirido
Tanta gloria y honor vuestros abuelos,
Y el Araucano crédito subido
En su misma virtud hasta los cielos,
Si agora infame, hollado y abatido
Anda de lengua en lengua por los suelos,
Y vuestra ilustre sangre resfriada
En los sucios rincones derramada.
¿ Que Provincia hubo ya que no temiese
De vuestra voz en todo el mundo oída ?
Ni nacion que las armas no rindiese
Por temor, ó por fuerza compelida ?
Arribando á la cumbre porque fuese
Tanto de allí mayor vuestra caída,
Y al término llegase el menosprecio,
Donde de los pasados llegó el precio.
Pues unos estrangeros enemigos,
Con título y con nombre de clemencia,
Ofrecen de acetaros por amigos,
Queriéndo os reducir á su obediencia:
Y si no os someteis, que con castigos
Prometen oprimir vuestra insolencia,
Sin quedar del cuchillo reservado
Género, religion, edad, ni estado.
Volved, volved en vos, no deis oído,
A sus embustes, tratos y marañas,
Pues todas se enderezan á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas,

Que la ocasion que aquí los ha traído
Por mares y por tierras tan estrañas,
Es el oro goloso que se encierra
En las fértiles venas desta tierra.
Y es un color, es apariencia vana
Querer mostrar que el principal intento
Fué el estender la religion Christiana,
Siendo el puro interes su fundamento:
Su pretension de la codicia mana,
Que todo lo demás es fingimiento;
Pues los vemos que son mas que otras gentes
Adúlteros, ladrones, insolentes.
Quando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenacen cierto en lo futuro,
Podemos elegir honrada muerte,
Remedio breve, fácil, y seguro:
Poned á la fortuna el hombro fuerte,
A dura adversidad corazon duro,
Que el pecho firme y ánimo invencible
Allana y facilita aun lo imposible.
No pudo decir mas de desmayado
Por la infinita sangre que perdia,
Que el laso cuello ya debilitado
Sostener la cabeza aun no podia:
Así el rostro mortal desfigurado
En el sangriento suelo se tendia,
Dexando aun á los mas endurecidos
De su esperada muerte condolidos.

EL MISMO: Canto XXIII.

Relacion de lo que pasó entre Dn. Alonso de Ercilla y Guaticblo, Soldado viejo, retirado en un Desierto.—Descripcion de la Cueva del Mago Fiton, y de su Botica.

. . . . . .
. . . . . .

Al Araucano valle pues baxamos,
Que el mar le bate al lado del poniente,
Donde en llano lugar nos alojamos
De comidas y pastos suficiente:
Y luego con promesas enviamos
De aquella vecindad alguna gente
A requerir la tierra comarcana
Con la segura paz y ley Christiana.
Mas como al tiempo puesto no volviesen,
Y pasasen despues algunos dias,
Ni por astucia y maña no supiesen
De su resolucion nuestras espías,
Fué acordado que algunos se partiesen
Por los vecinos pueblos y alquérias,
Al salir tardo de la escasa luna,
A tomar relacion y lengua alguna.
Así yo apercibido sordamente
En medio del silencio y noche escura
Dí sobre algunos pueblos de repente
Por un gran arcabuco y espesura,
Donde la miserable y triste gente
Vivia por su pobreza en paz segura:
Que el rumor y alboroto de la guerra
Aun no la habia sacado de su tierra.

Viniendo pues á dar al Chayllacano,
Que es donde nuestro campo se alojaba,
Ví en una loma al rematar de un llano,
Por una angosta senda que cruzaba,
Un Indio laso, flaco, y tan anciano,
Que apenas en los pies se sustentaba;
Corvo, espacioso, débil, descarnado,
Qual de raíces de árboles formado.

Espantado del talle y la torpeza
De aquel retrato de vejez tardia
Llegué por ayudarle en su pereza,
Y tomar lengua dél, si algo sabia:
Mas no sale con tanta ligereza,
Sintiendo los lebreles por la via,
La temerosa gama fugitiva,
Como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo sin mas atencion y advertimiento,
Arrimando las piernas al caballo,
A mas correr salí en su seguimiento,
Pensando aunque volaba de alcanzallo:
Mas el viejo dexando atras el viento,
Me fué forzoso á mi pesar dexallo,
Perdiéndole de vista en un instante,
Sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la baxada de un repecho
Cerca de dos caminos desusados,
Por donde corre Rauco mas estrecho
Que le ciñen dos cerros los costados:
Y mirando á lo baxo y mas derecho
En una selva de árboles copados,
Ví una mansa corcilla junto al rio,
Gustando de las hierbas y rocio.

Ocurrió luego á la memoria mia,
Que la razon en sueños me dixera
Como habia de topar acaso un dia
Una simple corcilla en la ribera:
Y así yo, con grandísima alegría,
Comencé de baxar por la ladera
Paso á paso siguiendo el un camino,
Hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacia la tierna hierba libremente:
Pero quando sintió ya mis pisadas,
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dexó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha p áspera vereda.

Comencéla á seguir á todo priesa,
Labrando á mi caballo los costados;
Mas tomando otra senda, que atraviesa,
Se entró por unos ásperos collados:
Alcabo enderezó á una selva espesa
De matorrales y árboles cerrados,
Adonde se lanzó por una senda,
Y yo tambien trás ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino
Sobreviniendo un ayre turbulento,
Y así de acá y de allá fuera de tino
De una espesura en otra andaba atiento:
Vista pues mi torpeza y desatino
Arrepentido del primer intento,
Sin pasar adelante me volviera,
Si alguna senda, ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,
Que la oculta salida no acertaba,
Quando sentí por el siniestro lado
Un arroyo que cerca murmuraba:
Y al vecino rumor encaminado,
Al pie de un roble que á la orilla estaba
Ví una pequeña y mísera casilla,
Y junto á un hombre anciano la corcilla.
El qual dixo: que hado, ó desventura
Tan fuera de camino te ha traído
Por éste inculto bosque y espesura,
Donde jamas ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
Andas de tus banderas foragido,
Haré quanto pudiere de mi parte
En búscarte el remedio y escáparte.
Viendo el ofrecimiento y acogida
De aquel estraño y agradable viejo,
Mas alegre que nunca fuí en mi vida
Por hallar tal ayuda y aparejo;
Le dixe la ocasion de mi venida,
Pidiéndole me diese algun consejo
Para saber la cueva dó habitaba
El mágico Fiton á quien buscaba.
El venerable viejo y padre anciano,
Con un suspiro y tierno sentimiento,
Me tomó blandamente por la mano,
Saliendo de su frágil aposento:
Y por ser á la entrada del verano,
Buscamos á la sombra un fresco asiento
En una pedregosa y fresca fuente,
Dó comenzó á decirme lo siguiente:

Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
El desdichado viejo Guaticólo,
Que en los robustos años fuí soldado
En cargo antecesor de Colocólo:
Y ántes por mi persona en estacado
Siete campos vencí de solo á solo;
Y mil veces de ramos fué ceñida
Esta mi calva frente envegecida.
Mas como en esta vida el bien no dura,
Y todo está sujeto á desvarío,
Mudóse mi fortuna en desventura,
Y en deshonor perpétuo el honor mio:
Que por estraño caso y suerte dura
Perdí con Aynavillo en desafío
La gloria en tantos años adquirida,
Quitándome el honor y no la vida.
Viéndome pues con vida y deshonrado,
Que mil veces quisiera ántes ser muerto,
De cobrar el honor desesperado
Me vine como ves á éste desierto:
Donde mas de veinte años he morado,
Sin ser jamás de nadie descubierto,
Sino agora de tí, que ha sido cosa
No poco para mi maravillosa.
Asíque tantos tiempos he vivido
En este solitario apartamiento,
Y pues que la fortuna te ha traído
A mi triste y humilde alojamiento,
Haré de voluntad lo que has pedido,
Que tengo con Fiton conocimiento,
Que aunque intratable y áspero es mi tio,
Hermano de Guarcólo padre mio.

Al pie de una espesísima montaña,
Pocas veces de humano pie pisada,
Hace su habitacion y vida estraña,
En una oculta y lóbrega morada,
Que jamás el alegre sol la baña,
Y es á su condicion acomodada,
Por ser fuera de término inhumano,
Enemigo mortal del trato humano.

Mas su saber y su poder es tanto
Sobre las piedras, plantas, y animales,
Que alcanza por su ciencia y arte quanto
Pueden todas las causas naturales:
Y en el escuro Reyno del espanto
Apremia á los callados infernales
A que digan por áspero conjuro
Lo pasado, presente, y lo futuro.

En la furia del sol y luz serena
De nocturnas tinieblas cubre el suelo,
Y sin fuerza de vientos llueve y truena
Fuera de tiempo el sosegado cielo:
El raudo curso de los rios enfrena,
Y las aves enmedio de su vuelo
Vienen de golpe abaxo amodorridas,
Por sus fuertes palabras compelidas.

Las hierbas en su Agosto reverdece,
Y entiende la virtud de cada una,
El mar revuelve, el viento le obedece
Contra la fuerza y órden de la luna:
Tiembla la firme tierra y se estremece
A su voz eficaz, sin causa alguna
Que la altere y remueva por de dentro,
Apretándose recio con su centro.

Los otros poderosos elementos
A las palabras deste están sujetos,
Y á las causas de arriba y movimientos
Hace perder la fuerza y los efetos;
Alfin por su saber y encantamientos
Escudriña y entiende los secretos,
Y alcanza por los astros influentes,
Los destinos y hados de las gentes.

No sé pues como pueda encarécerte
El poder deste Mágico adivino,
Solo en tu menester quiero ofrécerte
Lo que ofrécerte puede un su sobrino;
Mas para que mejor esto se acierte,
Será bien que tomemos el camino:
Pues es la hora y razon desocupada
Que podrémos tener mejor entrada.

Luego de allí los dos nos levantamos,
Y atando á mi caballo de la rienda,
A paso apresurado caminamos
Por una estrecha y intrincada senda:
La qual seguida un trecho nos hallamos
En una selva de árboles horrenda,
Que los rayos del sol y claro cielo
Nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debaxo de una peña socavada,
De espesas ramas y árboles cubierta,
Vimos un callejon y angosta entrada,
Y mas adentro una pequeña puerta
De cabezas de fieras rodeada,
La qual de par en par estaba abierta,
Por donde se lanzó el robusto anciano
Llevándome travado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos,
No sin algun temor de parte mia,
Quando á una grande bóveda salímos
Dó una perpétua luz enmedio ardia:
Y cada banda entórno de ella vimos
Poyos puestos por órden, en que habia
Multitud de redomas sobrescritas
De unguentos, hierbas, y aguas infinitas.
Vimos allí del Lince preparados
Los penetrantes ojos virtuosos,
En cierto tiempo y conjuncion sacados,
Y los del basilisco ponzoñosos:
Sangre de hombres bermejos enojados,
Espumajos de perros, que rabiosos
Van huyendo del agua, y el pellejo
Del pecoso Chersidros quando es viejo.
Tambien en otra parte parecia
La coyuntura de la dura hyena,
Y el meollo del Cencris, que se cria
Dentro de Lybia en la caliente arena;
Y un pedazo del ala de una harpía,
La hiel de la biforme Amphisibena,
Y la cola del áspide revuelta,
Que da la muerte en dulce sueño envuelta.
Moho de calavera destroncada
Del cuerpo que no alcanza sepultura,
Carne de niña por nacer sacada
No por donde la llama la natura:
Y la espina tambien descoyuntada
De la sierpe Cerastes, y la dura
Lengua de la Emorroys, que aquel que hiere
Suda toda la sangre hasta que muere.

Vello de quantos monstruos prodigiosos
La superflua natura ha producido,
Escupidos de sierpes venenosos,
Las dos alas del Iaculo temido,
Y de la Seps los dientes ponzoñosos,
Que el hombre, ó animal della mordido
De súbito hinchado como un odre,
Huesos y carne se convierte en podre.
Estaba en un gran vaso transparente
El corazon del Grifo atravesado,
Y ceniza del Fenix que en oriente
Se quema él mismo de vivir cansado:
El unto de la Scítala serpiente,
Y el pescado Echineys, que en mar airado
Al curso de las naves contravíene,
Y á pesar de los vientos las detiene.
No faltaban cabezas de escorpiones,
Y mortíferas sierpes enconadas,
Alacranes, y colas de dragones,
Y las piedras del Aguila preñadas:
Buches de los hambrientos tiburones,
Menstruo y leche de hembras azotadas,
Landres, pestes, venenos, quantas cosas
Produce la natura ponzoñosas.
Yo que con atencion mirando andaba
La copiosa botica embebecido,
Por una puerta que á un rincon estaba
Ví salir un anciano consumido:
Que sobre un corvo junco se arrimaba;
El qual luego de mí fué conocido
Ser el que habia corrido por la cuesta,
Que apenas le alcanzára una ballesta.

Diciéndome: no es poco atrevimiento
El que siendo tan mozo has hoy tomado
De venir á mi oculto alojamiento,
Dó sin mi voluntad nadie ha llegado:
Mas porque sé que algun honrado intento
Tan lejos á búscarme te ha obligado,
Quiero por esta vez hacer contigo
Lo que nunca pensé acabar conmigo.
Visto por mi apacible compañero,
La coyuntura y tiempo favorable,
Pues el viejo tan áspero y severo
Se mostraba doméstico tratable,
Se detuvo mirándome primero
Con un comedimiento y muestra afable,
Por ver si responderle yo queria;
Mas viéndome callar, le respondia,
Diciendo: ó gran Fiton, á quien es dado
Penetrar de los cielos los secretos,
Que del eterno curso arrebatado
No obedecen la ley á tí sujetos:
Tú que de la fortuna y fiero hado
Revocas, quando quieres, los decretos,
Y el órden natural turbas y alteras,
Alcanzando las cosas venideras:
Y por mágica ciencia y saber puro
Rompiendo el cavernoso y duro suelo,
Puedes en el profundo reyno escuro
Meter la claridad y luz del cielo:
Y atormentar con áspero conjuro
La caterva infernal, que con recelo
Tiembla de tu eficáz fuerza, que es tanta
Que sus eternas leyes le quebranta,

Sabrás que á este mancebo le ha traído
De tu espantoso nombre la gran fama,
Que en las Indias regiones estendido
Hasta el Artico Polo se derrama:
El qual por mil peligros ha rompido
Tras su deseo corriendo que le llama
A celebrar las cosas de la guerra,
Y el sangriento destrozo desta tierra.
Que estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel dia,
Súbito fué en un sueño arrebatado,
Viendo quanto en la Europa sucedia:
Donde le fué asímismo revelado,
Que en tu escondida cueva entenderia
Estraños casos dignos de memoria,
Con que ilustrar pudiese mas su historia:
Y que noticias le darias de cosas
Ya pasadas, presentes, y futuras,
Hazañas y conquistas milagrosas,
Peregrinos sucesos y aventuras,
Temerarias empresas espantosas,
Hechos que no se han visto en escrituras;
Este encarecimiento le molesta,
Y nos tiene suspensos tu respuesta.
Holgó el mago de oir quán estendida
Por aquella region su fama andaba,
Y vuelta á mí la cara envejecida
Todo de arriba abaxo me miraba:
Alfin con voz pujante y espedida,
Que poco con las canas conformaba,
Y aspecto grave y muestra algo severa,
La respuestra me dió desta manera:

Aunque en razon es cosa prohibida
Profetizar los casos no llegados,
Y es menor alargar á uno la vida
Contra los estatutos de los hados:
Ya que ha sido á mi casa tu venida
Por incultos caminos desusados,
Te quiero complacer, pues mi sobrino
Viene aquí por tu intérprete y padrino.
Diciendo así, con paso tardo y lento
por la pequeña puerta cavernosa
Me metió de la mano á otro aposento,
Y luego en una cámara hermosa,
Que su fábrica estraña y ornamento
Era de tal labor y tan costosa,
Que no sé lengua que contarlo pueda,
Ni habrá imaginacion á que no exceda.
Tenia el suelo por órden ladrillado
De cristalinas losas transparentes,
Que el color contrapuesto y variado
Hacía labor y visos diferentes:
El cielo alto diáfano estrellado
De inumerables piedras relucientes,
Que toda la gran cámara alegraba
La vária luz que dellas revocaba.
Sobre colunas de oro sustentadas
Cien figuras de bulto entórno estaban,
Por arte tan al vivo trasladadas,
Que un sordo bien pensára que hablaban:
Y dellas las hazañas figuradas
Por las anchas paredes se mostraban,
Donde se vía el extremo y excelencia
De armas, letras, virtud, y continencia.

En medio desta cámara espaciosa,
Que media milla en quadro contenia,
Estaba una gran poma milagrosa,
Que una luciente esfera la ceñia,
Que por arte y labor maravillosa
En el ayre por sí se sostenia,
Que el gran círculo y máquina de dentro
Parece que estrivaban en su centro.

Despues de haber un rato satisfecho
La codiciosa vista en las pinturas,
Mirando de los muros, suelo, y techo
La gran riqueza y varias esculturas,
El mago me llevó al globo derecho,
Y vuelto allí de rostro á las figuras,
Con el corvo cayado señalando,
Comenzó de enseñarme así hablando:

Habrás de saber, hijo, que estos hombres
Son los mas desta vida ya pasados,
Que por grandes hazañas sus renombres
Han sido y serán siempre celebrados;
Y algunos que de baxa estirpe y nombres
Sobre sus altos hechos levantados
Los ha puesto su próspera fortuna
En el mas alto cuerno de la luna.

Y esta bola que ves y compostura
Es del mundo el gran término abreviado,
Que su dificilísima hechura
Quarenta años de estudio me ha costado:
Mas no habrá en larga edad cosa futura,
Ni oculto disponer de inmóbil hado,
Que muy claro y patente no me sea,
Y tenga aquí su muestra y viva idea.

Mas pues tus apariencias generosas
Son de escribir los actos de la guerra,
Y por fuerza de estrellas rigurosas
Tendrás materia larga en esta tierra,
Dexaré de aclararte algunas cosas,
Que la presente poma y mundo encierra,
Mostrándote una sola que te espante,
Para lo que pretendes importante.

Que pues que en nuestro Arauco ya se halla
Materia á tu propósito cortada,
Donde la espada y defensiva malla
Es mas que en otra parte freqüentada:
Solo te falta una naval batalla
Con que será tu historia autorizada,
Y escribirás las cosas de la guerra
Así de mar, tambien como de tierra.

La qual verás aquí tal, que te juro
Que vista la tendrémos por dudosa,
Y en el pasado tiempo y el futuro
No se vió ni verá tan espantosa:
Y el gran Mediterraneo, mar seguro
Quedará por la gente victoriosa,
Y la parte vencida y destrozada
La marítima fuerza quebrantada.

Por tanto á mis palabras no te alteres,
Ni te espante el horrísono conjuro,
Que si atento con ánimo estuvieres
Verás aquí presente lo futuro;
Todo punto por punto lo que vieres
Lo disponen los hados, y aseguro
Que podrás como digo ser de vista
Testigo y verdadero coronista.

Yo con mayor codicia por un lado
Llegué el rostro á la bola transparente,
Donde ví dentro un mundo fabricado
Tan grande cómo el nuestro y tan patente:
Como en redondo espejo relevado
Llegando junto el rostro claramente,
Vemos dentro un anchísimo palacio,
Y en muy pequeña forma grande espacio.
Y por aquel lugar se descubria
El turbado y revuelto mar Ausonio,
Donde se difinió la gran porfia
Entre Cesar Augusto y Marco Antonio:
Así en la misma forma parecia
Por la banda de Lepanto y Favonio
Junto á las Curchulares ácia el puerto
De galeras el ancho mar cubierto.
Mas viendo las divisas señaladas
Del Papa, de Felipe, y Venecianos,
Luego reconocí ser las armadas
De los infieles Turcos y Christianos,
Que en órden de batalla aparejadas,
Para venir estaban á las manos,
Aunque á mi parecer no se movian,
Ni mas que figuradas parecian.
Pero el mago Fiton me dixo: presto
Verás una naval batalla estraña,
Donde se mostrará bien manifiesto
El supremo valor de vuestra España:
Y luego con ayrado y fiero gesto
Hiriendo el ancho globo con la caña
Una vez al través, otra al derecho,
Sacó una horrible voz del ronco pecho,

Diciendo: Orco amarillo, Cancerbero,
O gran Pluton, rector del baxo infierno
O cansado Caron, viejo barquero,
Y vos laguna Estigia, y lago Averno,
O Demogorgon tú, que lo postrero
Habitas del Tartareo reyno eterno,
Y las hervientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito, y Flegetonte:
Y vos, Furias, que así con crueldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las ínferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas:
Y vosotras Gorgoneas potestades,
Por mis fuertes palabras apremiadas,
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura esta naval pelea.
Y tú, Hécate, ahumada y mal compuesta
Nos muestra lo que pido aquí visible.
¿Hola, á quien digo, que tardanza esta,
Que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta,
Y os heriré con luz aborrecible,
Y por fuerza absoluta y poder nuevo
Quebrantaré las leyes del Erebo.
No acabó de decir bien esto, quando
Las aguas en el mar se alborotaron,
Y el seco lesnordeste respirando
Las cuerdas y anchas velas se estiraron,
Y aquellas gentes súbito anhelando,
Poco á poco á moverse comenzaron;
Haciendo de aquel modo en los objetos
Todas las demás causas sus efetos.

Mirando aunque espantado atentamente
La multitud de gente que allí habia,
Ví que escrito de letras en la frente
Su nombre y cargo cada qual tenia:
Y mucho me admiró los que al presente
En la primera edad yo conocia
Verlos en su vigor y años lozanos,
Y otros floridos jóvenes ya canos.
Luego pues los Christianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un Crucifixo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendimiento;
Todos humildemente le salvaron
Con grande devocion y acatamiento,
Baxo del qual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.
En esto con rumor de varios sones
Acercándose siempre caminaban,
Estandartes, banderas, y pendones
Sobre las altas popas tremolaban,
Las ordenadas bandas y esquadrones
Esgrimiendo las armas se mostraban
Entórno las galeras rodeadas
De canones de bronce y payesadas.
Mas en el baxo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grave cosa cante,
Que cierto es menester aliento nuevo,
Lengua mas espedida, y voz pujante:
Así medroso desto no me atrevo
A proseguir, Señor, mas adelante,
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oído.

El mismo, Canto XXIII.

ODA* I.

Pobre barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola.
¿Adonde vas perdida?
¿Adonde, dí, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeño en las defensas
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Quando por las riveras
Andas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas:
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.

* Estas tres Odas son dirigidas á un propio sugeto, que es la muerte de su muger, como lo prueba la ternura, é intension con que expresa los afectos de su ánimo.

Verdad es, que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla
Hasta dexar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas,
Volvieron venturosas.
No mires los exemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quien te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa.
Que presumir de Nave
Fortunas ocasiona.
¿Que jarcias te entretexen?
Que ricas vanderolas
Azote son del viento,
Y de las aguas sombra?
¿En que gabia descubres,
Del arbol alta copa,
La tierra en perspectiva
Del mar incultas orlas?
¿En que celages fundas,
Que es bien echar la sonda,
Quando, perdido el rumbo,
Erraste la derrota?

Si te sepulta arena,
¿Que sirve fama heróyca?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Que importa que te ciñan
Ramas verdes ó roxas,
Que en selvas de corales
Salado cesped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navios de alto bordo,
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de Barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Quando lamiendo rosas
El Zéfiro bullia,
Y suspiraba aromas.
Ya fieros uracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas
Abrazan pobres chozas.
Contenta con tus redes
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo, ¿que importa?

Quando de roxo nacar
Se asomaba la Aurora,
Mas peces te llenaban,
Que ella lloraba aljofar.
Al bello Sol, que adoro,
Enxuta ya la ropa,
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba Esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleyto, sin disgusto,
La muerte nos divorcia.
¡ Ay de la probre barca,
Que en lágrimas se ahoga !
Quedad sobre el arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fixas luces doras,
¡ O dueño de mi barca !
Y en dulce paz reposas :
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás me lleve
Mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue,
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las Deidades sordas.

¡Mas ay! que no me escuchas;
Pero la vida es corta,
Viviendo todo falta,
Muriendo todo sobra.

LOPE DE VEGA CARPIO.

ODA II.

PARA que no te vayas,
Pobre barquilla, á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
¿Pero tan grave peso
Cómo podrás sufrirle?
Si fuera de esperanzas,
No fuera tan dificil.
De viento fueron todas,
Para que no te fies
De grandes Océanos,
Que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peynando las arenas
Con circulos sútiles
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos
Porque no los avisen.
Pero en llegando al golfo,
No hay monte que se empine
Al Cielo mas gigante,
Adonde tantos gimen.

Traydoras son las aguas:
Ninguna se confie
De condicion tan fácil,
Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
A las gavias permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas,
De Scilas, y Caribdis,
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco
Del agua te retires.
No intentes nuevas tablas,
Ni el viento desafies
Que ruinas del tiempo,
Ninguna enmienda admiten.
Mientras te cuelgo al templo
Victorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
Ninguna fuerza humana
Al tiempo se resiste.
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas
Ayrado el viento silve.

No admires los que salen,
Ni barco nuevo envidies,
Porque le adornen járcias,
Y velas le entapizen,
A climas diferentes
La herrada proa inclinen
Las poderosas Naves
De Césares Felipes.
Antárticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
Zafiros y amatistes.
Las armas de las popas,
Con generosos timbres,
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren.
Y tú de solo el cielo
Cubierta, no porfies
A volver á las ondas,
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas
Siendo al furor de Aquiles
Eneas el siliencio,
Y la virtud Anquises.
Quando tu dueño y mio
En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir á recibirme,
Aun no mostraba el Alba
Sus candidos perfiles
Riendo en azucenas
Llorando en alelíes.

Quando á buscar regalos
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del reyno de Anfitrite:
Ni temias tormentas,
Ni encantadoras Circes,
Que ya para Sirenas
Era mi amor Ulises.
Y aun me vieron á veces
Sus cristalinas sirtes
Buzano de las perlas,
Y de los peces lince.
¿Que pesca no le truge,
Quando la noche viste
De sombras estos montes,
Que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,
Sino en texidas mimbres,
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime,
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pie mide
Los edificios altos,
Y las chozas humildes.
Se la robó la tierra,
Y con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos,
Ya de los cielos Iris.

Aquellas esmeraldas,
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten.
Aquellos que tuvieron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre:
Ya de su voz no tienen
Que propiamente imiten
Dulcísimos pasages
Los Ruyseñores tiples.
No sé qual fué de entrambos,
Bellísima Amarilis,
Ni quien murió primero,
Ni quien ahora vive.
Presumo que trocamos
Las almas al partirte:
Que pienso que es la tuya
Esta que en mí reside.
Tendido en esta arena
Con lágrimas repite
Mi voz tu dulce nombre,
Porque mi pena alivie.
Las ondas me accompañan,
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia
Que de verme y oirme
No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.

Levantan las cabezas
Las focas y Delfines
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,
Que llore y que suspire
Aquel barquero pobre,
Que alegre conocisteis;
Aquel que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama,
Que á los estudios sigue.
Ya por desdichas tantas
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige,
Ya mi amado instrumento
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces
Ayer pedazos hice:
Supiéron lo barqueros
Enojados me riñen:
Qual toma los fragmentos,
Y á unirlos se apercibe;
Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de que sirven?

Qual le compone versos:
Qual, porque no le pisen,
Le cuelga de las ramas,
Transformacion de Tisbe.
Mas yo que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
A quanto me dixeron
Llorando satisfice.
Primero que me alegre,
Será posible unirse
Este mar al de Italia,
Y el Tajo con el Tibre.
Con los Corderos mansos
Retozarán los Tigres,
Y faltará á la Ciencia
La Envidia, que la sigue.
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile,
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique.
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfie,
Tan dulces pensamientos
Serán despues fenices.
En bronce sus memorias,
Con eternos buriles,
Amor, que no con plomo,
Blando papel imprime.
¡O luz, que me dexaste,
Quando será posible,
Que vuelva á verte el alma,
Y que esta vida animes?

Mis soledades siente;
¡ Mas ay ! que donde vives,
De mil deseos locos
En dulce paz te ries.

EL MISMO.

ODA III.

¡ Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas, y las fieras !
Las unas, que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas.
Las otras, que bramando
Ya tiemblan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿ Como sin alma vivo
En esta seca arena ?
¿ O cómo espero el dia,
Si está mi Aurora muerta ?
¿ O pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que pues ya viven juntas,
Entrambas amanezcan ?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella :
Què, aunque de noche salen,
Padece noche eterna

Alma, Venus divina,
Que dia y noche muestras
La senda del Aurora
Y del mayor Planeta,
Por esta noche sola
Dále la presidencia;
Pues sabes que te iguala
Su luz, y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla probre y yerma,
De la proa á la popa,
Tus jarcias y tus velas.
No ya tendal te vista,
Ni te coronen fiestas
Maritimos hinojos,
Mas venenosa adelfa.
Las Juncias y espadañas,
Que de aquestas riberas
Con sus dorados lirios
Tegidas orlas eran,
Y los laureles verdes
Secos tarayes sean:
Lo inutil de sus hojas
Mis esperanzas tengan:
Y rompaste de suerte
Que parezcas deshecha,
Cabaña despreciada,
Que los pastores dexan.
No ya por la mesana
Tus flamulas parezcan
Sierpes de seda al viento,
De tafetan cometas.

No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan.
No las desnudas Ninfas,
Quando la vela tiendas,
A la embreada quilla
Arrimen las cabezas.
Deshechos uracanes
Te saquen y te vuelvan;
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, o Barqueros,
Que en aquestas Aldeas
Dejais vuestras esposas
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan,
Pues viven retiradas
Las barcas, y las pescas,
Ayudan con suspiros
Mis lastimosas quexas.
El que á la mar saliere,
Para que presto vuelva,
Embarquese en mis ojos,
Y le tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,
Ni venga, ni me vea,
Que volverá de verme
Con immortal tristeza.

Cortad ciprés funesto,
Y accompañad mi pena
Con versos infelices
De miseras elegias;
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exequias
De mi querida esposa
Tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos,
Donde esculpidas tenga
La desdeñosa Dafne,
Y la amorosa Leda.
Aquella verde Laura,
Y con las plumas esta
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Elena.
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros mios,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
Las Driadas, y Oreas,
Aquellas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
Para que doble el llanto
Tan misera tragedia.
Ya es muerta, decid todos,
Ya cubre poco tierra
La divina Amarilis,
Honor y gloria vuestra.

Aquella, cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Musicos celestiales
Orfeos de almas eran:
Cuyas hermosas niñas
Tenian, como Reynas,
Doseles de su frente,
Con armas de sus cejas:
Aquella, cuya boca
Daba leccion risueña
Al mar de hacer corales,
Al Alva de hacer perlas:
Aquella que no dixo
Palabras estrangeras
De la virtud humilde,
Y la verdad honesta:
Aquella, cuyas manos,
De vivo azar compuestas,
Eran nieve en blancura,
Cristal en transparencia:
Cuyos pies parecian
Dos ramos de azucenas,
Si para ser mas lindas
Nacieran tan pequeñas.
La que en la voz divina
Desafió Sirenas,
Para quien nunca Ulises
Pudiera hallar cautela.
La que añadio al Parnaso
La musa mas perfecta,
La virtud, y el ingenio,
La gracia y la belleza.

Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La envidia oir su fama,
Ni ver su gentileza.
Venid á consolarme,
Si puede ser que sea:
Mas no vengais, Barqueros,
Que no quiero perderla.
Que si mi vida dura,
Es solo porque sienta
Mas muerte con la vida,
Mas vida, que sin ella.
Ya roto el instrumento,
Los lazos, y las cuerdas,
Lo que la voz solía,
Las lagrimas celebran.
Sù dulce nombre llamo;
Mas poco me aprovecha,
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena.
Mi propia voz me engaña,
Y como voy tras ella,
Quanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,
Salen del alma sombras
A fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia extrema,
Lo que imagino abrazo,
Por ver si efecto engendra.

Pero en desdicha tanta,
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engañaba
Desengañados quedan.
¡Que alegre respondia,
Dividiendo risueña
Aquel clavél honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cogia de sus hojas
La risa con las perlas!
Mas ya no me responde
Mi dulce amada prenda,
Que en el silencio eterno
A nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
En soledad me dexan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca:
Y donde tantas miro,
(Que locura tan nueva!)
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
No hay arbol donde tubo
Alguna vez la siesta
Que no le abrace, y pida
La sombra que me niega.
Y entre estas soledades,
Con ansias tan estrechas,
No miro su retrato,
Y muerome por verla.

Que no pueden los ojos
Sufrir que muerta sea
La que tan lindo talle
Pintada representa.
Lo que deseo huyo,
Porque de ver me pesa
Que dure mas el arte,
Que la naturaleza:
Sin esto, porque creo,
(Como me mira atenta)
Que pues que no me habla,
No debe de ser ella.
Pintóla francelise:
De las paredes cuelga
De mi cabaña pobre:
¡Mas que mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan.
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirase flores,
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta:
La muerte, porque huye,
La vida, porque espera.
Quando Barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amaron vivas,
Olvidan, y se alegran,

Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hacer en mi los tiempos
A su memoria ofensa.
Porque si alguna cosa,
Aun suya me consuela,
Ya pienso que la agravio,
Y dexo de tenerla.
Así lloraba Fabio
Del mar en las riberas
La vida de Amarilis,
La muerte de su ausencia.
Quando atajaron juntas,
Con desmayada fuerza,
El corazon, las ansias,
Las lágrimas, la lengua.
Amor que le escuchaba,
Dixo: la edad es esta
De Píramo, y Leandro,
De Porcia, Julia, y Fedra.
Que no son de estos siglos
Amores tan de veras,
Que ni el morir los cura,
Ni el tiempo los remedia.

EL MISMO.

CANCION MORAL.

Por quan dichoso estado
Aquel puede tenerse,
Que con pobre posada está contento,

Pues vive descuidado,
Sin mas entremeterse
En honras vanas, que se lleva el viento:
Alegre en su aposento,
No envidia de los Reyes
Los levantados techos
De cedro y nogal hechos,
Que están quitando y añadiendo leyes;
Ni de sus Tronos Reales
Los diamantes, Zafiros, y cristales.
Con un pobre sustento
Está mas satisfecho,
Que los Grandes con todos sus banquetes:
Qualquier mantenimiento
Le entra en mas provecho,
Que á ellos las dulces salsas y saynetes;
Ni llegan los molletes
De la leche cuajados
Al pan grande y moreno,
Revuelto con centeno:
Pues le son mas sabrosos sus bocados
Que todas sus perdices,
Pavos, pollas, capones, codornices.
El oficio encumbrado
No pretende en palacio;
Mas ántes aborrece aquella alteza,
Por no estár obligado
A contar muy despacio
Del Señor la virtud y la grandeza,
Que quiza era baxeza,
Si bien se averiguára;

Mas por dárle contento
Le alaba el pensamiento,
Estándole mirando cara á cara,
Donde ha de ser su oficio
Publicar por muy bueno lo que es vicio.
No negocia las plazas,
Las ricas dignidades,
Ni hay alguna tan alta que le asombre:
Tan solo con sus trazas
Olvida vanidades,
Sin procurar engrandecer su nombre,
Por conocer que es hombre
De humilde y baxa suerte;
Y por mejor que alcance
Y eche el mejor lance,
Ha de dar en el lance de la muerte,
De dó vendrá á tal baxa,
Que por mucho le quepa una mortaja
Los censos y los Juros,
Alcavalas y rentas,
Las tierras, posesiones y heredades,
Los vinculos seguros
Traen cien mil tormentas,
Que el ambicion levanta tempestades;
Es mar de novedades,
De tal linage y suerte,
Que aun el hijo á la madre,
Al abuelo y al padre,
Por heredarles, los desea la muerte;
Pero del pobre el hijo
Muestra, en viendo á su padre, regocijo.

Las salas entoldadas
De sedas y brocados,
Las anchas casas y soberbias puertas
De jaspe fabricadas,
Los costosos estrados,
Las bajillas de plata descubiertas,
Las ricas antepuertas,
No pueden igualarse
Al poco ajuar que tiene;
Pues solo le conviene
Aquello con que puede sustentarse;
Y aunque nada le sobre,
Contento vive, sin mirar que es pobre.
El verse respetado,
Cercado de sus pages,
Que son nuestros forzosos enemigos:
Aquel andar hinchado,
Haciendo mil visages,
Aun con aquellos que habla por amigos,
Que luego son testigos
En plazas y cantones
De sus vicios y excesos,
Haciéndole procesos
Con dañadas entrañas y entenciones;
Pero al pobre humilde
No le pueden notar en una tilde.
Aquellas camas blandas
De la delgada pluma,
Las colchas y las sabanas delgadas
Con encages de randas
No se igualan en suma

A sus bastos colchones y frazadas,
Ni á las pobres almoadas,
Pues en ellas reposa;
Pero el rico de fama
Dá vuelcos en la cama,
Como la mala vida allí le acosa,
Y la triste conciencia
Aun en sueños le llama á penitencia.
Aquellas reverencias
Tan largas y cumplidas
El hablarles hincada la rodilla,
Con tantas advertencias
En uso recibidas
Del que leyó del mundo la cartilla:
¡O mundana polilla,
Que tanto mal has hecho!
Pero el pobre en sus dias
No quiere fantasías,
Pues quando tenga levantado el pecho,
Y la vela en la mano,
Irá sin estos cargos mas liviano.
La capilla adornada
De armas y blasones,
Los tumulos de jaspe fabricados,
La losa rotulada,
Los antiguos pendones
De Moros y de Alarabes ganados,
Los bultos bien labrados
De marmol tan costoso,
Que se ven por defuera;
Mas si alguno los viera

Por de dentro, quedára temeroso;
Y si otra vez entrára
Los ojos por no vérlos se tapára.
La antigua casa y rica
De sólar conocido,
De sus pasados los famosos hechos,
Que la fama publica,
Le traen desvanecido,
Como si acaso no fuesen deshechos,
Polvo y cenizas hechos;
O mire las señales
Que quedan de su suerte
En manos de la muerte,
Por ser pension que pagan los mortales,
Los Reyes y villanos,
Ser hediendo manjar de los gusanos.
Cancion, si de este punto
Pasar el sentimiento me dexára,
Aun mas dixera junto
Y con vos, como pobre descansára;
Mas en tal pensamiento
Falta la vòz, y cánsase el aliento.

ANDRES DE PEREA.

CANCION.

Las Ruïnas de Italica.

Estos, Fabio, ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Italica famosa.
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente:
De su invencible gente
Solo quedan memorias funerales,
Donde erraron ya sombras de alto exemplo.
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las thermas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas.
Las torres que desprecio al ayre fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo Xaramago,
Ya reducido á tragico teatro,
O fabula del tiempo, represénta
Quanta fué su grandeza y es su estrago.
¿Como en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Donde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Donde está el atleta fuerte?

Todo despareció: Cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo dá en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos:
Y miran tan confusos lo presente
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postro la tierra
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido Gaditano.
Aquí de Elio Andriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el Cesar fabricada
Ay! yace de lagartos vil morada.
Casas, jardines, Cesares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados
Mira estatuas soverbias que violenta
Nemesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á Su antiguo muro,

Y á tí Roma á quien queda el nombre apenas,
¡O patria de los Dioses y los Reyes!
Y á tí á quien no valieron justas leyes,
Fabrica de Minerva, sabia Athenas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
Que no os respetó el hado, no la muerte,
Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
¿Mas para que la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta exemplo menor, basta el presente,
Que aun se ve el humo aquí, aun se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento,
Tal genio, ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye que llorando,
Cayó Italica, dice: y lastimosa
Eco reclama Italica en la hojosa
Selva que se le opone resonando,
Italica: y el claro nombre oido
De Italica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina,
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.
Esta corta piedad que agradecido
Huesped á tus sagrados Manes debo,
Les dó y consagro, Italica famosa:
Tú (si lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa)
Permiteme piadosa
Usura á tierno llanto

Que vea el cuerpo santo
De Geroncio tu martir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cabaré con lagrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado:
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que ayrado quitó el cielo.
Goza en las tuyas sus relíquias bellas
Para invidia del mundo y las estrellas.

DN. FCO. DE RIOJA.

ODA.

De la Felicidad de la Vida del Campo.

¡ QUAN bienaventurado
Aquel puede llamarse,
Que con la dulce soledad se abraza,
Y vive descuidado!
Y lejos de empacharse
En lo que al alma impide y embaraza,
No vé llena la plaza,
Ni la soberbia puerta
De los grandes Señores,
Ni los aduladores,
A quien la hambre del favor despierta:
No le será forzoso
Rogar, fingir, temer, y estar quejoso.
A la sombra holgando
De un alto pino, ó robre,
O de alguna robusta y verde encina,
El ganado contando

De su manada pobre,
Que por la verde selva se avecina;
Plata cendrada y fina,
Oro luciente y puro
Bajo y vil le parece;
Y tanto lo aborrece,
Que aun no piensa que dello está seguro;
Y como está en su seso,
Rehuye la cerviz del grave peso.
Convida á un dulce sueño,
Aquel manso ruido
Del agua, que la clara fuente envia;
Y las aves sin dueño,
Con canto no aprendido
Hinchen el ayre de dulce harmonía;
Háceles compañía,
A la sombra volando,
Y entre varios olores,
Gustando tiernas flores
La solícita abeja susurrando:
Les arboles, el viento,
Al sueño ayudan con su movimiento.

GARCILASO DE LA VEGA.

MONOSTROFE* I.

Del Amor.

En medio del silencio,
Quando la Ursa corre

* Estos Monóstrofes son traducidos de Anacreonte.

Veloz ácia la mano
De la estrella Boótes:
Quando el piadoso sueño
Esparce sus licores,
Suspendiendo el trabajo
De los cansados hombres,
Amor á mis umbrales
Llegó acaso una noche,
Y llamando á las puertas,
Del sueño despertóme.
¿ Quien es el atrevido,
Airado dije entónces,
Que á tales horas llama,
Y al que duerme interrompe?
Abre, piadoso huesped,
Las puertas, me responde,
Y deja el miedo, amigo,
Que mi llamar te pone:
Porque soy un muchacho,
Que ando toda la noche
Perdido por ser ciego,
Y helado por ser pobre.
Yo movido á sus ruegos,
Y amigable á sus voces,
Las puertas abrí luego
Porque entre el que las rompe:
Quando ví un niño ciego,
Al modo de los dioses,
Con alas en sus hombros,
Y en su carcax arpones.
Subíle á mi aposento,
Encendí mis carbones,

Enjugué sus cabellos,
Y apagué sus temblores.
Sus manos con las mias
Le apreté, y él entónces
Viéndose redimido
Del hielo y sus rigores,
Probemos, dice, el arco,
Por si el nervio se encoge:
Y estirando la cuerda
El pecho atravesóme.
Luego con mil risadas
De mi casa saliése,
Diciendo al despedirse:
Huesped, queda á los dioses;
Pero primero advierte,
Que tras hacer tal golpe,
Mis arcos quedan sanos,
Y tú con mil dolores.

DN ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

MONÓSTROFE II.

Del Oro.

No amar es cosa dura.
Y amar es dura cosa;
Pero amar sin retorno
La mas dura de todas.
En el amor se olvida
La sangre generosa;
Ni ya valen costumbres

Honradas ni ingeniosas.
Solo el Oro es quien priva,
Su lindeza es la sola;
Pues, ah! muera el primero
Que apuró sus escorias.
Por este los hermanos
Mas hermanos se odian,
Los padres se desprecian,
Las guerras se alborotan:
Y lo peor de todo
Es, que quantos adoran
Perecen solamente
Por esta peste sola.

EL MISMO.

MONÓSTROFE III.

De su Gusto.

Amo al que es viejo verde,
Y amo al que es mozo y bayla,
Ambos á dos me alegran,
Y ambos á dos me agradan.
El viejo, si es de gusto,
Solo es viejo en las canas,
Que para las holguras
Es muchacho en el alma.

EL MISMO.

IDILIO ANACREÓNTICO.

Leandro y Hero.

Musa, tú que conoces
Los yerros, los delirios,
Los bienes y los males
De los amantes finos;
Dime, ¿quién fué Leandro?
¿Que dios, ó que maligno
Astro en las fieras ondas
Cortó á su vida el hilo?
Leandro, á quien mil veces
Los duros egercicios
Del estadio ciñeron
De rosas y de mirtos;
Ya en la robusta lucha,
Ya con el fuerte disco,
Ya corriendo ó nadando
Diestro, gallardo, invicto,
Amaba á Hero divina,
Bellísimo prodigio
Sobre quantas bellezas
Sesto admiró y Abido.
Negro el cabello, ufano
De naturales rizos,
Realzaba del cuello
Los cándidos armiños.
En proporcion y gracia
De rostro, talle, y brio,
Quiso ostentar el Cielo
Esmeros peregrinos.

Pero en los ojos.... ¡ dioses
¿ Que quiso, ó que no quiso,
Para que fuesen obra
Digna de quien los hizo?
De ellos amor tomaba
Fuegos arrojadizos,
Quando abrasar queria
Tierra, cielos y abismo
Pero aun mas que otras gracias
Brillaba el atractivo,
De una modestia humilde
De un natural sencillo.
Tal entre los celages
De nubes, escondidos,
Vibran del Sol los rayos
Ardores mas activos.
Y tal entre las flores,
A gustos esquisitos
Mas que una rosa agrada
Un cárdeno jacinto.
Vióla Leandro un dia
En los cultos festivos,
Que á Venus tributaban
De Sesto los vecinos.
(Que era Sacerdotisa
Del templo y sacrificio;
Y aun emulaba en todo
Al sacro Numen Ciprio.)
Vióla en el gran concurso
De los solemnes ritos
Brillar único osombro:
Vióla, y quedó perdido.

Y á la deydad del templo
Con el nuevo, excesivo
Ardor, que le abrasaba,
Frenético le dijo:
Gran diosa de Citera,
De Pafos y de Gnido,
Esta mortal belleza
Es tu traslado vivo.
Perdona pues, si á ella
Tus mismos cultos rindo
Y si un traslado adoro,
Equívoco contigo.
Oyó Venus sus voces,
Oyólas el dios niño,
Y decretaron ambos
Venganzas y castigos.
¿Tanto el enojo puede
En ánimos divinos?
¿Un lenguage del alma
Ha de ser un delito?
Dígame el que conozca
A Venus y á Cupido,
¿Si es mas cruel la madre,
O es mas cruel el hijo?
Que sé yo: cruel la madre:
Cruel y vengativo
Es el hijo, que egerce
Tiránicos caprichos.
Miró tierno Leandro,
Habló amante, instó fino,
Ya mudo, ya eloqüente,
Con ojos y suspiros.

Oyóle Hero con pecho
Ya tímido, ya esquivo;
Mas poco á poco un fuego
La entró por los sentidos:
Un fuego, que es veneno,
Un fuego, que es martyrio,
¿Si es martyrio y veneno,
Como es apetecido?
De una torre en la playa
El murado recinto,
De esta Sacerdotisa
Era albergue y retiro.
Allí, cautos sus padres,
Del concurso y bullicio
Este bello tesoro
Guardaban escondido.
Mas contra amor ¿que muro
Será seguro asilo,
Si todo lo penetran
Sus vencedores tiros?
Leandro enamorado,
Resuelto y atrevido,
Los reparos allana,
Desprecia los peligros.
Pasar nadando ofrece
Del uno al otro sitio
Prometiendo Himeneos
Nocturnos y furtivos.
Mas sobre las almenas
De la torre encendido
Quiere que un farol arda,
De sus bodas testigo.

Cuya luz para el nuevo
Peligroso camino
Sirva de norte y guia
En rumbos no sabidos.
Arde, farol: no ceses,
Astro de amor benigno;
Que astro serás de muerte,
Si se apaga tu brillo.
¿Quien podrá de un amante
Esforvar los designios
Si el amor é Himeneo
Los promueven unidos?
Lleno ya de esperanzas
Vuelve Leandro á Abido,
Y cuenta los instantes
Como si fueran siglos.
Aquel dia primero
Parecióle infinito,
La luz del Sol odiosa,
Larguísimo su cielo.
Solo impaciente anhela,
Que se anticipe el giro
De la estrellada noche
Las sombras de Cocito.
Llegó en fin de las sombras
El lóbrego dominio,
Obscureciendo obgetos
Remotos y vecinos.
El jóven en la playa,
Arrojando el vestido,
A las ondas se entrega
Con intrépido brio;

Y alternando de brazos
Y pies el egercicio,
Agil y diestro rompe
El ímpetu marino.
Nereydas, que asustadas
En vuestros cristalinos
Palacios, admirasteis
Empeño tan no visto,
Decidme, ¿como pudo
Imitador de Frixo,
Surcar el Ponto, siendo
piloto de sí mismo?
Mas ya habia gran trecho
Del piélago vencido
Y ya el cansado brazo
Rehusaba su oficio:
Clara brillante Luna
Con rayos reflexivos
De Anfitrite á los campos
Daba argentados visos:
Leandro ya al extremo
Término reducido,
A su favor acude
En el fatal conflicto.
Diosa triforme, dice
Con ánimo sumiso,
Protectora de amantes
Propensa siempre á oirlos:
Si los casos de Latmo
No has puesto aun en olvido
Y sabes lo que puede
Un amor como el mio,

Séame aquí tu Numen
Favorable y propicio,
Y en la playa de Sesto
Dame el puerto que pido.
Fuese el favor del Numen,
O fuese el norte fijo
Del Farol, que ya cerca
Vió arder con grato auspicio:
O fuese amor, que suele
Con prósperos principios
Atraer los amantes
A infaustos precipicios;
Cobrando nuevo aliento
A esfuerzos repetidos,
Afierra de la arena
El suelo movedizo.
Allí á guardarle sola
Su fina esposa vinó;
Y al verle tiembla toda
De susto y regocijo.
Vén, esposo, le dice:
Llega á los brazos mios:
Para expónerte tanto
¿Como ha de haber motivo?
Amor venció tan duro
Insólito camino.
¿Como vienes? ¿que Numen
Tu conductor ha sido?
Así diciendo, enjuga
Los restos del rocío
Salobre, que del cuerpo
Corrian hilo á hilo;

Y á la torre le guia,
Aliviando el prolijo
Afan, con oficiosos
Brazos entretegidos.
Entretanto Himeneo,
Volando en torno, el vivo
Sagrado fuego enciende
De sus nupciales pinos.
Pero ántes que saliese
El astro matutino,
Ya volvia Leandro
A su confin nativo.
Así todas las noches
Por el silencio amigo
Iba nadando á Sesto,
Centro de sus cariños.
Tal ruiseñor amante
Vuela y revuela al nido,
Donde de su consorte
Le llama el tierno pico.
Pero en amor ¿que alhago
Se vió jamas continuo?
Movibles son sus dichas,
Sus escarmientos fijos.
En fin salió una aurora
Con ceño y desaliño:
Siguióse triste dia
En tenebroso Olimpo:
La noche añadió horrores:
Y para mas cumplirlos,
Dió licencia á los vientos
Eolo su caudillo.

Bóreas, Abrego, y Noto,
Con tropél improviso,
Turban las quietas ondas
Del Jonio y del Euxîno.
Bramaba el mar ayrado
Con espantable ruido,
Y respondia á truenos
Desgajado el Empireo.
Ardia el ayre á rayos;
Cuyo esplendor maligno
De la celeste saña
Era funesto indicio.
Siete dias pasaron
Sin mostrarse de Cintió
La luz, y siete noches
Sin luceros, ni signos.
Leandro en tanto triste
Anhela ver tranquilo
El mar, y ya calmados
Los vientos enemigos.
Pero al fin, impaciente,
Cediendo á su destino,
Fuése á la playa, y de esta
Manera habló consigo:
Corazon, ¿que te espanta?
Que importará, que tibios
Huyamos de una muerte,
Si de otra nos morimos?
Dijo; y de su arrestado
Amante desvarío
Impelido, se arroja
Al mar embravecido;

Y á pesar de su furia,
Contra los torvellinos
Lucha con fuerte brazo
Por no poco distrito.
Pero ya se redoblan
Del Aquílon los silvos,
Levanta el mar sus olas,
Aumenta sus bramidos.
¡Ay mísero Leandro!
Ya con dolor te míro
Contiguo á las estrellas,
Y al tártaro contiguo.
Agotadas las fuerzas,
Sin aliento, sin tino,
Y del farol amado
El claro norte extinto.
Viendo por todas partes,
Presente á los sentidos,
De la pálida muerte
El bárbaro cuchillo,
A las ondas se vuelve
Trémulo y semivivo,
Hallar piedad pensando
Donde nunca la ha habido.
Ondas, si darme muerte
Es decreto preciso,
No á la ida, á la vuelta
Mátadme á vuestro arbitrio.
Las crueles ondas niegan
Al ruego los oidos,
Y le sepultan dentro
De su profundo abismo.

Entónces, exhalando
El último suspiro,
Tres veces á Hero llama
Con lamentable grito:
Tres veces por el ayre
Repitieron distinto
El nombre aquellas playas,
Aquellos altos riscos.
Vióle el Alba otro dia,
Quando dejaba al Indo,
Y tuvo horror del triste
Espectáculo indigno.
Al pie de la alta torre,
Del mismo mar traido,
Yacía el infelice
Yerto cadaver frio,
Qual suele quedar mustio
Cardeno hermoso lirio,
Si le arrancó el arado,
O deshojó el granizo.
Vióle Hero, y de la torre
Se arroja sobre el mismo
Cadaver, y allí logra
En la muerte su alivio.
Así tuvieron ambos
Igual fin indiviso,
Viéndose en vida y muerte
Hero y Leandro vivos.
Es fama, que lloraron
De sestò los sombríos
Bosques, y que se oían
Mil veces los gemidos,

Y al huesped estrangero.
Llorando compasivo,
Contaba el triste caso
El morador de Abido.
Y hasta en lejanos climas,
Con flebil tierno estilo,
El trágico suceso
Cantaba el Peregrino.

Dn. Ignacio de Luzan.

SERMON ESTOYCO.

De Censura moral.

¡O corvas almas! ¡O facinerosos
Espíritus furiosos!
¡O varios pensamientos insolentes,
Deseos delinqüentes,
Cargados, sí, mas nunca satisfechos;
Alguna vez cansados,
Ninguna arrepentidos,
En la copia crecidos,
Y en la necesidad desesperados!
¿De vuestra vanidad, de vuestro vuelo
Que abismo está ignorado?
Todos los senos, que la tierra calla,
Las llanuras, que borra el Oceano,
Y los retiramientos de la noche,
De que no ha dado el Sol noticia al dia,
Los sabe la codicia del tyrano.
Ni horror, ni religion, ni piedad juntos

Defienden de los vivos los difuntos.
A las cenizas y á los huesos llega
Palpando miedos la avaricia ciega.
Ni la pluma á las aves,
Ni en los golfos del mar, ni en las riberas
El callado nadar del pez de plata
Les puede defender del apetito.
Y el orbe, que infinito
A la navegacion nos parecia,
Es ya corto distrito
Para las diligencias de la gula;
Pues desotros sentidos acumula
El vasallage, y ella se levanta
Con qanto patrimonio
Tienen, y los confunde en la garganta.
Y ántes que las desórdenes del vientre
Satisfagan sus ímpetus violentos,
Yermos han de quedar los elementos,
Para que el Orbe en sus Angustias entre.
Tú, Clito, entretenida, mas no llena,
Honesta vida gastarás contigo,
Que no teme la envidia por testigo
Con pobreza decente fácil cena:
Mas flaco estará, mas sano
El cuerpo desmayado que el ahito;
Y en la escuela divina
El ayuno se llama medicina,
Y esotro enfermedad, culpa y delito.
El hombre, de las piedras descendiente,
(¡Dura generacion, duro linage!
Osó vestir las plumas,
Osó tratar ardiente

Las líquidas veredas, hizo ultrage
Al gobierno de Eolo:
Desvaneció su presuncion Apolo,
Y en teatro de espumas
Su vuelo desatado,
Yace el nombre y el cuerpo justiciado,
Y navegan sus plumas.
Tal has de paceder, Clito, si subes
A competir lugares con las nubes.
De metal fué el primero
Que al mar hizo guadaña de la muerte;
Con tres cercos de acero
El corazon humano desmentia.
Este, con velas cóncavas, con remos,
¡ O muerte, o mercancia!
Unió climas extremos;
Y rotos de la tierra
Los sagrados confines,
Nos enseñó, con máquinas tan fieras,
A juntar las riberas;
Y de un leño, que el zéfiro se sorbe,
Fabricó pasadizo á todo el Orbe,
Adiestrando el error de su camino
En las señas que hace enamorada
La piedra Imán al Norte,
De quien amante quiere sea consorte;
Sin advertir que quando vé la estrella,
Desvarian los éxtasis en ella.
Clito, desde la orilla
Navega con la vista el Oceano:
Oyele ronco, atiéndele tyrano,
Y no dejes la choza por la quilla,

Pues son las almas que respira Tracia,
Y las iras del noto,
Muerte en el Ponto, música en el soto.
Profanó la razon y disfamóla
Mecánica codicia diligente,
Pues al robo de Oriente destinada,
Y al despojo precioso de Occidente,
La vela desatada,
El remo sacudido,
De mas riesgos que ondas impelido,
De aquilon enojado,
Siempre de hibierno y noche acompañado,
Del mar impetuoso,
(Que tal vez justifica el codicioso)
Padeció la violencia,
Lamentó la inclemencia,
Y por fuerza piadoso,
A quantos votos dedicaba á gritos
Previno en la bonanza
Otros tantos delitos
Con la esperanza contra la esperanza.
Este, al Sol y á la Luna,
Que Imperio dán y Templo á la Fortuna,
Examinando rumbos y concetos,
Por saber los secretos
De la primera madre,
Que nos sustenta y cria,
De ella hizo miserable anatomía:
Despedazóla el pecho,
Rompióle las entrañas,
Desangróle las venas,
Que de estimado horror estaban llenas:

Los claustros de la muerte
Duro solicitó con hierro fuerte.
Y espantará que tiemble algunas veces,
Siendo madre y robada
Del parto, á quanto vive preferido:
No des la culpa al viento detenido,
Ni al mar por proceloso;
De tí tiembla tu madre, codicioso.
Juntas grande tesoro,
Y en potosí y en Lima
Ganas jornal al cerro y á la sima.
Sacas al sueño, á la quietud desvelo,
A la maldad consuelo,
Disculpa á la traycion, premio á la culpa,
Facilidad al odio y la venganza,
Y en pálido color verde esperanza.
Y debajo de llave
Pretendes acuñados
Cerrar los dioses y guardar los hados;
Siendo el oro tyrano de buen nombre,
Que siempre llega con la muerte al hombre;
Mas nunca se advierte
Se llega con el hombre hasta la muerte.
Sembraste, ¡ó tú opulento! por los vasos,
Con desvelos del Arte,
Desprecios del metal rico, no escasos,
Y en discordes balanzas
La materia vencida,
Vanamente podrás despues preciarte,
Que induciste en la sed dos destemplanzas.
Donde tercera, aun hoy delicia alcanzas,

Ya la natureraleza pervertida
Con las del tiempo intrépidas mudanzas
Transfiriendo al licor en el Estío,
Prision de hibierno frio.
Al brindis luego el apetito hecio
Del murino y cristal creció así el precio,
Que fué pompa y grandeza
Disípar los tesoros
Por cosa ó vicio ciego,
Que pudiese perderse todo y luego.
Tú, Clito, en bien compuesta
Pobreza, en paz honesta,
Quanto ménos tuvieres,
Desarmarás la mano á los placeres,
La malicia á la envidia,
A la vida el cuidado,
A la hermosura lazos,
A la muerte embarazos,
Y en los trances postreros
Solicitud de amigos y herederos
Deja en vida los bienes,
Que te tienen, y juzgas que los tienes.
Y las últimas horas
Serán en tí forzosas, no molestas,
Y al dar la cuenta escusarás respuestas.
Fabrica el ambicioso
Ya edificio, olvidado
Del poder de los dias;
Y el palacio crecido
No quiere darse, no, por entendido
Del paso de la edad sorda y ligera,
Que fugitiva calla

Y en silencio mordaz, mal advertido,
Digiere la muralla,
Los Alcázares lima,
Y la vida del mundo poco á poco,
O la enferma ó lastíma.
Los montes invencibles,
Que la naturaleza
Eminentes crió para sí sola
(Paréntesis de Reynos y de Imperios)
Al hombre inaccessibles,
Embarazando el suelo
Con el horror de puntas desiguales,
Que se oponen erizo bronco al Cielo,
Despues que les sacó de sus entrañas
La avaricia, mostrándola á la tierra,
Mentida en el color de los metales,
Cruda y preciosa guerra,
Osó la vanidad cortar sus cimas;
Y desde las cervices
Hender á los peñascos las raices;
Y erudito ya el hierro,
Porque el hombre acompañe
Con magnifico adorno sus insultos,
Los duros cerros adelgaza en bultos,
Y viven los collados
En atrios y en Alcázares cerrados,
Que apenas los cubria
El campo eterno, que camina el dia.
Desarmaron la orilla,
Desabrigaron valles y llanuras,
Y borraron del mar las Señas duras;

Y los que en pie estuvieron,
Y eminentes rompieron
La fuerza de los Golfos insolentes,
Y fueron objecion yertos y frios
De los atrevimientos de los rios,
Ahora navegados
Escollos y collados,
Los vemos en los pórticos sombrios,
Mintiendo fuerzas y doblando pechos,
Aun Promontorios sustentar los techos.
Y el rústico linage,
Que fué de piedra dura,
Vuelve otra vez viviente en escultura.
Teme lo que desprecia la legumbre,
Leccion te son las hojas,
Y maestros las peñas:
Averguenzate, ¡ ó Clito!
Con alma racional y entendimiento,
Que te pueda en España
Llamar rudo discipulo una caña;
Pues si no te moderas,
Será de tus costumbres á su modo
Verde reprehension el campo todo.

D. Francisco de Quevedo

CANCION REAL.

A la poca Seguridad y Firmeza de las Cosas de esta Vida, bajo el Sugeto de una Dama.

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el ayre el pardo Gilguerillo,

Se sentó en los pimpollos de una haya,
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pagiza y baya;
Y zeloso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus zelos y amor junto,
Y al ramillo y al prado y á las flores
Libre y ufano cuenta sus amores.
Mas ¡ay! que en este estado
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
¡Ay vida malograda,
Retrato de mi suerte desdichada!
De la custodia del amor materno
El Corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores,
Y por la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizó á su madre mil amores:
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos,
Mas ¡ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,

Y á convertir se vino
En purpúreo el dorado vellocino.
¡ O inocencia ofendida !
¡ Breve bien, caro pasto, corta vida.
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca, con ligero vuelo
Se remonta la Garza á las estrellas,
Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del Cielo
La Reyna sola de las aves bellas ;
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del Lince mas atentos,
Y se contempla Reyna de los vientos.
Mas ¡ ay ! que en la alta nube
El Aguila se vió, y al Cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candídisimo desgarra
Del bello Ayron, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡ Ay pajaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero !
Al són de las belisonas trompetas
Y al retumbar del sonoroso parche
Formó esquadron el Capitan gallardo :
Con relinchos, bufidos y corvetas
Pidió el caballo que la gente marche
Trocando el paso de velóz en tardo :
Sonó el clarin bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida,

Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente que cantó victoria.
Mas ¡ay¡ que el desconcierto
Del Capitan visoño y poco experto,
Por no observar el órden,
Causó en su gente general desorden;
Y la ocasion perdida,
El vencedor perdió victoria y vida.
¡Ay fortunia voltaria,
En mis prósperos fines siempre varia!
Al cristalino y mudo lisonjero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplándose Venus en la tierra,
Y al mas rebelde corazon de acero
Con su vista enternece y alboroza,
Y es de las libertades dulce guerra:
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos;
Y de ellos son despojos
Los purísimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.
Mas ¡ay! que un accidente,
Apenas pulso el puso intercadente,
Quando cubrió de manchas
Cárdenas ronchas y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Y lo trocó en horrible y asqueroso.
¡Ay beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo debil de la mar son carros,
El Mercader surcó sus claras olas:

Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas Españolas:
Tremoló vanderolas,
Flámulos estandartes, gallardetes:
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto:
Mas ¡ay que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del Piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco,
Dió á fondo hecho mil piezas
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bagél, figura
Del que anegó mi próspera ventura!
Mi pensamiento con ligero vuelo,
Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, Señora, hasta tu cielo,
Y contrastando tu desden ayrado,
Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma;
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda tropa.
Mas ¡ay! que mi contento
Fué el Pajarillo y Corderillo esento:
Fué la Garza altanera:
Fué el Capitan, que la victoria espera:
Fué la Venus del mundo:

Fué la nave del piélago profundo;
Pues por diversos modos
Todos los males padecí de todos.
Cancion, ve á la coluna,
Que sustentó mi próspera fortuna,
Y verás que si entónces
Te pareció de mármoles y bronces,
Hoy es muger; y en suma
Tube bien, fácil viento, leve espuma.

BARTHOLOME LEONARDO DE ARGENSOLA.

CANCION.

A mi Patria *.

DESIERTOS riscos, solitarias breñas,
Peñascos duros, ásperos collados,
Agrias montañas que medís el Cielo:
Agua, que de la cumbre te despeñas
De los montes mas rígidos y elados,
Que cubre nieve, ni endurece el yelo:
Senoso y verde suelo,
Cuya profundidad y anchura apoca
Esta soberbia y levantada roca:
Ancha vega profunda,
Cuyos mas altos vultos
De aquí parecen á la vista ocultos:
Ruinas sacras dó la antigua Munda
Sobre peñas tajadas
Hizo temblar de Roma á las espadas:

* El motivo que determinó el Autor de esta cancion á compónerla, fué el de despédirse de su Patria por muchos años.

Oíd un rato á un hijo, que engendrastes
De las vivas entrañas producido,
Aunque de agena sangre alimentado;
Y si algun tiempo acaso os deleytastes,
Sabiendo que por tal hijo tenido
Fuí de estrañas Provincias alvergado,
Ya que determinado
Vengo de dar á Cesar su tributo,
Y de mi otoño el sazonado fruto,
(Aunque el abril lozano
Está en su fuerza y brio
Para durar en el intento mio)
Mi corazon entrego en vuestra mano,
Manso, rendido, humilde:
Albergad este hijo y recibilde.
¿Que espíritu encendído se vá entrando
Por mis medúlas ¿que furor me lleva?
¿Que nueva fuerza se infundió en mi pecho?
¿Que lágrimas mi rostro van bañando,
Y en un ardor, que mi sentido eleva,
Me levantan del suelo un grande trecho?
Tú, sacro Apolo, has hecho
Esta increible y súbita mudanza;
Mas tanto bien de Apolo no se alcanza.
Tú, dulce Patria mia,
Mi furor desenfrenas,
Y alborotas la sangre por mis venas:
Que en la presencia de este alegre dia
Gasta la sangre negra,
Los ojos humedece, el alma alegra.
Por el bronco arcaduz de mi garganta
Una entonada media voz se siente,

No clara voz, mas apacible un tanto:
Lleva el compas á lo que el alma canta
Un piadoso licor, que blandamente
Forman los ojos de alegría y llanto.
Ya doy principio al canto,
Que durará lo que la quarta Esfera
En salir de sus límites afuera
Tarde; y con furia inmensa,
Por la violencia suya,
Esta elemental máquina destruya,
Quando será en la general ofensa
Esta roca abrasada,
Vuelta en ceniza, y de ceniza en nada.
Hasta aquí han de llegar (¡ó Patria cara!)
Con el aplauso universal del mundo
Mis rudos versos y tu heróyca fama;
Y aquella generosa sangre clara
Del de Aguilar, que con ardor profundo
A su memoria con razon me llama,
Ya en mi pecho derrama
Otro nuevo furor de ardiente canto:
Aguarda, que ya tengo, martyr santo:
Aguarda, Alonso: aguarda,
Que ya el tiempo se llega,
En que del vulgo la ignorancia ciega
En tu memoria perezosa y tarda
Se deshaga y consuma
Con el son de tus armas y mi pluma:
Que no es razon que en tácito y confuso
Silencio quede la inmortal hazaña
Del que con santo corazon robusto
A la temprana muerte se dispuso

Por domar la cerviz bárbara estraña,
Y derribar al Ismaelita injusto.
Yo cantaré aquel justo
Zelo con que truxiste al barbarismo
A la sacra obediencia del Bautismo:
Y la Sierra nombrada,
Que de tu sangre y nombre
Cobró la honra y bautizó el renombre,
Por mis acentos quedará ilustrada:
Al uno y otro siento
Pedir á voces mi favor y aliento:
Que al revolver tan valerosa historia
Toparé de mi sangre algun pedazo,
Que al principal intento satisfaga;
Y aun herida del caso la memoria,
Levante con furor ayrado el brazo,
Vengar pensando la reciente llaga.
Esto daré por paga
(¡O Patria!) del talento que me diste,
Si acaso en paga tanto bien consiste;
Y estas cuevas confusas,
Que en tiempo de otras gentes
Fueron terrible albergue de serpientes,
Serán colegio de las sacras Musas,
Y en las cavernas hondas
Guadalecin sosegará sus ondas.
Resonará por este hondo rio,
Que al Oceano rinde su corriente,
(¡O Ciudad mia!) tu inmortal troféo;
Y á la sonora voz del canto mio
El gran señor del húmido Tridente
Hará parar las aguas de Letéo.

Parece que oygo y veo
En furor ya tus hijos encendidos,
De envidia acaso, con razon movidos,
Dejar atras mi verso,
Y con inmortal vuelo
Levántarse en sus plumas hasta el Cielo,
Y tu valor en todo el universo:
Tal es la fuerza viva
De tu ingenio y valor, si se cultiva.
Quando de mi presagio el desengaño,
En la ocasion que presurosa viene,
Descubrirá la muerte verdadera
Aquel sacro Pastor, que del rebaño,
Que es dedicado á Dios, la guarda tiene,
Y otros mayores justamente espera:
Quando de esta ribera
A la del fertil celebrado Tajo,
A repastar pasáre el nuevo atajo;
Quiza tendrá memoria
(¡O dulce Patria mia!)
De tus mansos corderos algun dia,
Que para siempre cantarán tu gloria,
Y con balido tierno
Gemirán por su pasto y su gobierno.
Será forzoso verte despojada
De su reliquia, su favor y amparo,
Antes que de su luz la noche vea:
Que á pura fuerza de razon, ganada
La voz del Pueblo, con sonido claro
Por mil partes le llama y le desea.
Ya el Tajo se recrea,
Y en la sacra ribera deleytosa

Con el bronco rumor la sonórosa
Rueda celebra el caso:
Las arenas doradas
Desean de sus pies verse pisadas:
La Ninfa Filódoce en aureo vaso
Flores destronca y rosas,
Que ceñirán tus sienes generosas.
Y aun no contenta tu fortuna en esto,
(Doctísimo Pastor) porque la paga
Crezca como el valor creciendo medra
Del suelo paternal á otro traspuesto,
Dó tu valor á Dios mas satisfaga,
Creciendo irás qual amarrada yedra
Hasta abrazar la piedra
Fundamental del Edificio eterno;
Dó por tu santo celestial gobierno,
De la Hesperia el ganado
Por el camino libre
Del agua irá á gustar del sacro Tibre,
Y el patrio pasto de Pacheco al prado,
Padre, pastor, paciente,
Pacífico, patron, pio, prudente:
Que si es la honra á la virtud debida,
Y en tan inumerable y larga suma
El premio corre al justo de la fama;
Antes que de estos miembros se despida
El alma suelta, volará mi pluma
Dó mi deseo y tu valor la llama:
Esparce en mí una llama
De ese tu excelso nombre la excelencia
Que manifiesta al pronunciar la esencia
Del sugeto excelente:

Tanto, que no se escapa
Pacheco de patron, palacio, papa;
Y si al nombrar Pacheco el *pa* se siente.
Antes que acabe el checo
Respóndeme otro *pa* corriendo el eco.
Despues (sacro Pastor) de tu alabanza,
Y del antecesor, tan claro al mundo,
Oirás, quando en heróycos versos cante,
Que él con valor, esfuerzo, espada, y lanza
Hará mi canto un canto sin segundo:
Yo con pluma inmortal haré que espante
A Orlando y Sacripante,
Y que sobre su tumba el mas famoso
Llore, qual de otro Achiles envidioso:
Y en tanto (¡ ó Patria amada !)
Alberga y da descanso
En tu regazo regalado y manso
A esta prenda en tus muros engendrada,
Mientras del pensamiento
La destrozada vela amayno al viento.
Recibe al cuerpo en tu piadoso seno,
Que del naufragio se escapó en la gavia,
Los encantos huyendo de Medusa:
Que si amansó mi canto al mar Tirreno,
Y al Bélgico furor ardiendo en rabia,
Y en el Lacio planté la Hesperia Musa;
La mesma piedad usa
Albergando en tu gremio al que engendraste.
Llorando en las mantillas me enviaste
Tierno, desnudo y pobre,
Y el pecho levantado
Rompió por la violencia de mi hado,

Por convertir en oro el primer cobre,
Por ásperos caminos,
De mil borrascas y tormentas dinos:
Llegado agora al deseado puerto,
En blando lloro el pecho enternecido
Envia al rostro la señal del centro:
Que estas ardientes lágrimas que vierto
No son causadas, no, del bien perdido,
Sino del gozo que se engendra dentro.
Ya en tus términos entro:
Salud y paz en dios, tajadas peñas:
Salud y paz, peñascos, montes, breñas,
Arboledas, corrientes:
Salud paz, y alegria,
Nobleza, amigos, sangre, patria mia:
Salud, Ciudad: salud plebeya gente:
Salud, dichoso Clero,
De quien mi gloria y mi reparo espero.
Saludad, Cancion mia, al que os leyere;
Y si acaso dijere
Que sois cansada y larga,
Decir que mas lo fué mi ausencia amarga.

VICENTE ESPINEL.

SILVA.

A la Pobreza.

DESDE el infausto dia
Que visité con lágrimas primeras,

Me tienes, ¡ó Probreza! compañia:
Aunque tan buena, como dicen, fueras,
Por ser tanto de mí comunicada
Me vinieras á ser menospreciada.
Diré tus males, sin que mucho ahonde
En ellos, que es muy raro
Lo que por glorias tuyas contar puedes;
Tal vez el que en su casa un monte asconde
De Numidia y de Paro
En arcos y paredes,
Quando entre el blando lino se rodea,
Puesto de los cuidados en el fuego,
Sin conócerte alaba tu sosiego,
Y nunca aunque lo alaba lo desea:
Llegas á ser de alguno al fin loada,
Mas de ninguno apenas deseada:
Si eres tú de los males
El que nos trata con mayor crueza,
¿Como podrá ninguno codiciarte?
Despues que nació el oro
Y con él la grandeza,
Murió tu ser, murió tu igual decoro,
En otra edad divino;
Sí, por eso, Pobreza, en toda parte
Con enfermo color andas contino.
Con preciosos metales
Siempre veo levantado
Lo que tienes tú sola derribado.
¿Que ciudad populosa
Se sabe que por tí se haya fundado?
¿Que fuerza inexpugnable y espantosa
Por tí se ha fabricado?

El suave color, la hermosura,
Solo en tu ausencia con su lustre dura.
Píntame la belleza
Mayor que imaginares
Compuesta de jazmines y de grana,
Si con vestido tuyo la adornares
Su lustre pierde y gracia soberana.
Pues quando el agro hibierno,
Hijo tuyo sin duda,
Que como tú tambien siempre desnuda,
Roba al bosque el verdor, y lo despoja
De su amarilla hoja,
Pobre por tí su frente,
Ni su sombra codicia y la gente,
Ni sus ramas las aves.
Y si yo vanamente no discierno,
¿Quando armarse pudieron vastas naves
Donde se vió tu sombra?
¿Quando exercitos gruesos?
El numero infinito de sucesos,
Que por tí han avenido ¿á quien no asombra?
Hablen los nunca sepultados huesos,
Que en las playas blanquean,
De tantos que por falta de sustento
Al mar rindieron el vital aliento.
¿Quantos has escondido
En los anchos desiertos,
Para que al mal seguro caminante
Asalten encubiertos?
¿O en quantas partes se verá teñido
El campo con la sangre de los muertos?
No hay voz, aunque de hierro, que bastante

Sea á decir los males que acarrean
Duras necesidades.
Los pobres habitan las ciudades,
¿ Que afrenta no padecen ?
Lo que por sus ingenios merecieron,
¡ O Pobreza ! por tí lo desmerecen.
¿ Que pobre huvo discreto?
¿ Quando tuvo amistades,
Que aun con pequeño honor correspondieron ?
¿ Quando con la pobreza algun respeto
Jamas se tuvo á las tendidas canas
Que tú, de blanca nieve, edad coloras ?
¡ O mentes de la humana gente vanas !
No cuideis á despecho
De vuestra pobre y mísera fortuna
Levántaros al cerco de la luna.
Mirad que quantos hijos van saliendo
Del nunca en vano freqüentado lecho,
Tantos esclavos hoy ós van creciendo,
Que ocupeis en mezquina servidumbre,
No sin tormento vuestro, no sin llanto:
¿ Que vale, ó pobres, levantaros tanto ?
Mirad que es necio error, hecia costumbre
Soltar á la sobervia así la rienda,
Que yo apenas humilde y sin contienda
Puedo contar en paz algunas horas
De las que paso en el silencio obscuro,
Olvidado en pobreza, y no seguro.

Dn. Fco. de Rioja.

SILVA.

Al Clavel.

A tí, Clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la Aurora,
Miró al nacer mas blandamente Flora.
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas suaves.
Quando á la excelsa cumbre de Moncayo
Rompe luciente sol las canas nieves,
Con mas caliente rayo
Tiendes igual las hojas abrasadas;
¿Mas quien sabe si á Flora el color debes,
Quando debas las horas mas templadas?
Amor, amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente,
Y te dió el puro aliento soberano;
Que eres, flor encendida,
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo
Que corona nevada y tersa frente:
Sola merced de amor, no de suprema
Otra deydad alguna.
¡O flor de alta fortuna!
Quantas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro
Por quien lloro y suspiro,
Por quien suspiro y lloro,

En envidia y amor junto me enciendo.
Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo,
Las dulces hebras amoroso vuelo,
Quedas, Clavel, en carcel amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas que provoca
A suave deleyte al mas helado,
Luego que tu encendido seno toca,
A su color sangriento
Buelves ¡ ay o dolor ! mas abrasado.
¿ Dióte naturaleza sentimiento ?
¡ O yo dichoso á haberseme negado !
Hable mas de tu olor y de tu fuego
Aquel á quien envidias de favores
No alteran el sosiego.

EL MISMO.

ELEGIA.

En la Muerte de Baltasar Elisio de Medinilla.

Si lágrimas de amor pudieran tanto,
Si versos de dolor, si amistad pura,
Que naciera tu vida de mi llanto,
Elisio mio, en tanta desventura
Que volvieras á ver la luz perdida,
El alma que te amaba te asegura.
O que el rigor de la sangrienta herida
Suspenso de mi llanto no pudiera
Ser tan atroz á tu inocente vida.

Porque apenas el Sol de luz vistiera
La frente de ese monte en que naciste,
Quando por otro Taso me tuviera.
Y apenas el lucero que le asiste
Saliera á recibirle al Occidente,
Quando le diera yo noche mas triste.
Y apenas traspusiera el Sol la frente
Quando sin ir al mar de Lusitania
Por mí pasára al contrapuesto Oriente.
No sigue al cazador tigre de Hircania
Con paternal amor, ni Scita fuerte
Fiero leon de la oriental Albania,
Como siguiera yo la injusta muerte
Que de mis brazos te robó á la vida,
Así pudiera yo volver á verte.
La vida, como vela que encendida,
Tiene su juventud, tiene tu estado,
Espira blandamente consumida
En caduca vegez, porque ha gastado
El último alimento de la cera
En que fundó su resplandor prestado:
Tales son las que matas, muerte fiera,
Con debil movimiento en una cama
Por los grados del mal que persevera.
Súbita herida tu poder infama,
Porque al fin es matar con mano agena,
Y no en sus propios términos la llama.
Hurtaste al tiempo de virtudes llena
Vida tan inculpable, muerte ayrada,
Que solo se conoce por la pena.
Quién me dixera á mí que con espada
Me cortára la pluma tu fortuna

Para escribir tu vida en flor cortada?
Nunca tuviste mas dichosa alguna,
Dichoso fueras tú, si como Alcides
Mataras tus desdichas en la cuna.
Pues que nos vistes ya, Musas Tagides,
En vuestras selvas alternar el canto
Entre los olmos y casadas vides:
Y de tanta amistad lazo tan santo,
Aunque se rompe, el alma no se rompe:
Venid, Musas, venid al triste llanto.
La terrestre materia se corrompe
Con la separacion del alma ausente,
Y el discurso del trato se interrompe.
Pero no la memoria que presente
Viva me ofrece nuestra larga historia,
Naturaleza ya, que no accidente.
Y quiere que consagre á tu memoria
Elegos versos con ingenio triste
A tí de nuestro monte honor y gloria.
Pero de niebla tal se oculta y viste
Que sin erudicion discurre atento
A sola la tristeza que le diste.
Parece que aquel fué mi entendimiento,
Al fin era por tí, pues me ha faltado,
Y por llorar mejor escribo á tiento,
Del bárbaro escribir seré culpado,
Pero no del sentir con pecho amigo,
Que por hijo del alma te ha criado.
Así de tus principios soy testigo,
Quando á las Musas con celeste genio
Te ví inclinar, y te llevé conmigo.
Leyendo tú del Arcade Partenio

Los pastores, Elisio, que imitabas,
Dabas señales de tu claro ingenio.
Y aunque á las Musas Castellanas dabas
Tanto lugar, no por quererlas tanto
Las Griegas y Latinas despreciabas.
Estas á aquellas ayudaron quanto
Fué necessario, quando Apolo inspira
A conducir á perfeccion el canto.
Ya que sonaba de tu dulce lira
El claro acento en verso numeroso
Por quanto el Sol en nuestro monte mira;
Las orillas del Tajo caudaloso
Escucharon tus doctos epigramas,
Memorias de Salicio y Numeroso,
Honestas de tu amor brotando llamas
Sus ninfas en la margen parecian
Arboles de marfil con verdes ramas.
Y mientras que tus versos aplaudian,
Del ingrato laurel para tu frente
Las vencedoras hojas componian.
Qual suele agricultor alegremente
El arbol que plantó mirar florido
Quando se baña el toro en Febo ardiente:
Así glorioso yo que producido
Hubiesen, no mis letras, mi deseo,
Libre al rayo laurel, libre al ovido.
Pues luego que del coro Pegaseo
Al angélico ví que trasladabas
El dulce plectro á ser divino Orfeo;
Y que á decir, Elisio, comenzabas
De la madre del Sol candida aurora,
Cuya divina Concepcion cantabas:

Bien puedo, dixe, estar contento agora,
Pues bordan ya tu lira mas estrellas
Que la que Apolo junto al cisne dora.
Con soberana voz pusiste en ellas
Tales conceptos, locuciones tales,
Tales colores, y figuras bellas,
Que las inteligencias celestiales,
Por su divina Reyna agradecidas,
Coronas te ofrecieron inmortales.
¡ O quantas esperanzas bien nacidas
Hoy mueren con tu muerte, o quantos daños
Causa el súbito fin de nuestras vidas!
Tu claro ingenio opuesto á los estraños
¡ Que de principios deja en flor marchitos
En la mitad de tus mejores años!
Autores son de bárbaros delitos
La ira y la desdicha, mas no creo
Que contra tal virtud estan escritos.
¿ Que fué, divino Elisio, tu deseo
Desde el principio de tu edad cursando
Las puertas del Platónico Liceo?
Honrar tu patria, que hoy te está llorando,
Con estudio inmortal, con nombre eterno,
Los pasados ingenios propagando?
Florecer el estilo grave y tierno
Del honor de las Musas Garcilaso
En este de su monte helado Invierno:
Y que Toledo no envidiára al Taso
Con un Gregorio Hernandez, que eterniza
La Eneyda en el archivo del Parnaso.
La fama la virtud inmortaliza
Que nace al Sol de la inmortal memoria

En su olorosa cándida ceniza.
Bien sé que vives tú, pero mas gloria
Se esperaba de tí si mas vivieras,
Ya en verso ilustre, ya en heróyca historia.
Pero siendo posible que murieras,
En mí vivieras tú, que pueden tanto
Memorias de amistades verdaderas.
Tu vida fué un discurso honesto y santo,
¿Que puedo yo sentir sino es perdella?
Venid, Musas, venid al triste llanto.
Desdichada y dichosa fué tu estrella
En darte corta vida y larga fama,
Mas fuerte el fin para quejarse de ella.
¿Que importa que la casta Dafne en rama
Ciña tus sienes por lo que has escrito,
Si á los principios á su fin te llama?
Apenas sueño en vano solicitó
A mis cansados ojos, y el cuidado
De tantos pensamientos le remito,
Quando se me figura ensangrentado
Tu pecho, y si me rinde la porfia,
Allí te miro en lágrimas bañado.
Pues no presumas tú que puede el dia
Librarme de este horror, que en él te veo;
Así te fué cristal mi fantasia.
Otras veces mas triste no lo creo,
Y como de mí mismo me levanto
Por ver si me engañase mi deseo.
Mas contra la verdad no pueden tanto
Las mentiras de amor: tu muerte es cierta:
Venid, Musas, venid al triste llanto.
Ya de cipreses lúgubres cubierta

Vuestra sagrada cueva por su mano
En los montes del Tajo descubierta,
No admita ingenio, ó la pretenda en vano
El que al laurel que despreciaste aspira,
Siendo divino tú con plectro humano.
Cuelgue en alto pirámide tu lira,
No en sauce humilde, y por el lazo de oro
Eco respire, pues por tí suspira.
Respete el arco el Sol, el ayre, el coro
De las Musas del Tajo, y entre tanto
Tu muerte canten, que tu muerte lloro.
Muevan los montes á dolor y á espanto,
Las fieras á silencio, fuentes y aves:
Venid, Musas, venid al triste llanto.
Tú, claro rio, que por peñas graves
Los pinos que bañabas á ver llegas
Inquietas selvas de remotas naves:
Desde los olmos de tus verdes vegas
Lleva su nombre al mar, así te aumentes
De mas caudal que á su ribera entregas.
Que como de Estrimon en las corrientes,
De Orfeo la cabeza fué instrumento,
Las cuerdas cuello, las clavijas dientes.
Irá su fama con laurel sangriento
Por esferas de plata al Oceano,
Sonora á todo el húmido elemento.
Yo en tanto, Elisio mio, que el tirano
Doméstico rigor permite aliento,
Y que mueva la pluma debil mano,
Lloraré, cantaré tu fin violento,
Y con el canto moveré llorando
A mayor compasion y sentimiento.

Que si poder tuviera, como amando
Tengo dolor, cediera Egipto en piras
Las colunas del cielo, amenazando
Las que dió la lisonja á sus mentiras;
Porque excediera á la materia el arte
Con inscripciones de diversas liras.
Tú pues, que de mi vida la mas parte
Fuiste, y serás, ten lástima piadosa
Del alma que quisiera acompañarte.
Impriman pues mis lágrimas la losa,
Que podrán aunque fuera de diamante,
Elisio, con tu muerte lastimosa.
Donde yace tu cuerpo, y semejante
Al tierno Alfeo convertido en rio,
Daré fiero veneno al mar de Atlante.
O Musas, ayudad al llanto mio:
Y en tanto que del llanto paso al canto,
Llorad su muerte con afecto pio,
Venid, Musas, venid al triste llanto.

LOPE DE VEGA CARPIO.

CANTINELA*.

De un Paxarillo.

Yo ví sobre un tomillo
Quexarse un paxarillo
Viendo su nido amado,

* Compuso Villegas Sus *Delicias*, de que son parte estas Cantinelas, á los 14 años, y las limó á los 20 de su edad.

De quien era caudillo,
De un Labrador robado:
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quexas al viento,
Para que al Cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste harmonía,
Esforzando el intento,
Mil quexas repetia:
Ya cansado callaba:
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia.
Ya circular volaba:
Ya rastrero corria:
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguia;
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rustico fiero,
Mi dulce compañía:
Y que le respondia
El rústico: *No quiero.*

DN. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

CANTINELA

El Amor, y la Abeja.

Aquellos dos verdugos
De as flores, y pechos,

El Amor y la Abeja
A un rosal concurrieron:
Lleva armado el muchacho
De saetas el cuello,
Y la bestia su pico
De aguijones de hierro.
Ella va susurrando,
Caracoles haciendo,
Y él criando mil risas,
Y cantando mil versos.
Pero dieron venganza
Luego á flores, y á pechos,
Ella muerta quedando,
Y él herido volviendo.

EL MISMO.

CANCION

De la Vanidad y Locura Mundana.

¡O! tú, que con dudosos pasos mides,
Huesped fatal, del monte la alta frente,
Cuyo silencio impides,
No impedido jamas de human gente:
Ora confuso vayas
Buscando el cielo, que las altas hayas
Te esconden en su cumbre;
O ya de alguna grave pesadumbre
Te alivies, y consueles,
Y con el suelto pensamiento vueles
Delante de esta peña tosca y dura,

Que de naturaleza aborrecida,
Envidia á aquellos prados la hermosura;
Deten los pies, y tu camino olvida:
Oirás, si á detenerte te dispones,
De un vivo muerto voces y razones.
En esta cueba humilde y tenebrosa,
Sepulcro de los tiempos, que han pasado,
Mi espíritu reposa,
Dentro en su mismo cuerpo sepultado;
Y todos mis sentidos
Con beleño mortal adormecidos,
Libres de ingrato dueño,
Duermen despiertos ya de largo sueño;
De bienes de la tierra
Gozando blanda paz tras dura guerra,
Hurtados para siempre á la grandeza,
Al trafago y bullicio cortesano,
A la Circe cruel de la riqueza,
Que en vano busca el mundo, goza en vano:
Dichoso yo, que vine á tan buen puerto;
Pues quando muero vivo, vivo muerto.
Yo soy aquel mortal, que por su llanto
Fué conocido mas que por su nombre,
Ni por su dulce canto:
Mas ya soy sombra sola de aquel hombre,
Que nació en Manzanares
Para Cisne del Tajo y de Henares:
Llaméme entonces Fabio,
Mudóme el nombre el desengaño sabio,
Y llamome escarmiento:
Muy célebre habité con dulce acento
De Pisuerga en la orilla; mas agora

Canto mi libertad con mi silencio:
El Lete me olvidó de mi Señora,
El Lete, cuyas aguas reverencio;
Y así le ofrezco al santo desengaño
Mi voluntad por victima cada año.
Estas mojadas mal enjutas ropas,
Estas no escarmentadas, ni deshecas
Velas, proas, y popas;
Estos pesados grillos y estas flechas,
Estos lazos, y redes,
Que me visten de miedo las paredes,
Con tan tristes despojos,
Que sirven de amenazas á mis ojos,
A mi cuerpo de nudos,
A mi memoria y alma de verdugos;
Son venturosas prendas, aunque atroces,
Que mudas, como ves, sin lengua, y muertas,
Me están al alma siempre dando voces,
De arena y agua de la mar cubiertas,
Y del llanto y licor que el alma suda,
Hechas tragedia de mis males muda.
Aquí, con estos bárbaros trofeos
De peregrinaciones trabajosas,
Descansan mis deseos;
Aquí paso las horas presurosas
Razonando conmigo,
Y obedézcome á mí lo que me digo:
Aquí, en blandos afanes,
Ocupo pensamientos holgazanes,
Que andaban vagamundos,
Descubriendo á sus velos nuevos mundos;
Y mi loca esperanza siempre verde,

Que con estar tullida, vive ufana,
De puro vieja aquí su color piérde,
Y blanca viene á estar de puro cana:
Aquí, de primer hombre despojado,
Descanso ya de andar de mí cargado.
Estos silvestres arboles frondosos,
Los pobres frutos, que esté monte cria,
Aunque pobres, sabrosos,
Me ofrecen mesa franca noche y dia:
Sirvenme aquestas fuentes
De tazas de cristal resplandecientes;
Así que en esta sierra
Los agradecimientos de la tierra
A mi labor pasada
Me sustentan la vida trabajada:
Aquestos pajarillos en su canto
Imitan de los Angeles los tronos,
Reglando con mi gusto, y con mi llanto
Ya los alegres, ya los tristes tonos:
A murmurar me ayudan estos rios
De la Corte las pompas y atavios.
No solicito el mar con remo y vela,
Ni temo al Turco la ambicion armada:
No, en larga centinela,
De acero muestro ser como mi espáda;
Ni el ánima vendida,
Soy por un pobre suéldo mi homicida;
Ni á fortuna me entrego
De pasion loco, y de esperanza ciego,
Por cabar diligente
Los peligros preciosos del Oriente:
No de mi gula amenazada vive

La Feniz en Arabia temerosa;
Ni ultrages de mi arado en sí recibe
La tierra por ganancia codiciosa;
No de envidioso lloro todo el año
Mas el ageno bien, que el propio daño.
Llenos de paz mis gustos y sentidos,
Y la Corte del alma sosegada;
Sugetos y vencidos
Los gustos de la carne amotinada;
Entre casos acerbos
Aguardo á que desate de estos nervos
La muerte prevenida
El alma, que añudada está en la vida,
Para que en presto vuelo,
Horra del cautiverio de este suelo,
Coronando de lauro entrambas sienes,
Suba al supremo Alcazar estrellado
A recibir alegres parabienes
De nueva libertad, de nuevo estado:
Aguardo á que se esconda desta guerra
Mi cuerpo en las entrañas de la tierra.
Tú, pues, tú, ó caminante! que me escuchas,
Si quieres escapar con la victoria
Del mundo, con que luchas,
Manda que salga lejos tu memoria
Que viene cada punto á deshacerte:
A recibir la muerte,
No hagas de tí caso,
Pues ves que huye la vida paso á paso,
Y que los bienes de ella
Mejor los goza aquel, que mas los huella.
Cansate ya, mortal, de fatigarte:

En adquirir riquezas y tesoro,
Que ultimamente el tiempo ha de heredarte,
Y al fin te han de dejar la plata y oro.
Vive para tí solo, si pudieres,
Pues solo para tí, si mueres, mueres.

Dn. Fco. de Quevedo.

ODA.

*A la Flor de Gnido**.

Si de mi baja Lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacáse la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar, y el movimiento;
Y en ásperas montañas,
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los truxese:
No pienses que cantando
Seria de mí, hermosa Flor de Gnido,
El fiero Marte ayrado,
A muerte convertido,
De polvo, y sangre, y de sudor teñido:
Ni aquellos Capitanes,
En la sublime rueda colocados,

* Dirigió el Autor esta Oda á una Dama Napolitana, llamada *Doña Violante Sanseverino*, hija del Duque de Soma, á quien servia *Fabio Galeota*, grande amigo de Garcilaso: Vivia esta Señora en un barrio de Nápoles, llamado il Seggio di Gnido: por lo que intitula la oda *A la Flor de Gnido*.

Por quien los Alemanes
El fiero cuello atados,
Y los Franceses van domesticados.
Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad seria cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien seria notada
El aspereza de que estas armada.
Y como por tí sola,
Y por tu gran valor, y hermosura,
Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.
Hablo de aquel cautivo
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.
Por tí, como solia,
Del áspero Caballo no corrige
La furia, y gallardia,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.
Por tí, con diestra mano,
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.
Por tí, su blanda Musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante

Hacen bañar el rostro del amante.
Por tí, el mayor amigo
Lo es importuno, grave, y enojoso:
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fuí su puerto, y su reposo,
Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.
No fuiste tú engendrada,
Ni producida de la dura tierra:
No debe ser notada,
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.
Hágate temerosa
El caso de Anaxárete, y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su marmol arde.
Estábase alegrando
Del mal ageno el pecho empedernido,
Quando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido,
Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punicion agena.
Sintió allí convertirse

En piedad amorosa el aspereza.
¡O, tarde arrepentirse!
¡O, última terneza!
¿Como te sucedió mayor dureza?
Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo, que allí vieron:
Los huesos se tornaron
Mas duros, y crecieron,
Y en sí tóda la carne convirtieron.
Las entrañas eladas
Tornaron poco á poco en piedra dura:
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo, y su natura:
Hasta que, finalmente,
En duro marmol vuelta y transformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Quanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, Señora,
De Némesis ayrada las saetas
Probar por Dios, agora;
Baste que tus perfetas
Obras, y hermosura á los Poetas
Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celébren la miseria
De algun caso notable,
Que por tí pase triste, y miserable.

GARCILASO DE LA VEGA.

*AMINTA**,

FABULA PASTORAL.

PROLOGO.

AMOR

En hábito pastoril.

¿ QUIEN creyera, que en esta humana forma,
Y así en estos despejos pastoriles
Estaba oculto un dios? no un dios agora
Selvaje, ó de la plebe de los dioses,
Mas entre los celestes, y los grandes,
El de mayor poder: que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran Tridente:
Y los rayos á Jupiter supremo.
En este aspecto, y en áquestos paños
No reconocerá tan facilmente
Mi madre Venus al Amor su hijo:
Es me forzoso andar huyendo della,
Y disfrázarme así por que ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas,

* Esta fábula es una traduccion de la de Torquato Tasso. Así como esta composicion es una de las obras mas perfectas, que en su genero hay escritas, así tambien la presente traduccion es una de las cosas mas excelentes que tiene la lengua Castellana. Su merito singular me persuadió que le gustaria al Público ver las partes mas sobresalientes ocupar en esta coleccion un lugar que sin duda bien merecen.

Y de mí mismo; y de ambicion movida,
Qual liviana muger, me insiste, y lleva
A las illustres Cortes, y los Cetros,
Y allí procura, que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros mios
(Mis menores hermanos) da licencia
Que puedan alójarse entre las selvas,
Y usar les armas en silvestres pechos.
Yo, que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa, y mi ademan travieso,
Quiero usar de mis armas á mi gusto,
Y disponer de mí segun mi antojo,
Que á mí fué concedido, y no á mi madre,
El fuego omnipotente, y arco de oro.
Por esto disfrazándome, y huyendo,
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos, que al fin siendo de madre
Tienen fuerza; me escondo entre las selvas,
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
A quien me manifieste un dulce abrazo,
O algun premio mayor, qual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes, ó mayores,
A quien me encubra de ella: esto á lo ménos
De cierto sé, que los alhagos mios
A las doncellas les serán mas gratos,
(Si yo, que soy Amor, de amor entiendo)
Así me busca de ordinario en vano:
Que nadie quiere revélarme, y callan.
Pues por estár aun mas oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,

Dejé las alas, el aljaba y arco;
Mas no por eso vengo desarmado,
Que aquesta, que parece simple vara,
Es mi encendida hacha, transformada,
Y toda espira llamas invisibles:
Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,
Y do quiera que pica, amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida,
No ménos incurable al duro pecho
De la mas cruda Ninfa que en los campos
Siguió jamas el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia
(Que este es el nombre de la Ninfa fiera)
Como una que yo hice, habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Quando los dos de un modo pequeñuelos,
Él por el campo á caza la seguia;
Y porque el golpe en ellas mas encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro hielo, que apretado
Al rededor del corozon le ha puesto
La honestidad, y virginal decoro,
Y en el instante mismo, que lo sienta,
Algo mas tierno, lanzaréle el dardo.
Pues para egecutar cómodamente
Mi empresa noble, ir quiero á entremeterme
Envuelto con la turba de Pastores,
Que todos festejantes, coronados
Aquí se juntan ya, donde los dias
Solemnes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su esquadra.

En este puesto, en este haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos:
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor: hoy ha de verse
Que aquí presente mi deidad asiste,
Ella en sí misma, y no en ministros suyos:
Inspiraré sentido noble y puro
A los rústicos pechos. y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce, y delicado,
Pues en qualquiera parte que yo asista
Soy amor en efeto; en los Pastores
No ménos que en los Héroes poderosos:
Y la desigualdad de los sugetos
Como me place igualo: esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio,
Que suelo hacer las rústicas zampoñas,
A la lira mas docta semejantes.
Y si mi madre, que desdeña el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce acaso;
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

DAFNE, SILVIA.

DAFNE.

¿QUERRAS, Silvia, en efeto,
Sin los placeres de la hermosa Venus
Pasar tus verdes, y floridos años?

Ni oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algun contento:
Yo desta vida gusto; y mi deleyte
Es atender al arco, y la saeta,
Aterrar combatiendo la mas brava:
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Y mientras no faltaren
Al bosque fieras, y á la aljaba flechas,
A mí no temo que placeres falten.

DAFNE.

Desabridos placeres
Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna.
Así la gente, que habitó primero
En el mundo, que aun era simple infante,
Tuvo por dulce y buen mantenimiento
Agua, y bellotas: ya bellotas y agua
Es manjar, y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú, por ventura, si una vez gustases
Qualquier mínima parte del contento
Que goza un corazon amante, amado,
Dijeras suspirando arrepentida:
Todo el tiempo se pierde,

Que en amar no se gasta:
¡ O mis pasados años,
Quantas prolijas noches,
Quantos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes,
Y arrepéntirse tarde importa poco.

SILVIA.

Quando yo arrepentida, suspirando
Esas palabras diga,
Que tú finges, y adornas á tu gusto,
Acia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre: amará el oso
El mar profundo, y el delfin los Alpes.

DAFNE.

Conozco ya la juventud esquiva:
Así, qual eres tú, tambien yo he sido:
Así tambien gocé de gentileza,
De rostro hermoso, y de cabello rubio:
Así tuve, qual tú, los labios rojos,
Y en mis llenas megillas delicadas
Mezclada así con el jazmin la rosa:
Acuérdome, que solo era mi gusto
(¡ Que simple gusto !) componer las redes,
Armar con liga la una, y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque

La cueva, y huellas; y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista, rústica y salvage,
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entónces la hermosura
Tanto, como á los otros agradaba,
Qual si fuera mi culpa, ó mi deshonra
El ser vista, querida, y deseada.
? Mas que no puede el tiempo? ¿y que no puede,
Sirviendo, mereciendo, y suplicando,
Hacer un importuno, y fiel amante?
Vencida fuí (yo lo confieso) y fueron
Del vencedor las armas,
Humildad, y continuo sufrimiento,
Llanto, suspiros, y piadosos ruegos.
Mostróme, en fin, entónces
La oscurá sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado.
Reprehendíme entónces de mi engaño
Y simple ceguedad, y suspirando,
Con voz alegre, dije:
Toma allá Cintia tu bocina, y arco,
Que desde aquí renuncio
Tu aljaba, flechas, egercicio, y vida.
Así tambien espero, que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero.
¿No es un gentil mancebo? ¿no te quiere?
¿Acaso no es querido de otras Ninfas?

¿ Te deja á tí por el amor de alguna ?
¿ O por el odio tuyo ?
¿ Pues en nobleza acaso le aventajas ?
Si tú eres hija de Cidipe, y esta
Nació del dios de nuestro noble rio ;
Él de Silvano es hijo, cuyo padre
Fué Pan, aquel gran dios de los Pastores.
No ménos que tú bella (si te miras
Al espejo tal vez de alguna fuente)
La cándida Amarilis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos.
Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)
Que él, de tí desdeñado al fin procura
Agradarse de aquella que lo adora :
¿ Que sentirás me dí ? ¿ con quales ojos
Verás tu amante con ageno dueño,
Y ya en agenos brazos
Feliz y alegre, estar de tí burlando ?

SILVIA.

Haga Aminta de sí lo que gustáre,
Y de su amor, que á mí me importa poco,
Y como no sea mio,
De quien quisiere sea,
Mas no será (no le queriendo) mio,
Y aunque él lo fuese, yo no sería suya.

DAFNE.

¿ De dónde nace tu aborrecimiento ?

SILVIA.

De su amor solamente.

DAFNE.

Padre apacible de hijo riguroso:
¿ Quando se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
O á mí, Silvia, me engañas, ó á tí mesma.

SILVIA.

Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad: y amélo en tanto
Que de mí quiso lo que yo queria.

DAFNE.

Tú quieres lo peor, y él te desea
Lo que á sí mismo.

SILVIA.

Tú, mi Dafne, calla,
O habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

DAFNE.

¡ Que desapacible!
¡ Que soberbia rapaza! díme al ménos;
Si otro alguno te amára,
¿ Admitieras su amor de esa manera?

SILVIA.

De aquesta misma admitiré á qualquiera
Insidiador de mi virgineo pecho,
Que tú llamas amante y yo enemigo.

DAFNE.

¿ Juzgas por enemigo,
Por ventura, el carnero de la oveja,
El toro de la baca?
¿ Juzgas por enemigo

Al caro esposo de su tortolilla?
? Juzgas por tiempo acaso
De enemistad, y enojo
La dulce Primavera,
Que agora alegre, y verde
Enseña á amar el mundo, y animales,
Los hombres, y mugeres? ¿ y no adviertes
Como todas las cosas
En este tiempo están enamoradas
De un amor apacible, y provechoso?
Mira allí aquel palomo
Con que dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera:
Oye aquel ruiseñor, de ramo, en ramo,
Como salta cantando, yo amo, yo amo.
Pues la culebra (si es que no lo sabes)
Deja el veneno y corre
Fervorosa al amante:
Siente de amor el tigre;
Ama el bravo leon: tú sola, fiera
Mas que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
¿ Mas que digo leon, serpiente, y tigre?
Que tienen sentimiento.
Tambien aman los árboles, y plantas.
Mirar puedes la vid, con quanto afecto
Y con quantos abrazos repetidos
A su marido enlaza.
Ama un abeto al otro: el pino al pino,
El fresno al fresno: el sauce por el sauce,
Y una por otra haya arde y suspira.
Aquella grande encina,

Que parece tan áspera y salvage,
Siente tambien el amoroso fuego;
Y si tubieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras:
¿Que has de ser en efeto para ménos
Que las plantas, huyendo ser amante?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Pues bien, quando á las plantas
Oyere los suspiros,
Digo que entónces quiero ser amante.

DAFNE.

Tú recibes á burla mis consejos
Fieles, y así con mis palabras juegas.
¡O, en amor sorda, quanto boba y necia!
Mas anda, vendrá tiempo, en que de veras
De no haberlos seguido te arrepientas:
Y no te digo quando irás huyendo
Las fuentes donde agora te deleitas,
Quando huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada, y fea;
Bien que esto te avendrá; mas no te anuncio
Este solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun: ¿no te se acuerda
Lo que Elpino contaba el otro dia,
El sabio Elpino á su Licori hermosa?
La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Quando el deber en el amor se hallára,
Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi;

De amor grandes maestros en la cueva
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está: lejos de aquí profanos.
El dijo (y dijo que se lo habia dicho
Aquel de ingenio grande,
Que cantó los amores, y las armas,
Cuya zampoña le dejó muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno,
Allá donde los hornos de Aqueronte
Exalan negro humo abominable;
Y que en aquesta con tormento eterno,
De llanto y de tinieblas espantosas,
Son castigadas merecidamente
Las mugeres ingratas y rebeldes.
Aguarda, pues, que allí se te apareje
Alvergue á tu fiereza, y será justo
Que saque el humo llanto de unos ojos,
Do la piedad jamas pudo sácarlo:
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida Ninfa, y obstinada.

SILVIA.

¿Y que le respondió Licori entónces
A tales cosas?

DAFNE.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, é inquieres los agenos:
Con los ojos le dió respuesta.

SILVIA.

¿Como
Responder pudo con los ojos solos?

DAFNE.

Ellos, á Elpino vueltos, respondieron
Con una dulce risa: tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar, y esto bastára
Por muy cumplido premio al casto amante,
Quando él aquellos ojos
Juzgára verdaderos, como bellos,
Y entera fé les diera.

SILVIA.

¿ Y por que no los cree ?

DAFNE.

¿ Luego no sabes
Lo que Tirsi escribió, quando perdido
Sin seso, ardiendo, andubo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad, y risa en Ninfas, y Pastores?
No fué lo que escribió digno de risa ;
Sí bien sus hechos, como ves lo fueron :
El escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente, y versos,
Donde me acuerdo haber así leído:
Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazon, bien os conozco,
Y los engaños vuestros ; ¿ mas que importa
Si Amor impide que de vos me aparte?

SILVIA.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
Sin acordarme que es el dia prescrito

Que habemos de ir á la ordenada caza
Del Encinal: si te parece, Dafne,
Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo, de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo,
Que al fin pude matar.

DAFNE.

Esperaréte,
Y aun yo quiza me bañaré contigo;
Mas quiero ir ántes á mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde:
Espérame en la tuya, iré á búscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

SCENA II.

AMINTA, TIRSI.

AMINTA.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas,
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mio;
Mas no he visto jamás, ni vér espero
Compadécerse mi enemiga bella.
(Que no sé si muger la nombre, ó fiera)
Pero ya niega ser muger humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado

Hasta la dura inanimada piedra.

TIRSI.

Pace el cordero la menuda hierba,
Y el lobo se alimenta del cordero,
Mas el amor de lágrimas se ceba,
Y sin jamas mostrarse satisfecho.

AMINTA.

¡Ay triste! que el Amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto: solo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
El, y mi ingrata con los ojos beban.

TIRSI.

¡Ay, Aminta infelíz! ¿que devaneas?
¿Que estás diciendo? esfúerzate, y conforta,
Que otra Ninfa hallarás, si te desprecia
Esta cruel.

AMINTA.

¿Como podré hallar otra,
Si hallarme á mí no puedo? y si yo mismo
Me perdí, ¿qué ganancia
Adquiriré jamas, que me contente?

TIRSI.

¡O mísero zagal! no desesperes,
Que adquirirás la misma que deseas:
Sabe que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al Leon, y Tigre hircana.

AMINTA.

Sí; pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

TIRSI.

Será breve tardanza, porque en breve
Se enojan las mugeres, y se aplacan,
A quien naturaleza hizo mudables
Mas que la hoja al viento, y que la punta
De blanda espiga. Pero yo te ruego,
Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticia; que si bien me has dicho
Diversas veces que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste:
Y mi fiel amistad pienso merece
Con el comun estudio de las Musas,
Que me descubras lo que á todos zelas.

AMINTA.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes, y los rios
Ya saben, y los hombres no lo saben,
Porque yo estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dejar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo,
Donde tal vez pasando aquella ingrata,
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pie, y entre sí diga:
Este es mi triunfo; y de mirar se alegre,
Que ya es patente su vitoria á todos
Los Pastores vecinos, y estrangeros,
Que allí traiga la suerte; y ser podria
(Mas mucho espero) se llegase un dia
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida,

Diciendo ¡ o ya viviese, y fuese mio!
Mas oye agora.

TIRSI.

Dí, que bien te escucho,
Quiza con mejor fin, que tú no piensas.

AMINTA.

Siendo yo zagalejo,
Tanto, que apenas con la tierna mano
Podia alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una Ninfa,
La mas amable, y bella
Que al viento dió jamas sus hebras de oro:
Bien conoces la hija de Cidipe
Y del rico Montano, Silvia cara,
Honor de nuestras selvas,
Y ardor de nuestras almas: de esta digo,
Viví con esta un tiempo, tan unido,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad, ni se verá, ni ha visto:
Eran nuestros alvergues
Bien juntos, pero mas los carazones:
Conformes les edades
Pero los pensamientos mas conformes:
Con ella muchas veces
Tendí la red á pajaros y á peces:
Seguí con ella el ciervo, el veloz gamo,
Y era comun la caza, y el contento.
Mas mientras de animales hacia presa,
Sin saber como, fuí yo mismo preso:
Poco á poco nació en el pecho mio
No sé de que raiz (como la hierba

Que suele de sí misma ella nacerse)
Un incógnito afecto,
Que mi deseo movia
A ver siempre delante
Mi compañera Silvia,
Y de sus bellos ojos
Solía gustar una dulzura estraña,
Que al fin dejaba un no sé que de amargo:
Mil veces suspiraba, y no sabía
Qual fuese la ocasion de mis suspiros:
De manera, que fuí primero amante,
Que al amor conociese: vine al cabo
Bien á enténderlo; mas el modo escucha
Y nota como fué

TIRSI.

Debe notarse.

AMINTA.

De un álamo á la sombra Silvia, y Filis
Y yo junto con ellas,
Huyendo el Sol estabamos un dia,
Quando una abeja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
A Filis fué volando,
Y en la megilla hermosa,
Mas fresca y mas rosada que la rosa,
A nuestros ojos le picó atrevida
(Quizá engañada con la semejanza,
Creyó que fuese flor): entonces Filis,
Como impaciente, comenzó á quéjarse
De la aguda picada;
Pero mi bella Silvia dijo, calla,
Calla, no te lamentes Filis mia,

Que con palabras, que yo sé de encanto
Te quitaré el dolor: este secreto.
Supe de Aresia maga, y le dí en trueco
Mi cuerno de marfil, y engaste de oro.
Esto diciendo avecinó los labios
De aquella dulce boca á la megilla
Herida, y blandamente murmurando
Dijo no sé que versos, y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Filis
Quitársele el dolor: ó fué la fuerza
Y virtud de las mágicas palabras,
O, como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca.
Pues yo, que hasta entónces
Otra ninguna cosa deseaba,
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, mas suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo,
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de zéfiro en las hojas;
Entónces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios:
Y con mayor astucia, y mas aviso
Que nunca habia tenido (mira quánto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño, con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento:
Y fué de esta manera, que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio bajo, comencé á quejarme
De suerte, que el remedio que la lengua

No demandaba, el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia,
Piadosa de mi mal, se ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo (¡ay cielo!) mucho mas crecida
Y mas mortal mi herida verdadera,
Quando llegó sus labios á los mios:
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entónces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedécerlas,
Se abstubo de temor y de vergüenza,
Siendo mas lento, y ménos atrevido;
Mas mientras descendia
Al corazon la gran dulzura, mixta
De un secretro veneno,
Tanto regalo deste bien sentia,
Que fingiendo no habérseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte,
Que ella mas veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera andubo
Creciendo mi impaciencia, mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubieron de salir; y un dia,
Que en cerco se sentaban muchas Ninfas
Y Pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por órden le decia
En la oreja un secreto al mas vecino;
Le dixe á Silvia: yo por tí me abraso,
Y moriré sí tú no me remedias.
A estas palabras inclinó su rostro,

Y de improviso le tiño de rojo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tube otra respuesta, que un silencio
Mudo, turbado, y lleno de amenazas:
Quitóse de allí luego, y nunca quiso
Mas hablarme, ni vérme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el Hivierno ha despojado
Los verdes bosques de sus frescas hojas,
Y todos los caminos he tentado
Por aplácarla, fuera de la muerte;
Morir me falta en fin por aplácarla,
Y moriré en buen hora, como entienda
Que he de causarle sentimiento, ó gozo;
Ni sé qual quiera mas destas dos cosas:
Bien fuera la piedad mas rico premio
De mi fé verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Mas no debo querer cosa, que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

TIRSI.

¿Es posible que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

AMINTA.

No lo sé, ni lo creo;
Mas huye mis palabras,
Qual Aspid el encanto.

TIRSI.

Pues confia;
Que el corazon me dice,

Que he de ser poderoso á que te escuche.

AMINTA.

O nada alcanzarás, ó quando alcances
Al fin que yo la hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

TIRSI,

¿ Por que así desesperas ?

AMINTA.

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte:
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las hierbas, y las fuentes.

TIRSI.

¿ De qual Mopso me dices ? ¿ del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños, y traiciones en el pecho ?
Ora está de buen ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamas tienen efecto,
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por eso solo, que él te anuncia,
Me atrevo á asegúrarte un fin dichoso
En tus amores.

AMINTA.

Pues si sabes cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

TIRSI.

Dirétela en buen hora: á los principios,
Que me trajo la suerte en estos bosques,
Ese hombre conocí, del qual juzgaba
Lo que tú juzgas: una vez, en tanto,
Me vino gusto de ir donde su asiento
Tiene la gran Ciudad cerca del rio;
Y primero, tratándolo con este,
Me dijo así: tú irás á la gran tierra,
Donde el astuto vulgo, y cortesanos
Soberbios è insolentes, muchas veces
Hacen pesadas burlas de nosotros,
Como de gente rústica y salvage;
Así, vé sobre aviso, no te acerques
Mucho á las sedas de color, ni al oro,
Nuevos trages, divisas, ni penachos;
Y sobre todo guárdate no veas,
Por mala suerte, ó juvenil descuido,
La casa de los chismes y las charlas:
Huye aquel encantado alojamiento.
¿Que puesto es ese? pregunté; y él dijo:
Aquí habitan las magas, que encantando
Hacen que se trasoyga, y se trasvéa:
Lo que parece de diamante y oro,
Es vidrio y cobre: aquellas ricas arcas,
Que juzgarás muy llenas de tesoro,
Espuertas son de viles trastos llenas:
Aquí están las paredes con grande arte,
Que hablan y responden al que habla,
Y no responden la palabra escasa,
Qual eco suele por las selvas nuestras;
Mas la replican toda entera, entera

Y aun aumentada de lo que otro dice:
Hasta las sillas, mesas, y las bancas,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el mas adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan:
Las charlas, en figura de rapazas,
Andan triscando, que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaría;
Mas este es, hijo, el mas ligero daño
Que te avendrá: tú puedes transformado
Quedar en sauce, en fiera, en agua, ó fuego,
Agua de llanto, y fuego de suspiros.
Así me dijo, y yo me fuí con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrara;
Y como quiso Dios benigno, acaso
Un dia, pasé por el feliz alvergue,
De donde dulces y canoras voces
Salian de Cisnes, Ninfas y Sirenas:
De Sirenas celestes, y salía
Un blando, y claro son, con tal dulzura,
Que atónito, gozando y admirando,
Embebecido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza,
Del qual, segun pude entender, se duda
Si es mejor Capitan, que Caballero:
El, con afable y grave cortesía,
Bajo pastor, me convidó á que entrase.
O lo que ví! ¡lo que sentí yo entónces!
Yo ví celestes Dioses, Ninfas bellas,
Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,

Y otros hallé tambien sin velo, ó nube:
La Aurora ví, qual suele aparecerse
Ante los inmortales, esparciendo
Sus rayos de oro, y su rocío de plata:
Ví fecundando relucir en torno
A Febo, y á las Musas, y acogido
Elpino entre estas; y en aquel instante
Sentí mas grande hacerme de mí mismo,
Lleno de gran virtud, lleno de nueva
Deidad: luego cantando Héroes, y guerras,
Desdeñé el pastoril rústico verso.
Y aunque despues por gusto ageno vine
Otra vez á las selvas, no por eso
Dejé de sostener alguna parte
De aquel altivo espíritu: no suena
Ya mi zampoña humilde qual solía,
Sino con voz mas alta y mas sonora,
Émula de la trompa, hinche las selvas.
Despues oyóme Mopso, y con malvada
Vista mirando, me aojó, que ronco
Vine á quedar, de que callé gran tiempo:
Pensaban los pastores, que me hubiese
El Lobo visto, y era Mopso el Lobo.
Esto te he dicho, porque entiendas quanto
Crédito debe dárse á lo que dice:
Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
Por solo que este quiere que no esperes.

AMINTA.

Mucho me alegra todo lo que cuentas:
A tí el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

TIRSI.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de un ora.

ACTO SEGUNDO

SCENA I.

SATIRO solo.

Es pequeña la abeja por estremo,
Y con sus breves armas, quando pica
Hace molesta, y grave la herida:
¿ Mas qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el Amor, que en todo breve espacio
Entra, y se esconde? ya en la sombra escasa
De unas pestañas ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio,
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñéz tan mínima le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
Triste de mí, que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas; y mil dardos
Puso el Amor en los ayrados ojos
De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda, y mas ingrata que las selvas:
¡ O cómo te compete el nombre, y como
Quien tal nombre te puso lo entendia!
La selva encubre al oso, tigre, y sierpe
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia, y odio,
Fieras mayores, que oso, tigre, y sierpe:
Que aquellas suelen aplacarse, y estas

No se aplacan por dádivas, ni ruegos:
Tú quando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores:
Pues si te traygo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso,
Porque en tu pecho las verás mas bellas:
Quando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en tí mas dulce y bella,
A mí mesmo te doy; ¿por que desprecias
Y aborreces el dón? que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré quando callado el viento,
Sus claras ondas serenaba un dia:
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril, y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tù hacer destos donceles,
Apenas florecido el blando bozo
En sus mcgillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante
Y en obras: díle á alguno que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente jabalí, y el oso.
No soy, pues, malo yo, ni tú me dejas
Por la forma que tengo, sinó solo

Por mi pobreza: en fin las caserías
Siguen de las Ciudades el egemplo:
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro y reyna el oro.
¡O tú, quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza, y huesos frios,
Y no alcancen jamas Pastor ó Ninfa,
Que pasando les diga: hayais descanso:
Mas los bañe la pluvia, y mueva el viento,
Y con inmundo pie todo ganado
Los huelle: tú primero envileciste
La nobleza de Amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, Amor siervo del oro,
Es el monstruo mas vil y abominable
Que el mar y tierra engendran y producen.
¿Mas para que me quejo al ayre en vano?
Usa las armas cada qual, que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:
Usa los pies el ciervo, el leon las garras,
El jabalí el colmillo; así son armas
De la muger beldad y gentileza:
¿Pues como yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á lá violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al Amor ingrata;
Pues como agora me contó un Cabrero,
Que sabe sus costumbres, ella suele
Refrescarse amenudo en una fuente,

Y me enseñó el lugar: pienso esconderme
En él, entre los cespedes y ramas,
Aguardando á que venga; y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Que puede contrastar una mozuela
Con la debil carrera, ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?
Llore, suspire, oponga toda fuerza
De piedad, ó hermosura: que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,
De allí no irá, sin que primero tiña
Por venganza mis armas de su sangre.

SCENA II.

DAFNE, TIRSI.

DAFNE.

Como te dije, Tirsi, ya yo via
Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
Como le he hecho siempre buen oficio,
Y agora con mas gusto he de hacerle,
Porque los ruegos tuyos intervienen;
Mas ántes me atreviera (te prometo)
A domar un novillo, un tigre, un oso,
Que una rapaza de estas, simple, y boba,
Tan boba como bella, que no advierta
Quan ardientes y agudas son las armas
De su belleza, y con el llanto y risa
A muchas mate, y del herir no entienda.

TIRSI.

¿Que muger hay tan simple, que en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar, y parecer hermosa,
De matar agradando, y saber quales
Armas pueden herir, y quales matan,
Y quales dan salud, y resucitan?

DAFNE.

¿Quien es maestro de tan grandes artes?

TIRSI.

Tú finges y me tientas: el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros, á los bravos toros
Usar del cuerno, y al pabon soberbio
Tender la pompa de bizarras plumas.

DAFNE.

¿Qual es el nombre suyo?

TIRSI.

El nombre es Dafne.

DAFNE.

¡O falsa lengua!

TIRSI.

¿Luego tú no bastas
A dár á mil discípulas escuela?
Aunque á decir verdad, bien poca falta
Les hace otro maestro: su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

DAFNE.

Tú eres, en suma, malicioso, Tirsi:
Pues yo te sé decir, que no resuelvo
Si es ya tan boba Silvia y tan sencilla,
Como en sus hechos y palabras muestra:
Ví ayer cierta señal, y esta me puso
En mucha duda: yo la hallé cercana
A la Ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque trasparente y limpio:
Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte que mostraba deleitarse
De mirar á sí misma, y le pedia
Consejo al agua, como dispondria
Por cima de la frente su cabello;
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores que tenia en la falda:
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro,
Y á su cándido cuello, cotejando
Los colores, y luego muy ufana
De la vitoria, un tanto se reía,
Como diciendo: yo en efeto os venzo:
No os traygo aquí por ornamento mio;
Mas solo os traygo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar que os llevo gran ventaja.
Mas mientras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo, y derramó las flores:
Quanto mas yo de verla me reía,

Mas ella de mi risa se encendia:
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello y en parte recogido;
Dos ó tres veces revolvió los ojos
Acia la fuente consejera, á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida:
Miróse descompuesta, mas con todo
Se satisfizo; que se vió muy bella,
Si descompuesta: yo enténdilo todo,
Pero callé.

TIRSI.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dije?

DAFNE.

Bien lo dixiste: mas á todos oygo,
Que no fueron las Ninfas y Pastoras
Tan entendidas ántes, ni yo tuve
Tal juventud: el mundo se envegece,
Y en la vegez se aumenta su malicia.

TIRSI.

Quiza entónces no usaban tantas veces
Los Ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras Zagalejas
Entrar en la Ciudad: ya están mezclados
Linages, y costumbres. Mas dejando
Agora estos discursos, ¿no harias
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

DAFNE.

No sé: Silvia es equiva por extremo.

TIRSI.

Y Aminta por extremo comedido.

DAFNE.

Pues no hará nada comedido amante:
Tú le aconseja, que á otra cosa atienda,
Si es de ese humor. El que saber quisiere
De amar, deje respetos, ose, y pida,
Solícite, importune; y si no basta,
Tome lo que pudiere: ¿tú no sabes
De la muger la condicion precisa?
Huye, y huyendo quiere que la alcancen;
Niega, y negando quiere que la apremien;
Lucha, y luchando quiere que la venzan.
Ya sabes, Tirsi, que de tí me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

TIRSI.

No hay ocasion por que de mí sospeches
Que jamas diga cosa que te ofenda;
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta
Mísero, que perece.

DAFNE.

¡Que conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria:
El bien pasado es el presente enojo:
¿Pues que dices que haga?

TIRSI.

No te falta
Ingenio, ni consejo, basta solo
Que á querer te dispongas.

DAFNE.

Ora sabe,
Que vamos Silvia y yo dentro de un rato
A la fuente, que llaman de Diana,
Allá donde aquel Platano dá sombra
Al agual dulce, y al lugar convida
Las Ninfas cazadoras; en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

TIRSI.

¿Pues bien?

DAFNE.

¿Como, pues, bien? Que mal entiendes:
Si en tí cabe discurso eso te basta.

TIRSI.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
El á tanto.

DAFNE.

Pues si él no ha de atreverse,
Estese así, y aguarde á que lo busquen.

TIRSI.

El es por cierto tal que lo merece.

DAFNE.

¿Pero nosotros no hablarémos algo
De tí mismo? Dí, Tirsi, ¿tú no quieres
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veintinueve,
Y ayer te conocimos bien criatura:
Has de vivir ocioso, y sin contento,
Que solo sabe de placer el que ama.

TIRSI.

No desecha de Venus los placeres
Quien se retira del Amor; mas goza
El dulce del Amor, sin el amargo.

DAFNE.

Es desabrido dulce el que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

TIRSI.

Mas vale, pues, hartarse,
Que estar siempre hambriento.

DAFNE.

No ya con el manjar, que se posee,
Y quanto mas se gusta, mas agrada.

TIRSI.

¿Quien es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

DAFNE.

¿Mas quien halló jamas lo que no busca?

TIRSI.

Es peligro buscar lo que adquirido
Causa breve contento,
Y no adquirido mucho mas tormento:
Hasta que llantos y suspiros falten
En el Amor, y en su tirano reyno,
Tirsi no ha de volver á ser amante:
Ya basta lo que tengo padecido,
Otro fiel amador hará su parte.

DAFNE.

Mas no tienes gozado lo que basta.

TIRSI.

Ni gozarlo deseo,
Si tan caro se compra.

DAFNE.

Amar te será fuerza, si no gusto,

TIRSI.

No me pueden forzar estando lejos.

DAFNE.

¿Quien está lejos del Amor?

TIRSI.

Quien huye.

DAFNE.

¿Y que importa que huyas de sus alas?

TIRSI.

Tiene al nacer Amor las alas cortas,
Que apenas le sustentan,
Y así no las estiende á todo vuelo.

DAFNE.

Pues no conoce el hombre quando nace,
Y quando lo conoce, es grande y vuela.

TIRSI.

No, si otra vez no ha visto como nace.

DAFNE.

Ora verémos si tus ojos huyen,
Como dices: y luego te protesto,
(Ya que presumes tanto de ligero)
Que quando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayúdarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

TIRSI.

¡ Bravo rigor ¡ ¿ que me podrás ver muerto ?
Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiereme tú, y estamos concertados.

DAFNE.

Tú me burlas, en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ ay quantos
Engaña un rostro colorado y liso !

TIRSI.

No burlo á fé; mas ántes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Qual hacen todas: ¿ pero que remedio ?
Viviré sin amor, si no me quieres.

DAFNE.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive,
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

TIRSI.

¡ O Dafne ! en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
De el uno al otro mar, por las campañas
Estendidas, alegres, y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino:
El dijo así, quando me hizo suyo:
Tirsi, ahuyenten otros los ladrones,
Y los lobos, guardando mis rebaños:
Reparta otro los premios, y las penas
A mis ministros: otros apacienten
Mis ganados; en fin, otro conserve
La lana y leche; y otro la despenda:
Agora canta tú, que estás ocioso.

Así será razon, que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero,
(No sé si Apolo ó Jupiter lo llame,
Que á ambos parece en el aspecto y obras)
Abuelos de mayor merecimiento,
Que el gran Saturno y Celo. Agreste Musa
A mérito real, mas no por eso
(Que suene clara ó ronca) la desprecia:
De su mismo sugeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo,
Sino con el silencio y reverencia;
Mas no faltan jamas en sus altares
Las flores de mi mano, ni los fuegos
De inciensos olorosos y suaves;
Ni faltará en mi pecho esta devota
Y pura religion, hasta que vea
Pacer el ayre, por el ayre el ciervo,
Y que mudado el curso de los rios,
Beba la Soña el Persa, el Franco el Tigris.

DAFNE.

Tú vas muy alto: ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

TIRSI.

El punto es este:
Que en estando en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y yo entretanto
Procuraré que Aminta vaya: y pienso,
Que no es ménos dificil que la tuya
Mi diligencia: vé en buen hora.

DAFNE.

Voyme;
Pero nuestro propósito no era ese.

TIRSI.

Si bien diviso desde aquí su rostro,
Allí parece Aminta, él es sin duda.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

TIRSI, CORO.

TIRSI.

¡O ESTREMO de crueldad¡ o ingrato pecho!
¡O ingrata Ninfa! ¡o tres y quatro veces
Muger ingrata! y tú, Naturaleza,
Negligente maestra, ¿por que solo
En el rostro pusiste á las mugeres,
Y en lo aparente, quanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay jóven triste y mísero! sin duda
Se habrá dado la muerte: él no parece:
Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé, y en los contornos,
Sin hállarle ni rastro de sus pasos:
¡Ay, que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos Pastores,
Ir quiero á ver si sabe dél alguno.

Decid, amigos, ¿quien ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe dél alguna nueva?

CORO.

Tirsi, paréceme que estás turbado:
¿Que causa te molesta y te fatiga?
¿De que son estas ansias y sudores?
¿Hay algun mal? por dios que lo sepamos.

TIRSI.

Temo del mal de Aminta: ¿habéisle visto?

CORO.

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; ¿pero que temes?

TIRSI.

No se haya muerto él mismo de su mano.

CORO.

¿El muerto de su mano? ¿por que causa?
¿Que ocasion hallas?

TIRSI.

El Amor y el Odio.

CORO.

Dos poderosos enemigos juntos,
¿Que no pueden hacer? habla mas claro.

TIRSI.

El amar una Ninfa por estremo;
Y el ser della en estremo aborrecido.

CORO.

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
(Este lugar dé paso) por ventura
Vendrá alguno que de él nos dé noticia,
Y aun puede ser tambien que él mismo llegue.

TIRSI.

Pláceme de décirlo, que no és justo,
Que ingratitud tan grande, y tan estraña
Se quede sin la infamia que merece.
Tubo noticia Aminta (y yo fui, triste,
Quien noticia le dí: ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y ácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna; pues mil veces
Quiso vólverse atras, y á pura fuerza
Yo lo detube, y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente:
Hé aqui quando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne que batia las palmas;
La qual (como nos viese) alzando el grito,
¡Ay! (dijo) socorred, que á Silvia ultrajan.
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo,
Furioso como un pardo, y yo séguilo;
Quando vemos ligada con un arbol
La bella Ninfa, qual nació, desnuda,
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos; y su cinto,
Que fué del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ambas
Las manos le apretaba al duro tronco;
Hasta la misma planta, ligaduras
Contra ella daba; y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban

Sus delicadas piernas. Allí vimos
En su presencia un Satiro villano,
Que entónces acababa de ligarla:
Fuese tras él Aminto con un dardo,
(Que tubo acaso en la derecha mano)
Qual un fiero leon; y yo entretanto
Estaba ya de piedras prevenido,
Con que el Satiro vil huyó en efeto:
Pues como diese espacio su huída
A que Aminta mirase, él codiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que qual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian,
Y todo ví se demudó en el rostro:
Despues llegóse blandamente á ella,
Y con modestia dijo: ¡ó bella Silvia!
Perdona á aquestas manos, si llegarse
A tus miembroses mucho atrevimiento:
Pues las obliga necesaria y pura
Fuerza de desatar aquestos nudos:
No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese de ella.

CORO.

Palabras de ablandar los pedernales;
¿Y que le respondió?

TIRSI.

Ninguna cosa;
Mas con vergüenza y con desdén, al suelo
Bajando el rostro, el delicado seno,
Quanto podia, torciéndose cubria:
El, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto

Hablaba así: ¿Quándo tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
¿Pues que ventaja llevan los amantes,
Que sirven al Amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
Planta cruél, ¿pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?
Esto le dijo, al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia
Que temiese tocarla, y desease:
Bajó luego á los pies por desasirlos;
Mas como Silvia ya se vio libres
Las manos, dijo esquiva y desdeñosa:
No me toques, Pastor: soy de Diana;
Yo me desataré los pies: aparta.

CORO.

¿Que tal orgullo en una Ninfa alvergue?
Por cierto ingrata paga de tal obra.

TIRSI.

Él apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mírarla,
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo, que escondido lo miraba todo
Y lo escuchaba, quando ví tal cosa,
Mil voces quise dar, al fin me abstube;
Mas oye que estrañeza: ella en efeto
Despues de gran fatiga, desátose,
Y sin decir: á dios, apenas libre,
Partió de allí como una cierva huyendo;
Y no habia causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conocia el respeto,

CORO.

¿Pues como así huyó?

TIRSI.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia,
Y amor del jóven, sino á su carrera.

CORO.

¿Que es hasta en eso ingrata? ¿y el cuitado
Que hizo entónces, dínos, ó que dijo?

TIRSI.

Eso no sé, porque de furia ardiendo,
Corrí por alcánzarla, y detenerla:
Al fin perdila, y fué el trabajo vano:
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le ví; mas siento
El corazon presagio de algun daño:
Sé que estaba dispuesto de matarse
Aun ántes que esto sucediese.

CORO.

Es uso
Y arte del que ama, amenázarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

TIRSI.

Quieran los altos dioses que no sea
Aminta alguno de los raros.

CORO.

Calla,
Que no será.

TIRSI.

Yo quiero irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo

Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,
Que trae las piedras á escuchar del monte;
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras,

DON JUAN DE JAUREQUI.

ROMANCE.

A MIS soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el Aldea,
Donde vivo, y donde muero,
Que con venir de mi mismo,
No puedo venir mas lexos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre, que todo es alma,
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De quantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.

El dirá, que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo;
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un Filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo mas es ménos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos,
¿Como pueden ser discretos?
No puede durar el mundo
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado,
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de ménos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entónces no ha vuelto.

En dos edades vivimos
Los propios y los agenos,
La de plata los estraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quien no dará cuidado,
Si es Español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo,
Y el valor á lo moderno?
Todos andan bien vestidos,
Y quéjanse de los precios:
De medio arriba Romanos,
De medio abajo Romeros.
Dijo Dios, que comeria
Su pan el hombre primero
En el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento.
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y Filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos Polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oygo tañer las campanas.
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos,

Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua,
Que no lo fueron sus dueños.
¡O, bien haya quien los hizo!
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños.
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben,
Quien vive pared-en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas, ni cuentos,
Quando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto:
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleytos.
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño.
Nunca como yo, firmaron,
Parabien, ni pasquas dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

LOPE DE VEGA.